

Buenos Fuckin' Aires

Kuaker

Image not found.

Capítulo 1

Fernando Arroupé

Buenos Fuckin ´ Aires

1

El cuarto estaba a oscuras y la luz que entraba por la ventana apenas alumbraba nuestros cuerpos, parecíamos una masa gelatinosa en medio de la oscuridad.

Su pantalón estaba por la altura de las rodillas y yo había comenzado a jugar con su panza. Era muy difícil identificar el color de su bombacha pero poco me importaba, así que mi mano lentamente se introdujo por debajo de ella y tocó una pequeña conchita bien túpida y desarreglada

que se hacía agua.

Su parte frondosa me excitaba muchísimo. Agité mis dedos muy rápidamente dentro de ella. Saqué algo pastoso y me lo llevé a la boca.

-¿Qué haces? – dijo ella. – ¿Te chupaste los dedos?

-No.

Estaba en la cama disfrutando de Sofía, de lo demasiado mujer que me parecía y de la poca seriedad que le poníamos al asunto.

-Lau – me dijo muy bajito. – hace mil que no nos veíamos. ¿No?

-Si, que loco.

-De golpe estamos acá, mejor dicho, hoy estamos en tu cama desnudos, mañana no sabremos... ¿no te parece raro todo esto, como muy tirado de los pelos? A mi si me parece raro y también me parece que estoy un poco borrachita. Pero... no se siente tan mal... Sos muy lindo ¿sabes?

-Ajá, - no sabía que contestarle – pienso lo mismo que vos, que todo es muy raro.

En el equipo de música sonaba algo de blues, guitarras con armónicas y después todo piano, dulce piano.

A Sofía le gustaba esa música y parecía excitada por ella, logré que se rinda completamente al deseo pensé.

Entonces me tomó de los brazos acercándome a sus pechos y me besó apenas sacando su lengua e introduciéndola en mi boca suavemente, estaba tibia. Tomamos aire. Luego nos enchufamos un largo beso de garganta, nos devoramos unos minutos como dos víboras ciegas.

Estuvimos un buen tiempo pero no pude continuar con el asunto, era muy chica.

-Hey, me dio sueño, ¿quierés dormir un toque? ¿No estas cansada? – dije.

-Estoy un poco cansada, si... Y no sé si dormir porque dentro de unas horas tengo que ir a la facu.

-Ok. – cerré los ojos.

Al rato sentí una mano en mi verga que interrumpió mi sueño; Claro estaba que esta era una postura de alguien que no se quiere quedar con la leche en el ojo, Sofía comenzó a ordeñarme.

Desperté hecho un toro endiablado y me fui poniendo duro como un metal. Sofía me la sacudía muy bien, con su mano pequeña y mansa llevaba los tiempos de la melodía y me balbuceaba al oído:

-¿Te gusta así de fuerte?- el desliz era perfecto. - ¿o más rápido?

-Dale más rápido... me gusta más así.

Diez minutos después le bañe la mano en semen y supe que había sido la mejor paja de toda mi vida, luego me dijo:

-No sé porque siempre me gusta la gente equivocada.

Tenía razón.

La abracé y nos dormimos. Sonó el despertador a las 7, le abrí la puerta y se fue a la facultad; tenía ganas de estar solo.

2

La cosa es que trabajaba en una empresa de computación cerca del mercado de las flores, pero no me sentía a gusto con ese empleo. Yo estaba para otra cosa, no sabía para que, pero era algo completamente distinto a eso...

El lugar de trabajo era más bien chico, reducido y con poca ventilación. Olores no había pero me ponía nervioso trabajar en un lugar sin ventanas, me asfixiaba.

Otra cosa. La realidad me podía en esos momentos. Había dejado los estudios y trabajaba 10 o 12 horas dentro del local de computación, en la parte trasera, lo que llamaban "el taller". Mis sueños se derretían allí dentro. Me aburría y me hacía mal. Trabajaba con el Tóner. El tóner no perdonaba. No cabía duda de que mi salud había empeorado por culpa de ese polvo **maravilloso** y la mala alimentación también hacía lo suyo.

2. bis

No aguantaba más ni me aguantaba más. Estaba en esos momentos de total descontrol y decadencia con la ropa, la imagen, la actitud... y era tal el aborrecimiento que me tenía que prefería no estar en ningún lado.

Estaba cansado del encierro, triste y deprimido y como siempre las mujeres quedan impresas en la mente, las ex, las que importan. Era un

tema difícil, yo era un tema difícil, esperaba todos los días el maldito milagro. Quería irme no se a donde, pero irme. Despejarme.

La pequeña llovizna diaria en mis ojos por una mujer no calmaba (*Una mujer que te muestra los cielos y te arranca las tripas es una verdadera mujer, una mujer increíble*), yo sufría de mujeres increíbles.

Llegué un día sin decir una palabra y arranqué directamente hacia el fondo del local. Estaba loco y desquiciado. Dejé la mochila colgada en el baño, el único lugar con un poco de intimidad. Bueno, hasta ahí nomás. Estaba seguro de que si te rajabas un pedo los de afuera te oían, pero ellos no podían ver lo que hacías dentro. Era un baño chiquito en la penumbra, no tenía ventanas ni tampoco luces. Agobiante. Estaba hecho para contar secretos o robar almas. Cagar era otra de sus alternativas, de hecho era un buen lugar, un buen baño. Un baño negro.

Y pensé.

Me puse a recargar unos toners que hacía un tiempo estaban en la mesa. Tenía un escritorio grande para mí con una computadora a mis pies. Le decían el sector de recarga o el **laboratorio**, que en realidad era una puta mesa desordenada.

Mi tarea consistía en llenar de un polvo negro los cartuchos de toners. Los cartuchos de toner eran cajas de 30 centímetros que se metían dentro de las impresoras. Eso les daba la habilidad de imprimir. O sea, le daba vida a una máquina para que funcione. Me destrozaba los pulmones para que pueda imprimir un puto aparato. Porque ahí, en Info, lo único que se llegaba a utilizar como protección eran unos guantes de gomas blancos quirúrgicos. (*Para que se den una idea, trabajaba a jeta pelada con todo eso polvo volátil entrando por mis narices llendo directamente a mis pulmones*). A veces si tenía suerte, utilizaba un barbijo que le habían regalado a uno de los jefes en el hospital de clínicas.

Los ojos me lloraban y me costaba respirar. La vida se hacía más lenta y espesa con cada respiro. Hasta que me cansé de fumar todo ese polvo negro cancerígeno.

Ese mismo día pedí un aumento y un blanqueo, lo que había pensado en un mes lo resolví en un segundo. Les comenté a mis jefes mi situación, sincera y con ánimos de crecimiento(hacía 2 años que trabajaba ahí y me tenían en negro, el boludo de Lautaro).

El jefe se ofuscó. Se llamaba Rubén.

Recuerdo que Rubén se llevó su mano a la pera, pensó unos minutos y

habló.

-Nos podemos estirar 50 pesos mas... y ver si te podemos blanquear...blah... blah...- Cobraba miseria y trabaja como una mula. ¿Cincuenta mugrosos pesos? ¿Cincuenta mugrosos pesos costaba la confianza de 2 años?

Entonces ya no le prestaba atención a sus palabras insulsas y tan humanas que daban asco. Miré ese rostro ambicioso y amarillo de poder. Me detuve en sus cejas y de esa oscuridad que emergía del interior de su boca, noté un tono burlón y pedante.

-Está bien, renuncio.-dije.

-¿QUE?

-Sí, renuncio, me cansé de cobrar miseria.

Al diablo la confianza, la fidelidad y toda esa mierda que uno trata de hacer para llevarse bien con sus superiores y que la mayoría de las veces no es recompensado.

-No renuncies, ¿Qué decís? Pensalo bien. Nosotros igual vemos que podemos hacer con vos. Danos una semana.

Por alguna razón eso me tranquilizó pero seguía sin creerle.

-Está bien- dije.

La siguiente semana me pedí una ensalada primavera para variar un poco el menu. Me toqué el hígado que latía la mayor parte del día, haciendome acordar que no debía tomar, jamás le hacía caso.

De pronto me llamaron para hablar del aumento, interrumpieron la comida.

-¿Que pensaste sobre este tema que te preocupa?- dijo Rubén sutilmente.

-Que renuncio.

-Está bien (silencio), nosotros estuvimos evaluando y bueno...- Ruben siempre hablaba en plural aunque el socio no estuviese presente. - Nos podemos estirar a 75 pesos más e inscribirte como mono-tributista... Habría que hacer un papeleo y lo demás lo vamos viendo sobre el pucho...- Divagaba mucho, ni él se lo creía. Le costaba hacerlo.

-Ok. Renuncio.

-Pero...-

-Termino esta semana y me voy.- seguía deprimido.

-Bueno. Pero lo puedes pensar, fijate.

Sentía una gran presión que me hundía el pecho hasta la médula espinal. Quizás estaba demasiado sensible pero un hombre debe defender su honor por más mierda que se sienta, sentía cierta injusticia de su parte.

Digamos que en la vida tampoco fui un hombre de grandes ambiciones pero aunque sea pretendía que en el trabajo me cuidasen, a su manera, económicamente tal vez, pero estos tipos tenían algo contra la bondad.

El producto: Me había convertido en un siervo destinado a comer fango. Estaba cansado y arruinado. Temía por mi alma, sin peso y desnuda encaraba al precipicio invisible de la miseria humana (deambulaba de un lado al otro y tenía miedo de perderla).

Llegó el viernes. Entré a mi horario habitual y me fui a la hora de siempre. Había caras y silencio. Quizás pensaron que hacía mal pero nada hicieron para detenerme. Escuché a mi jefe decir:

-Tenes siempre las puertas abiertas.

-Ok.

Me fui para no volver.

Me despedí de Andy, un compañero. Andy estaba a la altura de alguien que tenía un futuro pensado. Era un tipo correcto, y persistente, con objetivos a largo plazo, (no hace falta que enumere sus defectos) en otras palabras, era un tipo que no se parecía en lo más remoto a mí pero que me caía realmente bien.

Ese día nos volvimos caminando y agarramos por la Avenida Corrientes. El tipo tenía las piernas largas y me costaba seguirle el ritmo, era alto y atravesaba dos baldosas con sus pasos de cigüeña.

-Aminoremos la marcha- dije.

-Está bien.

Silencio. Dos cuerdas después retomamos la charla.

-Che, ¿Por qué te vas?

-¿Porque me voy? – exploté - Porque son unos hijos de mil puta, ¿no te parece Andy? – Estaba furioso conteniendo la ira hasta último momento, esos tipos habían logrado cabrearme. Dos años confiando y respodiendo a ellos pensando que en algún momento las cosas iban a mejorar y no eran capas de jugarse por unos mangos mas y mantener un empleado satisfecho.

-Y si, la verdad que sí.

-Como puede ser que estos tipos se quemen por 50 mugrosos pesos... Tanto discurso que < nosotros="" te="" apreciamos,="" que="" sos="" un="" muy="" buen="" empleado...="" que="" cuando="" se="" hace="" plata="" se="" reparte="" toda="" equitativamente....="">> ÉSTA se reparte toda. ESTA, ÉSTA... - Me agarraba el ganso con locura.

-JAJA, sí. A mí me dijeron lo mismo. Nunca vi una atención de su parte. – Se acomodó la mochila. – Pero aparte vos que estabas con ese polvo de mierda... Yo te escuché cuando pediste que te compren una máscara y antiparras para los ojos y ni pelota.

-Viste, hasta en eso se cagaron... Por eso en los últimos tiempos ya no quería recargar más. Que se metan las impresoras y los toners por el culo y que larguen hojas de prueba, que se yo...

-JAJA sah.

-Además me dice Rubén < vimos="" que="" tenías="" un="" currículum="" vitae="" en="" nuestra="" máquina,="" eso="" nos="" desagradó="" mucho="">> Y sí... pedazo de pelotudo, como para no andar buscando otro laburo. Ya se estaban pasando de vivos.

-Si, Yo también creo que me voy, estoy medio podrido de estar en Info. – dijo Andy.

-¿Vos? Vos no te vayas, tenés futuro. Sos un tipo hábil, ganás bien, y por lo menos vas por buen camino. Sabes de redes, sos buen técnico, formal, es importante eso. Yo, en cambio estoy en otra historia.

-No sé. Estoy cansado en serio. Hago muchas cosas...

Andy escupió una lista de cosas que hacía que yo no podía creer, faltaba que le limpie el culo con la lengua a Rubén y estaba hecho, o tal vez una paja. No sé. Me entristecí por mí y por el. Estábamos a la deriva. Incluso yo me sentía más perdido que él, sin saber que hacer y adonde ir. Esto era algo típico en mí, pero siempre me asustaba. Era mi estilo de vida y aunque lo había hecho mil veces atrás me seguía produciendo el mismo

temor, no saber que se venía después era estresante.

- ¿Y ahora que vas a hacer Lau?

-Me conseguí un laburo en una despachante de aduana. Me metió un amigo.

-¿En serio? ¡Que bueno! Te felicito y ¿Estás seguro de eso?

-No, pero es un laburo. – dije yo.

-Está bien, que venga lo que tenga que venir... te va a ir bien... nadie sabe las vueltas de vida.

-Supongo que si.

-Sah- dijo Andy – Cualquier cosa renuncias.

-Absolutamente.

Me apreté la mochila y me fui apartando muy despacio todavía con el apego de nuestra charla "reflexiva".

-Chau Andy, no te dejes aplastar por estos chupasangres. Ya sabés como son. –dije ya a unos metros.

-Si, veo que hago.- y dijo- chau pollo, suerte- así me llamaba él en aquel entonces.

La realidad era que se hacía tarde para todo.

Nos alejamos en Corrientes y Jean Jaures. Lo dejé tomándose el 168 y me fui caminando. Me prendí un cigarro, caminé unas cuadras y pensé: Por fin algo de tiempo muerto para vagar.

3

Estuve un mes en la despachante de aduana como cadete y renuncié. Un mes clavado. El trabajo no era para mi. Por más que me gustaba estar todo el día en la calle yendo y viniendo, estaba cansado del teléfono. En la despachante me habían dado un celular para que los empleados de los distintos sectores (exportación, importación, la "cámara") puedan comunicarse y asignarme tareas en plena ruta, los tipos me volvían loco. El celular sonaba a cada minuto y era alguien pidiendo, exigiendo y pidiendo.

Había un tema importante: el de las marítimas, es que todas tenían

horarios diferentes de apertura y cierre y estas se superponían.

-Lautaro andá a tal lugar. – Alejandro.

-Lautaro andá a Csav antes de la 1. – Mariano.

-Lautaro andá a Happag Loyd antes de las 3 – Mariano de vuelta.

-Lautaro, tenes que llegar antes de las 2 a Pronsutores, volvé.

Desde un principio no había sido una buena idea meterme en esa empresa pero como siempre yo nunca sabía para donde iba y me daba todo igual. Renuncié por razones de estrés y mala onda. Los empleados de las marítimas tenían una nube negra en sus cabezas. Se creían dioses. Había que hacerles ofrendas para lograr pagar a tiempo los BL, a mi no me cabía esa. Los BL eran las facturas de los containers que dejaban en el puerto de Bs. As. Yo no era un tipo al que le gustaba regalar cosas porque si, y mucho menos poniendo guita de mi bolsillo. Había aprendido a grosso modo que no hay guillotina sin cabeza, así que me manejaba a mi manera, sin poner un peso y tratando de llegar siempre a tiempo a las marítimas (antes de que cierran) para no tener que negociar con los empleados.

Mis colegas no sufrían la misma suerte, y no hablo de mis compañeros de trabajo si no de los **otros** cadetes de **otras** empresas a los que cruzaba todos los días. Les preguntaba de sus sueldos y de sus vidas en las salas de esperas y toda era diferente. Con cada persona que hablaba estaba más acertado que yo era distinto. Mi vida era distinta y sus vidas parecían todas iguales, como si tuvieran en una fila y yo en otra más atrás.

Mis colegas decían que trabajaba demasiadas horas y que tenía a cargo demasiadas marítimas, era verdad. Ellos tenían horarios de 9 a 15 y ganaban lo mismo que yo con menos lugares a donde ir. Me parecía injusto, injusto para mi como para el que ocupara mi lugar cuando me fuera, pero nada de eso me importaba seriamente porque sabía que iba a renunciar en breve.

A la semana repartía revistas para pasar el tiempo. Con frío, lluvia o viento me hacía el recorrido habitual del barrio. Las repartía para ayudar a mi vieja, ella estaba algo atareada y cansada y, yo le facilitaba el trabajo, además me gustaba dar un paseo todos los días, estar en las calles, caminar, mirar gente, tomarme alguna que otra cerveza en el camino y seguir mi rutina.

Eran días aburridos. Cuando no había nada por hacer la mayoría del tiempo me la pasaba dentro de mi casa hasta la hora de la repartija en la

noche.

Mis viejos miraban televisión antes y después de comer, era la única manera que tenían de no pelearse, yo me encerraba en mi pieza y dejaba que las horas pasen, generalmente la TV quedaba prendida como una especie de compañero de cuarto. Nos habíamos acostumbrados a la compañía artificial y no había con que darle. Mierda.

Me quedaba 8 horas seguidas frente a la computadora, mirando videos, escuchando canciones y bajando tablaturas para después tocarlas en la guitarra eléctrica. Pero todo me terminaba aburriendo.

Una noche mientras veía Dr.House imaginé una vida perfecta. Una casa soñada (quizás un PH dividido en: un estudio, un cuarto de juegos, una habitación y toda esa parva de cosas; con tal de tener espacio estaba hecho), una mujer pulposa, un perro y un gato, una computadora, una guitarra, una armónica. Todo lo mismo que tenía hasta el momento: sin la mujer, el perro, el gato y la casa super-grande.

O sea que me faltaban 4 pasos para la felicidad. Pensé en como lograrlo pero no tenía la menor idea. Ahí estaba el problema. Soñaba demasiado y hacía poco. Apagué la televisión y me fui a dormir. Al otro día me levanté y me puse con la computadora, no tenía ganas de pensar, era mejor divertirse. Prendí la Tv también, me sentía solo.

4

Eran como las 7 de la tarde y estaba en casa leyendo, la computadora y la TV estaban prendidas. Me llegó un mensaje, era una chica. Había pensado en ir a ver una película con Frosty pero el muy zángano se me había anticipado, se fue él solo. Estaba aburrido. Pasé un rato tirado en la cama mirando el techo y respondí el mensaje concretando una cita.

A las 3 horas me encontré con una mujer de cuerpo exburante. La mujer se llamaba Soledad y hacía voley en GEBA. A las 11 salió preparada con una cartera blanca y unos jeans azules tan apretados que estaba atento a que no se le rompa la costura, su cola buscaba protagonismo a toda costa. Caminamos unas cuadras y compramos un Uvita fiesta para empezar la noche. Nos sentamos en el escalón de una entrada a la vuelta de una comisaría y a metros de un telo, siempre mejor estar preparados para cualquier cosa.

Soledad parecía de pocas palabras. Ella no hablaba mucho pero tenía un recuerdo bastante vago de una fiesta que había hecho Frosty en su casa donde Soledad estaba un poco berborrágica. Me comía la cabeza la imagen de una Soledad desafiante, autodidacta y atrevida; fue eso lo que me cautivó aquel día de aquella muchacha o por lo menos lo que recordaba. Habíamos tomado mucho, muchas bebidas y poca gente, un

buen desequilibrio que eleva hormonas. Todo terminó cuando de golpe me levanté y me fui corriendo al baño para lanzar.

Pero esa noche Soledad no era la misma como la recordaba. No hablaba y me comí tremendo garrón, sentía que hablaba con una pared.

No la estaba pasando bien pero yo seguí pensando en su cola, quería tocarla un rato.

Mas tarde empecé a molestarme y comencé a fumar más seguido, el Uvita se terminó en media hora y tuvimos que ir a comprar otro. Volvimos a nuestro escalón y hablé unos cuantos minutos más. No eran gratos momentos y los dos lo sabíamos, era mejor estar en casa haciendo cualquier otra cosa que estando con ella. No me quise dar por vencido y encaré la conversación a lo gracioso. Su culo me importaba muchísimo pero todo este plan nefasto lo dí por terminado al cabo de unos minutos.

Quizás la intimidaba, a mi me parecía más interesante en la fiesta, ya estaba aburrido y ella también. Me fui y no la besé, me daba asco su vergüenza.

5

Me inscribí en la facultad por tercera vez, el cuatrimestre septiembre-diciembre. Me anoté en Pensamiento Científico y Sociedad y Estado, no había tenido mucha suerte antes y no estaba muy seguro de tenerla en ese momento pero tenía que hacer algo, estaba sin laburo y me aburría muchísimo.

*Me dolía quedarme sin plata, gastaba de lo poco que había ahorrado y se estaba yendo todo al caño. Todo caía en cadena en mi vida, eran tiempos difíciles, era difícil engañar a mi cerebro así que no tenía otra opción que beber los fines de semana. Buscaba una salida rápida, más bien era, **hacer algo**. Si no laburaba, estudiaba o viceversa pero las dos cosas nunca iban en mis tiempos.*

La tarde que empecé en la facultad tenía un resfriado de la san puta y me partía al medio.

Me senté al fondo del salón para que nadie me moleste. Estaba muy mal, sentía pajaritos brotar de mi cabeza picoteando los laterales de mi cráneo haciendo presión a la altura de mis ojos. Era una sensación horrible. Las sienes me latían, la vista se me nublaba y se me acumulaba saliva en la comisura de los labios, tenía miedo de hablar. ¡Dios! Dios siempre estaba metido en todo esto, no sé porque. Lo odiaba de a momentos, seguramente se revolcaba a carcajadas cuando se tomaba un tiempo para

verme desde donde estuviese.

Al rato alguien apoyó su culo a mi lado. No la pude ni tampoco la quise ver en un primer momento pero esa fragancia era inconfundible, olía a mujer. Yo tenía la cabeza tapada, engarrotada con las manos tratando de no mostrarme y observaba sus movimientos. Era una chica con el cabello medio raro y cara rara, parecía muy provinciana pero era de la ciudad. Tenía el mejor estilo Rollinga que había visto en mi vida y un cuerpo de una jugadora de rugby, no era muy sensual a simple vista y tampoco lo era cuando hablaba.

La rollinga tenía onda y nombre, se llamaba Silvia, y a Silvia le gustaba hablar. Era bastante suelta y me llamaba la atención como acomodaba su panza en el pupitre. Nos presentamos y hablamos un largo rato.

-Soy Lautaro.

-Ah, Lautaro, yo tenía una novio que se llamaba así, yo soy Silvia. ¿De donde sos?

-De Once. ¿vos?

-De Parque Patricios. Vivis cerca, ¡que suerte! Algun día podemos juntarnos en tu casa para ir a estudiar.

-Si, dale. – Jamás lo hicimos.

Éramos los primeros, parecíamos chicos aplicados... parecíamos.

Los alumnos tardaron en llegar. Fueron cayendo después de unos minutos: entraron hombres de sacos y corbatas, pelados, rubios y barbudos, chicos con forúnculos en sus caras y gorra a 90 grados en su cabeza; y chicos como yo, no tan comunes pero singularmente normales, era una mezcla de matices sociales.

Las mujeres eran otra cosa, siempre bien vestidas para la guerra: ya sea con jeans, pantalón de vestir o polleras y vestidos; todas se preocupaban por su imagen, menos, como siempre, dos o tres mamarrachos que circulaban sin darse cuenta de lo desastre que eran.

Silvia busco en su mochila y sacó algo.

-¿Tomamos unos mates?

-Bueno dale.-contesté. – Che... ¿Y que pensas seguir? Digo, que carrera tenes pensada.- Tosí un poco.

-Quiero seguir psicología, trabajar en penintenciarías.

-Epa, mira vos. – a mi jamás se me hubiera ocurrido pensar algo así. - ¿Y por que? – Tosí un poco más.

-Mi tío está en cana y las veces que lo fui a visitar me dijo que no se sentía muy consentido ahí adentro. – dijo ella

¿Quién se va a sentir bien ahí dentro? Pensé.

-Me dijo que necesitaba hablar con alguien y que no le gustaban los psicólogos de ahí. Después me explicó un par de cosas y descubrí que son motivos protocolares que se tienen que realizar de esa manera, pero yo quisiera que fuera de otra forma, quisiera cambiarlos. Blah, blah, blah.

Mi cerebro se desactivo aunque la seguía mirando asentando con la cabeza lo que ella decía. Entendí que la chica quería cambiar el sistema de psiquiatría de la penintenciaría de no se que lugar, bien por ella. Yo no, yo sabía lo que era el sistema y no hay con que darle, pero valía la pena que otro lo intentara.

Un tipo de ahí escuchó nuestra charla y se puso discutir con Silvia. El tipo quería ser abogado. Luego de escucharlo unos 20 minutos percibí que tenía una singular forma de envolverte con las palabras, a mi me gustaba escucharlo, tenía la vaga idea de que podía aprender algo de él, pero no, jamás sería como ese tipo.

El mentiroso se llamaba Andrés y parecía un idiota con suerte. Yo le daba unos 27 años.

Contó que su novia lo llamaba a cada rato y que aparecía por las madrugadas en su casa (vivían juntos). Tenía pinta de fraca, pero iba a ser abogado, de alguna manera se las iba a rebuscar para quedar bien parado aunque sea en lo económico y social, fuckin abogados, se vuelven tan indispensables como los médicos.

Luciana era una chica que siempre se sentaba a mi lado(la miré). Me había dicho que carrera había elegido pero no le había prestado atención, yo la adoraba. Era una mujer muy alta y rubia, de ojos pequeños y verdes como rubíes. La miraba y me preguntaba si realmente le interesaba estudiar o ir a la facultad a hacer amigos como yo, la realidad es que todos queríamos ser sus amigos. La pendeja tenía su lomo. Te la levantaba con solo mirarte y hacer un gesto con sus cejas mientras arrugaba su boca.

La primer clase terminó y nos despedimos cada uno por su lado, volviendo a su vida aburrida. Luciana y yo nos quedamos un rato más afuera, en la

vereda. Hablamos y sonreímos, tenía un tono de voz bajito y excitante.

-¿Así que vos vivís en once? Yo en Las Heras y Coronel Díaz ¿es cerca, no?
- sonrió. -Todavía no me acostumbro a la ciudad.

-Mas o menos, yo voy a cualquier lado. ¿de donde sos?

-Soy de Misiones,

De Misiones era una ex novia mia. Buenas minas, buena mezcla de sangre, colonias europeas y carne bella.

-Ah bueno, ya te vas a acostumbrar, esta ciudad es una mierda, vivís a los pedos, nunca puedes llegar a horario a ningún lado, te pisan, te empujan, pero quieras o no quieras la ciudad te amolda y terminas siendo uno más en el cajón. -dije.

-Jeje, puede ser, espero que no sea así, todavía extraño un poco mi tierra colorada. - miró al pavimento - Bueno Lau, me voy, nos estamos viendo.

La despedí, me prendí un cigarro y me fui pensando en ella.

6

Una tarde me apersoné a una consultora de trabajo en San Telmo, el dato me lo había tirado una amiga de mi vieja, quedaba por la calle Belgrano y Defensa cerca una iglesia que estaba siempre llena de vagos en la esquina.

Maso menos me habían adelantado algo del trabajo por el cual me iban a entrevistar pero a mí no me cerraba en absoluto, sin embargo, me quedaba muy poca plata de mis ahorros y necesitaba moverme. Me la había gastado en salidas y alcohol, era difícil soñar en esos tiempos.

Llegué al edificio y me topé con un guardia, me tomó los datos. Buen tipo. Después tomé un ascensor que me llevó al sexto piso. Me abrieron la puerta, no sé quién pero una voz en el portero me dijo que me sentara en cualquiera de las sillas de la sala. Me senté y esperé unos 20 minutos.

Finalmente me atendió un hombre de unos 65 años que hablaba medio mal, tenía una disfunción motriz, la cara le fallaba, sus funciones habían quedado reducidas únicamente al habla. Supuse que tuvo un infarto cerebral y eso me hizo recordar a mi viejo, él también había tenido uno pero el muy suertudo había quedado bien. El tipo hizo algunas preguntas (como pudo) y archivó mi Currículum Vitae en su base de datos.

-Estamos en contacto, te llamaremos.- dijo el hombre con la boca

trabada. Estaba inmovilizado del lado izquierdo, pobre hombre.

Me fui, caminé por el viejo y conocido barrio San Telmo. San Telmo había sido la cuna de mi pubertad. Mucha calle, mucha noche y una buena arquitectura de edificios antiguos que me llamaban la atención. Sus calles me gustaban, teñidas de vida cruda, de la realidad misma...

Fumé unos cigarros mientras recordaba a una ex novia y me tomé el 29 para regresar a casa, se me estaba haciendo tarde para la facultad.

Dos horas más tarde Luciana me encontró dormido en un pupitre afuera del aula de Sociedad y Estado.

-Hey, hey, Lau, despertate, ya son casi las 7.

-¿Dónde están todos?- Me colgaba un hilo de baba.

-Todavía no llegaron, te quise despertar antes, pero dormías como un bebé- dijo mientras se reía.

-Ok, gracias.- mucha bola no le dí.

Me acarició la cabeza y uno de mis rulos se enredó en sus dedos. Se sentía muy bien, su mano era suave y cálida, alargada y eficiente. Levanté la cabeza con una sonrisa, realmente lo estaba disfrutando.

-¿Te gusta molestar a la gente, no?- dije.

-Sí, me encanta.- y seguía jugando con mi rulo.

Me levanté y le pregunté si había leído o estudiado algo para esa clase, como para cambiar de tema, es que no soportaba más su amabilidad con mi cabeza.

Me dijo que no, era una maldita vaga igual que yo.

Alguien dio la orden de entrar y todas las personas que estábamos fuera del aula entramos, me asombro nuestro comportamiento animal ¿no eramos gente facultativa? ¿gente que piensa dos veces antes de reaccionar? ¿gente que deja salir del aula a los alumnos de la clase anterior? Pensar esto me resultó una pelotudes pero no la pude evitar, me había hecho acordar al entre y empuje del subterráneo, eramos iguales en todos lados. Entramos.

Los alumnos fueron llegando y nos ubicamos al fondo, como todos los días. Silvia y Andrés esa clase faltaron.

La clase empezó bien y al rato decayó. Era todo un fiasco. La profesora daba explicaciones de supuestos sociólogos grosos pero no lograba captar mi atención, a Luciana le pasaba algo parecido. Entonces, con Luciana, ideamos un Chat en un cuaderno y hablábamos por ese medio. Eso era lo único divertido de las clases tan aburridas que dictaba esa condenada mujer.

Salimos a las 9 y la acompañe hasta la parada del colectivo, ella sonreía y yo también, se movía gatunamente, su cuerpo me daba señales, vi una luz verde y entonces me dije: ¡Esta es la mía!

-Lu, ¿vamos a tomar unas cerve...?-

Pero no fue así, estaba muy apurada y se tomó un taxi, no me dio tiempo a nada. Terminé la pregunta a solas, en la vereda y me fui fumando a casa.

7

Recibí un llamado por la mañana bien temprano, era de la consultora de trabajo.

-¿Señor Rousse?

-Si.

-Lo estamos llamando de Aixan.

-Ah, ¿Qué tal?

-Conseguimos un trabajo para usted, ¿podría presentarse por nuestras oficinas hoy por la mañana tipo 11 para hacerles unas preguntas?- dijo el hombre con la boca trabada. Estaba seguro que era él, hablaba mal.

-Si, como no, ¿y de qué es?

-Maletero.

-¿Maletero?

-Si, Maletero, lo espero a las 11, hasta luego.

- Ok, Gracias- dije y colgué.

En que mierda me estaba metiendo no sabía, pero la plata la necesitaba.

A las 11 me presenté en la consultora y después me derivaron

directamente al hotel. Fui para allá.

En la puerta había un maletero, bien presentado de saco y corbata, camisa blanca y cara de muñeco, tenía cara de Michael Jackson. Me miró de reojo. ¡Mierda! si tendría que parecerme a estos tipos estaba acabado. El guardia no tenía tanta pinta.

Esperé en el loby unos 15 minutos en una silla junto a una mesa de vidrio.

El piso relucía, estaba impecable, había mucho dorado por todos lados, cuadros, cuadros feos pero para el relleno **andaban**. Hasta que se asomó una vieja y se presentó, caminamos hasta una mesa con base de vidrio y me hizo tomar asiento y me entrevistó en pleno lobby del hotel.

-Soy la Sra. Ramos, vos debes ser Rousse- dijo.

-Así es señora.

-Está bien, si, me pasaron tu curriculum. Veamos... – la vieja tenía una cuantas hojas que había dejado en la mesa. Tenía la boca chueca y no podía dejar de mirarla cuando hablaba, me molestaba bastante.

-Bueno, acá te encontré. ¿Sos técnico, verdad?

-Si señora.

-Bueno, en estos momentos a mi no me sirve un técnico. El trabajo es de maletero.

-Ok, maletero.

-Le comento. Estamos tomando maleteros. Personas agradables y sociables con carácter servicial, lo que se dice proactivos y que por supuesto esten dispuestos a ordenar las maletas de los pasajeros, tanto en el check-in como en el check-out.

-¿Qué es eso?- dije. Como si supiera tanto.- ¿el check-in, chek-out?

-Cuando ingresan y se van los pasajeros. El horario de trabajo es de 8 horas, turno mañana-tarde, 1000 pesos de sueldo bruto y 2 francos por semana. Tendrá que hacer algunas que otras tareas como servicio al cuarto, pero de eso casi siempre se encargan las mucamas.

-Está bien señora, pero yo no sé nada de esto y el sueldo no me parece muy bueno, me habían dicho otra cosa en la consultora.

-No importa, llegas al sueldo con la propina ¿sabes de inglés?

-Algo...

-Ok. Bueno... de todos los postulantes el único que sabe inglés sos vos. Tu aspecto me gusta.

Es posible que te haga una segunda entrevista.- dijo la vieja. Se sacó los anteojos y volvió al lugar de donde apareció.

Me quedé en el loby pensando. Fue una entrevista corta, fácil. Yo no era un tipo feo y eso tenía sus ventajas.

Me di cuenta que Michael Jackson me estaba mirando y sonreía diabólicamente, algo tramaba, el guardia se entretenía con las chicas que pasaban por la calle Suipacha, eran todas lindas. En dos días, quizás, estaría haciendo lo mismo parado junto a él y clasificando mujeres, este era el empleo ideal para mí.

8

Llegué a mi casa del hotel y me preparé algo de comer. Sonó el teléfono.

-¿Sr.Rousse?

-Sí, ¿Quién habla?

-Soy la sra. Ramos del hotel Plaza San Martin, recién tuvimos una entrevista, lo necesito ahora.

-¿Ahora? Vengo de ahí.

-Es una urgencia, se me acaba de ir un maletero.

-¿Qué? ...Deme unos minutos a que termine de comer y veo si...-divagué.

-Esta bién, lo espero a las 15:00 horas. Adiós. – cortó.

La vieja colgó y no me dio tiempo a decir que no. No la conocía y ya la estaba odiando.

Terminé mi almuerzo y me tomé el colectivo al hotel. El 75. Me dejaba frente de la plaza San Martín y de ahí caminaba una cuadra por Av.Santa Fé hasta llegar a Suipacha, doblaba la esquina y allí estaba: El Plaza San Martín Hotel

Era un apart hotel, enfrente estaba el Dolmen que le pasaba el trapo. Ja. A diferencia del Dolmen, el plaza San Martin no llegaba a ser un 4

estrellas por no tener un garage, aunque contaba con habitaciones y servicios de cuarto al instante de super lujo. Carros de equipajes dorados, maleteros afeitados y bien vestidos poniendo la mejor cara al pasajero, ofreciendo confianza y total atención... al menos eso decía la página de Internet que diferiría muchísimo a la realidad.

Michael Jackson me abrió la puerta y entré, pronto yo estaría haciendo lo mismo. El recepcionista me sonrió y anotó algo en un papel. Yo seguí de largo por una puerta que él me indicó, entré. Estaba dentro de un circuito especial para el personal del hotel. El recepcionista dijo:

-Entrá al ascensor y toca B1. – obedecí.

Entonces bajé. Salí del ascensor, una mujer se me acercó y me hechó una mirada de arriba abajo. Que bienvenida pensé. Me llevó a una habitación del sótano y sacó un traje.

-Este te va a ir bien. ¡Probátelo!.- dijo

-¿Acá?

-Sí, ¿Por qué no?

-¿Acá?

-Si nene. – se sonrió la muy yegua.

Me bajé los pantalones y ella miró mis piernas. Se quiso tapar la cara con una mano pero espiaba entre los espacios de cada dedo. *Atrevida.*

Otra mujer pasó y desde la puerta se me quedó mirando, luego siguió su rumbo y de lejos se la escuchó decir:

-Mariana, ¿Cuántas veces te dije que a los chicos nuevos les hagas probar la ropa en "su" vestuario y no en el departamento de mucamas?-

Mariana hizo una cara de "me chupa todo un ovario".

Me probé el pantalón de vestir del hotel y me quedaba bien.

Luego me dio unos zapatos, incómodos, pero eran de mi talle, me los quedé. Sacó una camisa de un armario viejo y apolillado, me la puse, me quedaba chica, probamos con otra, esa estaba mejor, tenía marcas amarillas en los puños, eran de cigarrillos, la mire.

-No importa, total te pones el saco y no se ve.- dijo Mariana. Que fácil

arreglan las cosas acá pensé.

Por último me dio una corbata y me preguntó si me sabía hacerme el nudo. Me hice el boludo y dije que no, quería que ella lo hiciera.

Y lo hizo porque parecía muy comprometida con su trabajo.

-Estás perfecto, subí nomás.

Y subí.

Michael Jackson no estaba. Ahora en su lugar había otro maletero y el mismo guardia. Me acerqué a ellos y tomé mi posición.

-¿Como te llamas?

-Lautaro.

-Yo Sergio- El tipo manejaba una conducta segura y pretendía que yo también la tuviera.

Se agregó el guardia a la conversación. – Sos parecido al guitarrista de miranda-dijo.

-¿A quien?

-A Lolo.- se rió.

-¡QUE! Ni a palos. No tengo ningún parecido. –dije.

-¡Callate Lolo! Sos Lolo, jaja.

Un taxi estacionó en la puerta del hotel, se bajaron unos pasajeros y nos hicieron una seña. Sergio se anticipó, abrió la puerta y comenzó a bajar el equipaje, desde la vereda gritó:

-Vení Lolo, ayudame.

Miré a mi alrededor, y tanto el recepcionista de turno como el guardia esperaban una respuesta de mí, procuré que no se vean la mangas de la camisa y fui a recoger las maletas, en la calle hacía calor.

9

Llegué cansado a casa, eran las 6, había trabajado 3 horas y media pero me parecían 12. Tomé algo fresco y me cambié, tenía que ir a la facultad.

Llegué. Tenía un examen de pensamiento científico. Mierda.

Saqué una hoja y copié lo que había escrito el profesor en el pizarrón, eran preguntas.

Un compañero, Emiliano, me acosaba en clase todos los días. Le gustaba hablar mucho solo que yo a veces estaba de humor y otras veces no. Lo tenía siempre al lado y hablaba, hablaba, mierda.

No se que tenía conmigo ¿confianza? ¿un ejemplo a seguir? Nah, pura buena onda que a veces se licuaba y había que vomitarla. Venía todos los días con el cuento que le gustaba su vecina. Buscaba mis opiniones, yo ya no sabía que decirle. Le había dicho todo lo que pensaba.

Lo mismo en el examen.

-Lau, ayer la vi a mi vecina y la salude y no sé que onda, la quiero invitar a tomar algo y no sé y blah... blah... - El tipo agachaba su cabeza y hablaba, yo trababa de esquivar, era imposible, él se agachaba más y se acercaba a mi para que lo escuche. El profesor gruñó.

-Señores, no se puede hablar en pleno parcial, ¿Lo sabían, no? - La maldita pregunta retórica que los hace más profesores a los profesores. Infelices.

No contestamos. Emiliano miró hacia el otro lado y yo seguí con lo mío. Por supuesto, con la nada misma. No había estudiado.

Pero después me di cuenta que todos esos días le había prestado atención al profesor cuando explicaba en clase. Entonces leí las preguntas y respondí. En algunas utilicé metáforas. Ya fue... entregué sin revizar, me sentía seguro, una de las pocas veces en mi vida.

Salimos. Nos prendimos un cigarro cada uno, mis orejas parecían las de Dumbo, Emiliano no cerraba su boca pero me caía bien. Lo callé de una santa vez y le comenté mi problema con Luciana.

-Chabon, no lo entiendo, si vos tenes parla, ¿Que pasó? Una o dos veces más que la acompañes a la parada del colectivo y es tuya.- Tenía razón, lástima que no sabía que era un idiota y que me comportaba como tal, él veía lo que quería ver.

-Si puede ser. (silencio)... Mirá, ahí viene Luciana.- dije.

-¡Hu! ahora te entiendo man, es un cacho de mujer, ¿Cuánto mide? Che... ¡Esta re buena! Parece una amazona! – dijo Emiliano.

-Sah, ¿vistes lo que es?- ¿Quién no se opacaría con terrible mina? Pensé.

Luciana venía hacia nosotros. A Emiliano se le abrían más y más los ojos cada vez que ella se acercaba y yo la contemplaba como una diosa griega.

-Hola chicos, hola Lau, ¿como estas?- y me pegó un abrazo de oso. Los hombres de de atrás se dieron vuelta para mirarle el culo, ella lucía un pantalón blanco.

-Este es Emiliano, Emiliano Luciana. – Los presenté.

Hola dijo cada uno. Luego ella entró y me aclaró que me esperaba en el aula. Estaba todo dicho, esta no la iba a dejar pasar, no de hoy. Hoy le caía, le entraba hasta los días.

Entré al aula y allí estaba, esperandome. Me tomé unos minutos y le dije:

-Salgamos a tomar algo después de esta mierda. –Estaba ansioso y sentía cierta adrenalina, me sentía vivo.

-Dale, me encantaría.

Listo. Fue fácil, estaba todo cocinado.

Pasó 50 minutos y la clase terminó. Salimos juntos, me llegó un mensaje.

-No me llamaste nunca más, sos un gil Lautaro. – Era de Soledad.

No respondí. Tenía la mano en el hombro de Luciana y por mas alta que fuese la estaba guiando a la salida, me sentía realmente bien después de varios meses. Atrás venían Silvia y Andrés ya sabían todo y creo que Luciana también, una mujer siempre sabe para que puede servir un hombre desde el primer momento que se ven, así que en realidad el que estaba siendo guiado era yo, como ganado al matadero encaraba hacia la salida y luego a tomar unas cervezas y a emborracharnos, el plan infalible que termina en algo seguro, unos besos, una apretada, una toqueteada urbana, una noche en una habitación, me lo estaba imaginando completamente. Salí con una sonrisa de oreja a oreja.

-Mi amor, que haces acá, VINISTE ¿no estabas en Entre Rios?- dijo

Luciana

-Te quería dar una sorpresa- y el novio la besó como si fuese el último día del planeta Tierra.

Andrés y Silvia que venían atrás se rieron, yo estaba pálido, apreciando como un **salchichón**, un hombre desgarrado con un tatuaje en el brazo derecho se llevaba una diosa griega delante de mis ojos, imposible pero real.

-Chau Lau, será otra vez.- me dijo al oído cuando me saludo. Se alejó abrazada por su miseria de novio.

Me fui con Silvia y Andrés hablando sobre el tema, dijeron que había hecho hasta donde había podido. Les pregunté sobre ir a tomar unas cervezas, lo dos dijeron que no, me prendí un cigarro y me fui a casa caminando, otra noche de calor intenso. ¡puta madre!

10

Un día de septiembre mi viejo me pidió por favor si lo podía acompañar a llevar unos pedidos a una sucursal del banco provincia en Constitución, pasando la terminal de trenes. Nos tomamos el 60.

Nos subimos al colectivo, él lo hizo primero, luego atrás le seguí yo, le costó subir los escalones y yo saque los boletos. Lo siguiente que noté fue que mi viejo no podía agarrarse del caño.

-¿Que haces? Agarrate de una vez, te vas a caer.- dije.

-¿Dónde esta el caño?

-Ahí, enfrente tuyo- ya me estaba enojando, me estaba tomando el pelo-
¿No lo ves?

-No- Se lo veía atontado.

En un principio no lo entendí., luego reaccioné.

Fue el "no" mas rotundo que jamás había escuchado. Mis oídos quedaron sordos y al instante escuché un zumbido. Lo miré atentamente, estaba rígido, con miedo.

Le agarré la mano y se la conduje al caño, después lo ayudé a sentarse.
¿Perdió la vista?

Me pasé todo el viaje pensando en eso y no hablé...

¿para eso quiso que lo acompañara?...

Porque no veía, el muy hijo de puta no veía...

Nos bajamos y se agarró de mi brazo. -Llévame- me dijo, lo hice.

-Hoy me desperté así de mal, no sé que pasó, pensé que se iba a ir, pero tuve miedo, la oscuridad no se iba.

-¿Y desde cuando te pasa esto?-dije.

-Desde marzo.

-¿Desde marzo? ¡Hace 7 meses! ¡Nunca dijiste nada!

-No pude *negrito*- así me llamaba él cuando se bajoneaba.

Caminamos en silencio. Entramos, buscamos a la compradora, le dejamos su pedido, él saludó a todos sus conocidos y nos fuimos. Nos volvimos en colectivo.

Yo viajé sin alma y él parecía que se estaba preguntado algo en voz baja, movía sus labios pero no decía nada.

Llegamos a casa, lo ayudé a sentarse en el sillón y prendí el televisor. Se lo quedó escuchando toda la tarde. Yo esperé hasta la noche para hablar con mi vieja, le conté lo que pasó y apenas terminé me fui al bar.

Bebí una cerveza tras otra sin descanso, fumé varios cigarros, muchos, y cuando supe que estaba llegando a mi límite, seguí bebiendo un poco más. La imagen de mi viejo ciego en la cabeza se repetía minuto a minuto y me devastaba, vacié la botella y pedí otra. Unas mesas más atrás se estaban riendo a carcajadas, eran caras oscuras y sin forma, me daban asco.

Se hicieron las 5 y la moza me recomendó irme a casa, la miré, ella sonrió y le hice caso.

Ese hombre. Como pudo callarse tantos meses, ¿Cómo lo hizo? ¿Qué le pasaba por la cabeza?

Eso ya no importaba, yo también me estaba quedando ciego de la borrachera que tenía.

11

A los días dejé la facultad, me había ido bien el primer mes pero después desbarranqué como un campeón. Faltaba a clases o las veces que iba me dedicaba a hablar con las mujeres, hasta traté de levantarme uno de los mamarrachos. En realidad era su cara porque de cuerpo estaba un diez. No, no era su cara, eran sus dientes. Al tiempo desistí, la veía muy fea de todos lados, no me lo podía perdonar de ninguna forma.

Y las notas que en un primer momento había sacado eran buenas pero falté a los exámenes finales. El día que fui a dar el parcial lo entregué en blanco.

-Roussé ¿a que viene a la facultad? ¿Cómo puede entregar la hoja de esa manera?- dijo el profesor.

-Disculpe, vengo a dar el presente para poder dar el final en diciembre.

Esas fueron mis últimas palabras en el CBC de Bulnes y Perón.

12

Laburaba en el hotel de noche y aprovechaba la tarde para masturbarme. Me afeitaba, me bañaba, me preparaba la cena e iba a trabajar. Comía mierda y mierda parecía.

Empecé a trabajar de tarde-noche. Mis horarios nunca fueron los que pacté en un primer momento con la vieja y a veces me los cambiaban sobre el pucho, siempre había disputas entre maleteros, esa vieja era mala hierba, nos quería ver peleando entre nosotros. Así estaba yo, bajo los pies de una mujer que tenía conectado el culo con la cabeza.

Salía de laburar a las 11 de la noche para llegar a casa a las 12 y tomarme una cerveza, mi único sedante. Eran noches angustiantes, me quedaba horas con la computadora pero me aburría mucho, quería cambiar un poco las cosas, pero era imposible, estaba dentro de un círculo. Estaba cavando mi tumba, el hueco de la muerte. Nada me esperaba en el fondo del pozo, solo tierra, raíces secas y algunos gusanos.

Trabajaba para no pensar en lo amargada que era mi vida, y tomaba para dejar de pensar en lo inútil que era el trabajo. Aunque trabajar en un hotel como maletero no era nada sacrificado, la cosa es que a veces te cagaban tus propios compañeros cuando faltaban y no conseguían al

reemplazante. El relevo que nunca llegó, el odiado, la rabia de quedarse 16 horas seguidas, las pastillas, los energizantes y las putas que iban y venían por el hotel. Se armaba un lindo circo, solamente que los juegos estaban desgastados y se caían a pedazos.

13

Con el tiempo me hice amigo del guardia de seguridad del hotel, no me quedaba otra, lo tenía todo el tiempo al lado mio. Era un tipazo de 32 años muy enérgico y se llamaba Carlos. Carlos tenía los ojos saltones como 2 huevos cocidos a la cara, nariz aguileña y dientes torcidos. Se la pasaba gastando a la gente, nunca se frenaba con eso, el tipo era una maldita máquina de tirar chistes las 24 horas; había conocido pocos tipos como ese y no era solo su pasatiempo, si no que era su estilo de vida.

El tipo me caía demasiado bien, lo apreciaba bastante aunque no lo entendía, no entendía su lógica... pero el trabajo dejaba de ser una responsabilidad y pasaba a ser una diversión con él a su lado.

Y así pasaban las semanas, nos quedábamos en la puerta a esperar el ingreso de los pasajeros, ese era nuestro trabajo, recibirlos cordialmente y hacerlos sentir como en su casa porque él también asumía ese rol aunque no le correspondiera.

Si me preguntan a mi el trabajo del recepcionista era el más choto pero el mejor pago. Luqueaban de todos lados, tours, check-in, recomendaciones, etc, los tipos salían ganando siempre, siempre.

Yo luqueaba la mayoría de las veces con el check-in pero nada más. El recepcionista me llamaba por las maletas y de acuerdo a lo que quería hacer el pasajero era lo que yo hacía con el equipaje. Eso era uno de mis pocos momentos de acción, movimiento y adrenalina, luego todo moría de golpe. Una vez en la habitación le explicaba a los pasajeros el servicio de cuarto, lo del frigobar, como llamar si necesitaban algo en especial y como deberían rellenar el formulario para la ropa sucia y mandarla a la lavandería, luego, ahí si, **la propina**. Otras veces guardaban las maletas en el depósito del lobby y yo las etiquetaba y las guardaba con candado, si no me daban propina y me maltrataban las guardaba de a patadas, utilizaba mucho este último recurso.

14

Carlos tenía el trabajo sabido y era tan monótono que había que ponerlo picante para hacerlo mas dinámico. A veces bajábamos a la cocina a comer los 2 al mismo tiempo aunque no se pudiera porque alguien debía quedarse en la puerta para recibir las maletas.

Un día de octubre nos amonestaron, el siguiente día hicimos buena letra para descartar sospechas y el consecutivo estábamos de vuelta en la cocina coqueteando con las muchachas. Que muchachas.

Buenas charlas se daban en la cocina y más de una mucama quedaba con la argolla caliente. Las minas tiraban palos a cualquier cosa que caminase, jugaban con nuestra imaginación, turras, y nosotros tratábamos de hacer las fantasías realidad. Conversaciones absurdas y pornográficas para llamar su atención. Estas mujeres estaban sedientas, eran trampas de osos a punto de ser pisadas solo que yo no me daba cuenta.

Aunque también resultaba patético a tal punto que todo ese circo de almuerzo era "El Momento", nuestra vida se había convertido en tal miseria que los dos lo sabíamos que si no teníamos eso, no sobreviviríamos al hotel.

Una tarde en la cocina después que se fueran las chicas nos quedamos Carlos, Daniel el hombre de mantenimiento, y yo. Daniel se quedó leyendo el diario y trataba desinteresadamente no meterse en la charla pero sus ojos lo delataban, nos miraba por arriba del diario y sonreía, aunque no le podía ver la boca sabía que lo estaba haciendo.

-Lolo, ¿vos sabés que la Pitu anda atrás tuyo?

-Mentira, no me jodas.

-En serio Lolo, le doy tu teléfono y vos arréglatelas.

-Basta, te dije que no me jodas...

-¿Alguna vez te mentiría? Soy jodón, pero Lolo, vos me caes bien, no te voy a quemar con esto.

- Está bien... lo voy a pensar... pero siempre tiene cara de orto.

-Lolo, no seas imbécil, no te das cuenta que te quiere dar murra.

-Pero tiene un hijo. -dije.

- Y que tiene, sabes cuantas madres cogen. Y dejan a sus hijos para que lo cuiden, a la madre, la hermana, a cualquier boludo. Además me enteré que la Pitu anda medio peliada con el padre, anda buscando un pingo.

-Ja. Bueno, todo el mundo tiene derecho a coger

-Y bueno, no te achanches, Lolo, mirá que la Pitu será chiquita pero

guerrera.- se rió-

El sábado tengo franco y ella también, salimos el viernes a la noche nos tomamos unas cervezas y listo.

-Pero la Pitu es mas grande que yo.

-Basta Lolo siempre con peros, le mando ahora tu número de teléfono así chamuyas, yo me encargo de hacerle la cabeza.

-Dale Lolo. – dijo Daniel - no seas pelotudo...

Horas más tarde tenía mensajitos de la Pitu. Por un lado me incomodaba la situación, parecía muy forzada pero así funcionaban las relaciones en los hoteles con las mucamas y los maleteros. Lo mío era cuestión de tiempo nada más.

15

La semana continuó normal, propinas por la tarde y las putas por la noche.

Llegó el viernes y hacía dos días que no me cruzaba con la Pitu, los mensajitos continuaban llegando. Estaba todo arreglado pero esa noche no salimos. Las cervezas de la previa me las había tomado al pedo y de nada sirvió sacarse el miedo, me fui a dormir. El domingo me enteré que me cambiaban de horario a la noche y fui a pedirle a mi jefa el cambio. Me dijo: -Sí, Rousse, concedido- pero no fue así, tenía una ingeniosa manera de hacerse la boluda.

¡Vieja chota!

Días más tarde traté de salir con la Pitu pero no pude, sus horarios no encajaban con los míos, era imposible vernos. Por las noches me imaginaba estando en la cama con ella porque no tenía mujeres en la mira. A veces me la imaginaba acariciándole las orejas y sacándole los aros, eran redondos y perlados, su cara me parecía familiar y su carácter también, me hacía acordar a mi primer novia, quizás era eso. Me entretenía hasta que me terminaba la cerveza y me acostaba.

Para cerca de su cumpleaños la despidieron, una semana antes de navidad. Dijeron que la descubrieron robando aunque siempre la acusaban de algo y no obtenían nada. Esa vez le habían hecho una cama, la querían rajar a toda costa, a mi jefa no le caía bien.

16

Recibí una notificación por parte de un recepcionista de turno para presentarme en la oficina de recursos humanos. Claro "Recursos Humanos". "Recursos humanos" era administración y departamento de informática al mismo tiempo, era todo una farsa.

Me presenté.

Mi jefa, la Sra. Ramos, estaba ordenando unos papeles, me vio y siguió con lo suyo, luego de 15 minutos se le antojó atenderme.

-Sr. Roussé, venga un segundo- dijo mientras sacaba sus anteojos del cajón y se los puso.

-Dígame.

-Bueno, la semana que viene le voy a cambiar los horarios al turno mañana, tendrá que venir a las 7 y se retirará a las 15 horas. Será una suplencia corta.

-Está bien-

-Es todo, puede marcharse.- Y agachó su cabeza para seguir acomodando los cajones.

Me fui contento, por fin conocería la mañana en el hotel. Me habían dicho que daban las mejores propinas y obviamente el tiempo se pasaba más rápido; las mucamas estaban todas buenas, exuberantes y comestibles, conocía algunas al verlas cuando terminaba mi turno.

Llegué a la puerta, la abrí al mismo tiempo que la vieja abrió su bocota.

-Roussé,

-¿Si?

-No tiene francos por dos semanas.

17

Era verdad que por las mañana se ganaba buenas propinas. Los pasajeros llegaban apurados para estancarse en la habitación, estaban desesperados y mientras más rápidos les acomodabas sus maletas y le mostrabas la habitación mas plata entraba en tu bolsillo. Me daban dólares, pesos argentinos, chilenos y cruzados, el euro costaba conseguirlo. Una vez una extranjera amagó con regalarme un euro, pero buscó mejor en su bolsillo y sacó pesos argentinos. Los extranjeros no eran nada boludos y sabían muy bien sobre el cambio, vah, por eso estaban acá, disfrutando de un país tercer mundista y llevándose todo lo que podían. No les significaba

nada, sus gastos eran como comprar caramelos. Se llevaban: relojes, cantidad de ropas, zapatos, celulares y cámaras, total hasta pagándole a la aduana le salía más barato que comprarlo en su país.

Era un desfile altamente despreciable en el pasillo del lobby, a mí apenas me alcanzaba para comprarme la comida y ellos salían con bolsas grandes, alajas y regalos. Me fastidiaba un poco que las cosas sean tan desequilibradas y tan justas al mismo tiempo.

Le subí las maletas a una pareja adulta de franceses que llegaron haciéndose los chetos, quizás lo eran, pero era demasiado para mí, me sobrepasaban, esto se podía ver solamente acá. Así que había que disfrutar del circo. La mujer tenía un vestido elegante y zapatos de charol bien finos con tacos de punta alta; y el hombre usaba anteojos, una remera negra, arriba vestía un saco y abajo un pantalón de vestir crema y unos mocasines que hacían juego con el resto. Les abrí la puerta y entraron mirando hacia el techo negando toda existencia de vida humana en el camino, malditos.

Hicieron el check-in y Santiago, el recepcionista, me mandó a llamar. Yo, mientras tanto, seguía parado en la entrada del hotel. Me hice el que no oí. Santiago llamó más fuerte, siempre por mi nombre. Malditos infelices.

-Lolo te están llamando-dijo Carlos.

-Sí ahí voy.

Dejé mi puesto y me acerqué, la pareja me regaló una sonrisa muy falsa.

-Lautaro, rotulá estas maletas que ellos la quieren dejar acá en el depósito del loby y estas otras lleválas a su cuarto.-dijo Santiago frunciendo el ceño, ya me conocía.

A Santiago le caía bien y mal. Yo lo conocí del primer mes, había sido él el que me ilustró varios trucos de los maleteros, había sido uno de nosotros alguna vez. Pero ahora no era tan lacra, ahora cagaba arriba de nosotros. Nos odiaba y estaba orgulloso, se nutría de su odio y le gustaba por sobre todas las cosas, pero a pesar de todo a mí me tenía algo de respeto. Le gustaban las personas cultas y a su altura, yo era una especie de híbrido entre sus gustos y me encasilló de esa manera cuando le dije que me había anotado en filosofía y me gustaba leer. Sí, era verdad, me gustaba leer pero tampoco era un gran pensador. En realidad, leía de lo solo que estaba a mi alcance, quizás si en esos tiempos hubiera podido ver a mis amigos, a los libros los dejaba tirados, así que cuando llegaba a casa me dedicaba a abrir una cerveza y a leer, nada más, me gustaba más la cerveza que la lectura.

La pareja subió primero y por el ascensor me di cuenta que habían reservado el último piso, el 14. Era el más caro y el más grande. Yo no lo conocía. Me habían dicho que era inmenso y que muchas veces lo alquilaban como salón de fiestas. Pensé en las orgías que seguramente hacían, quizás no era cierto, pero yo tenía la certeza que se armaban altas partuzas en el último piso.

La parjea subió. Acomodé las maletas en el carro de equipaje, me molestaba el color dorado del carro, el color de los feudales, mierda. Esperé el ascensor y subí con todas las maletas. La vieja tendría como 15 mas o menos entre bolsas y carteras, ¡MALDITOS! ¡ENCIMA PARA QUE TANTO! ¡HUBIERAN DEJADO LA MITAD ABAJO! Estaba furioso ese día. Subí por el ascensor, llegó al último piso y se abrió. Saqué el carro como pude, siempre se atracaba entre el escalón del ascensor y el piso, me apresuré y perdí la paciencia, le dí un empujón. ¡PUM! Al piso las maletas. Se escuchó un sonido seco y a roto. Cinco maletas dormían en el piso y tan rápido como pude las levanté, estaba nervioso.

La puerta se abrió y la vieja asomó la cabeza, para ese entonces todo parecía en orden.

-Please, Can you put it there? - Hablaba inglés, por suerte yo también.

-Ok.

La vieja me esperó en la puerta. Se agachó a revisar su cartera, me dio la espalda, tenía buen culo. No lo había notado al principio pero esa vieja estaba buenísima, le entraba como caballo. Allí estaba ese culo y yo en primera fila a punto de meterme la mano en el bolsillo para acomodarme el ganso, se me estaba endureciendo.

Estaba seguro que la vieja había hecho ejercicio toda su vida y todavía se conservaba, que vieja puta, vah, sensual era la palabra indicaba, tenía mucha clase. Prostituta.

Tardó un poco y se levantó, sabía que le estaba mirando las piernas, lo había hecho a propósito.

-Here you are- Y me dió 5 euros, los que costaban conseguir. -Bye.

Sonrió y cerró la puerta lentamente y me quedé tanteando el billete, encontré algo con él, era la tarjeta de una psicóloga con una fotito, era ella. Miré su reverso tenía un horario escrito:

Come between 11 to 13. Kissies!

Me encontré con un conocido un día volviendo del laburo, eran como las 4 de la tarde y el sol partía el pavimento.

El tipo usaba pelo corto y se llamaba Sebastián, y lo que menos tenía era pinta de guardavidas, sin embargo vivía de eso. Trabajaba el día completo en un club llamado Paula Montal a cuadras de casa. Era un hombre muy carismático e ilustrativo, tenía historias detalladas de sus aventuras y hablaba mucho con las manos. A Sebastián lo conocí en la cátedra de filosofía, cuando la uba tenía una sede en Tucumán y Agüero, quedaba todo cerca de casa por suerte, yo no era un chico de moverme demasiado.

-¡Eu! ¡Lautaro! ¿Que hacés querido tanto tiempo?- él me reconoció.

-Hola Sebas, ¿Como andás? ¿Como va eso?- me asombré, siempre estaba igual.

-Bien, querido ¿y vos? ¿Qué tal tu vida?

En realidad nadie decía la verdad cuando preguntaban "¿Cómo andas?" pero no quise ser otro ladrillo en la pared.

-Mirá, las cosas no van muy bien, todo es una mierda. Estoy laburando de noche y no hago otra cosa que estar parado 8 horas y tomar cerveza cuando llego a casa.

-Hey, man- tenía ese lenguaje particular de hablar- La vida a veces no toma el rumbo que uno quiere... no te preocupes, ya va a cambiar... La vas a cambiar... ¿porque no te venís a nadar un rato? Así te sacas un poco esa mala onda que tenes. Así no engordas tampoco jeje- me miró la panza.

-Puede ser... ¿Por qué no? Extraño el agua, el cloro, y sentirme cansado por la buena vida. El sueldo apenas me alcanza para pagar algunas cosas pero voy a ver si llego.

-Dale, veo si te pueden hacer un descuento. Sé que te va a hacer bien.

-Gracias ¿y los chicos, como andan?

-Bien, con su madre. Hoy le toca cuidarlos a ella, yo ahora me estoy yendo a Banfield, tengo un asado a las 10.

-Pero son las 4 de la tarde.

-Soy el asador y quiero llegar temprano.

-Bueno, nos vemos, suerte, voy a empezar la semana que viene. – dije.

-Dale, te espero,

Y se alejó apurado, como si estuviera llegando tarde. Yo me saqué la corbata y me desabroche un poco la camisa, saqué los cigarrillos pero hacía mucho calor como para fumar, los volví a guardar.

19

Me pasaron al turno noche. De noche, en el hotel, no había mucho para hacer. Las llamadas por pedidos iban y venían: a veces por frazadas o almohadas, cigarrillos o hijas del demonio... el resto era esperar y no dormirse. Para no caer en sueños comía. Quedaban las medialunas de la tarde y como a eso de las 3 de la madrugada me las embuchaba con jamón y queso calentadas en el microondas. Otra cosa que hacía en la cocina era tocar la armónica para dejar pasar el tiempo y ponía algunos temas en el celular, eso era bueno. Nadie me escuchaba en el sótano, podía hacer lo que quería y setirme libre una hora por día.

Una noche tres extranjeros salieron apurados para cenar, les indiqué un lugar para ir a comer y luego otro para ver chicas, calentarse y traerlas al hotel. Eso pidieron y eso les di. Además les dí una tarjeta del puterío con mi nombre en la reversa. Lo del nombre me lo había explicado Carlos mientras estábamos al pedo mirando culos en la calle, no sabía para que era pero igual lo hice. Después de eso, nada emocionante pasó.

Todas las noches eran iguales en el hotel, trabajar hasta las 3, bajar a comer y a dormir, despertarme a las 4, usar la pc del loby hasta las 5. De 5 a 6 repartir diarios y cartas de check-out o notificaciones personales de cada habitación. A las 7 terminaba y me iba a casa a dormir.

20

Un día llegó un negro de New Orleans, cargaba con unos cuarenta y cinco años aproximadamente y una cara de bueno cuando sonreía que hasta el mismo dios le chuparía la pija para sacarle bondad. Me contaron que de día el negro ni figuraba pero por las noches se aparecía con su sonrisa ganadora, tenía fama de algo.

Llegó la noche, de natación me fui directamente al hotel, me cambié, le toqué el culo a la cocinera cuando salía del vestuario y me ubiqué en mi lugar de trabajo, la puerta principal. Estuve un rato entreteniéndome con los pasajeros que salían a comer. Abría y cerraba, abría y cerraba la puerta, parecía la vagina de una adolescente, cuando de pronto lo vi salir a él. El negro bajaba del ascensor vestido en traje con una boina de cuero

hacia el costado y se despidió guiñando su ojo izquierdo, su ojo parecía un huevo duro. Dos horas más tarde volvió. Traía 3 mujeres con él y no sé como pero a todas las tenía entre sus manos de gorila.

Entró, me sonrió y pidió la llave de su habitación al recepcionista. Eso era estilo.

Las mujeres dejaron su identificación en la recepción, eran pura dinamita. Tenían entre 25 y 30 años, todas bien formadas y macizas, argentinas, se vé que al negro le gustaban carnosas, a mí también. La tenía dura de tanto pensar en lo bocaditos que el negro se iba a comer.

No alcancé a recuperarme de la excitación cuando se estacionó en la puerta del hotel una moto. Se bajó un hombre vestido de negro, con anteojos y guantes. Le abrí la puerta, encaró directamente a la recepción con un paso seguro, le habló al recepcionista y luego se volteó y me miró.

-Es él- dijo el recepcionista.

Los ojos se me abrieron. Esperen un segundo, ¿que estaban haciendo? Oía todo muy raro, a mierda ¿Quién era? Se vino al humo.

-¿Sos Lautaro?- dijo el hombre de negro.

Dudé y después contesté.

-Soy yo, ¿Qué pasa?

-Tengo esto para vos- y sacó un fardo de billetes.

Los contó delante de mí mientras el guardia y el recepcionista chimoseaban desde el fondo.

-Ciento veinte, ciento treinta, ciento cuarenta y... ciento cincuenta. Eso es lo último.- me los dio.

-¿Y esto?- estaba radiante.

-Una comisión, vinieron 3 extranjeros recomendados por vos.-dijo.

Titubí.

- Ahhh, sah, los de los otros días, ya sé quienes son- mentira.

-Bueno, hasta luego, acordate, recomendá más- me señaló con su dedo índice deforme, se dio media vuelta, abrió la puerta él mismo, prendió la

moto y desapareció como un rayo.

Desde el fondo me miraban con rabia, quizás les había robado su comisión, me chupaba tres huevos.

Esa semana hicimos una picada en casa, le compré unos adornos para la casa a mi vieja y mi viejo se arregló con una buena radio, estaban todos un poco más contentos.

21

Diciembre llegó y con él vino también Andy. Se presentó una noche en un auto amarillo, un 504 hermoso. Con él cayeron 2 chicas.

Nos pusimos a charlar los 4 en la vereda, enfrente de mi casa en un escalón bastante largo, cabíamos todos y sobraba espacio.

-Que haces Andy ¿Cómo estas?

-Lau, ipollo! ¿Vos cómo estas tanto tiempo?

-Bien, algo molido, pero bien- ese tipo me caía muy bien.

-Que grande- sonría en todo momento.

-¿Y ellas?- dije.

-Ay perdón, no los presenté- hizo un gesto de reverencia y siguió.- estas muchachas son Ayelén y Viviana.

Les di un beso en las mejillas a cada una.

-Este es Lautaro un ex compañero de laburo.-dijo Andy. Alcé el pecho.- ¿Te parece si vamos a comer algo? tenemos que hablar de muchas cosas.

-Dale, eso pensé.

Nos metimos en el 504 y arrancamos. Me olía todo medio raro pero no quise arruinar nada.

-¿Alguien sabe de un bar por acá?- dijo Andy girando su cabeza.

-Yo sé- dijo Ayelén. Miró por la ventana y achicó sus ojos.-Perdon, no sé donde estamos.

-Genial- dije.- Bueno yo conozco uno. Bellagamba se llama.

Vivi estaba sentada junto a mi en el asiento trasero del auto, no hablaba, estaba atenta a sus manos, eran las uñas, sus uñas eran más importante que comer y tomar.

-¿Dónde queda? Así pego el volantazo.- Andy estaba desquiciado y muerto de hambre.

-En Rivadavia y Junin mas o menos.

-¿Dónde es?

-Te digo. Agarrá derecho por Pueyrredón, pasas Rivadavia, y se convierte en Jujuy. Doblás en Alsina y le pegás derecho hasta Entre Rios, y bueno... después doblas, tomás Rivadavia y ahí vamos viendo... cuando lo encontremos frenamos.

-No entendí un choto.- dijo Andy.

Me prendí un cigarro.

-Yo sí – dijo Ayelen.-Te voy guiando yo, vos seguí derecho.

Vivi continuaba con las uñas, me miró y me sonrió, luego siguió. Era una pelirroja divina de ojos verdes, ni muy gorda ni muy flaca, y tenía mucho parecido a Mary Jane Watson, mejor dicho, a la actriz Kirsten Dunst, era la fiel copia de ella. Ahora lo entendía a Peter Parker pensaba; y me reía a mis interiores. Estaba buena, me gustaban los oyolitos que se le formaban en la cara pero a la vez parecía una mujer bastante extraña, estaba cansado de mujeres extrañas.

-Doblá acá pelotudo- gritó Ayelén.

-¿Acá Lau?-

-Sí, vas bien. Después de esta doblá a la izquierda.

-Gracias Lau- dijo Andy.

-Pero la puta que te parió Andy, es lo que te estaba diciendo, le hacés caso a él y a mi no, forro.-Ayelen se agarraba la cabeza.

-¿Qué? No te escucho- Andy sonreía y Ayelén se cruzó de brazos.

Pasaron unos segundos y *voilà*. Bellagamba.

-Llegamos. Bajensé que yo lo voy a estacionar en cualquiera de estas

perpendiculares. Espérenme acá.

-Ok.-dije.

Ayelen se arrimó. Tenía un escote bien abierto y creo que su medida delantera era de 120, volqué mis ojos ahí.

-¿Vos sos el famoso Lautaro?

-No sabía que era famoso, pero sí, soy yo.

-Ja, Bueno. Andy habló de vos.

-¿Ah si? ¿Y que habló de mi?

-Que sos el único que lo puede ayudar.

-¿Eh?

-Ahora te va a contar.

Vivi revivió y dijo: - Sí, sos el único.- sonrió.

¿Pero que mierda está pasando? ¿este hijo de puta creó una secta y no me dijo nada? La verdad, no lo sabía y ya me iba a enterar en la cena. Llegó Andy.

-¿Entramos?- dijo. Y lo hicimos.

El bar era una cueva perfecta de borrachos. El frente era como el de una vieja casa, tenía grandes ventanales. Adentro había fotos por todos lados pegadas en la pared y botellas derretidas. Tenía un aspecto inglés pero faltaban los dardos. Casi todo era de madera, roble. Las mesas de madera redondas con un vidrio en la parte superior y abajo fotos, no se de quien, pero había muchas: barcos, autos, guitarras, así todas las mesas de la derecha. Ala izquierda también, mesas con bancos de maderas bien fuertes y resistentes a cualquier cosa, calculo que eso llevaba años de antigüedad y estaban puestos para que se siente cualquier clase de idiota, yo era uno de los que querían sentarse ahí pero **el fondo** nos llamó más la atención. Al fondo estaba la barra y al costado de la barra unas cuantas bandejas con todo tipo de comidas: Empanadas de todos los gustos, pizza, tartas, sanguches, era un festín.

Andy se apresuró.

-Chicos, yo arranco por acá ustedes consigan lugar y después vemos.

-Ok.

Encontramos una mesa chica, en realidad era una máquina de coser gigante con un vidrio encima, cabíamos los 4. Cuando Andy volvió con 3 empanadas y dos porciones de pizza nosotros fuimos por nuestra comida. Las chicas estaban muy calladas, algo se venía gestando y me daba mucha curiosidad pero quería esperar. Me agarré tres empanadas de una bandeja, dos de carne y una de jamón y queso. Las chicas llenaron su plato al tope, como si en su casa no comieran. Ayelén se agarró 3 porciones de pizza y Mary Jane una porción de tarta del tamaño de una plancha. Volvimos a la máquina de coser. Vino la moza, me anticipé.

-Dos cervezas por favor.-dije.

-A mí una gaseosa, una coca.- dijo Andy.

Al minuto teníamos las cervezas en el prototipo de mesa y estaba sirviendo el último vaso, el de Mary Jane.

-Servime más por favor, hasta arriba de todo.- dijo Mary Jane. Epa, podía ser de las mías, a partir de ese momento la miré con otros ojos.

-No sabés el hambre que tenía *pollo*- dijo Andy.

-Si, yo también.

-Está bárbaro este lugar, es re tranca. La comida también es buena.- Andy empino el vaso con un poco de gaseosa y con la boca llena, se le resbalaba pedazos de comida y caían al piso.

-Andy, comé más despacio, idas asco!- dijo Ayelen. Ayelen hablaba en un tono suave que adormecía. Era bastante robusta y con forma de mujer, jamás podría cargarla y cogerla al mismo tiempo, me disgusté.

Estuvimos en silencio por un minuto y empecé, lo miré a Andy.

-Che, ¿Qué onda? ¿Que anda pasando?- no me aguanté más.

-¿Ya te contaron las chicas? Jeje.-dijo Andy.

-No, la verdad que no. Decime, ¿que es todo esto? Venimos a comer, hace banda que no te veo, de pronto hay chicas. ¿Que mierda pasa? No me digas que se dio lo del aguantadero.

-JAJA, no Lau, nada que ver, pero eso la tendríamos que hacer.- dijo Andy.

-Entonces...

-Bueno, está bien, empiezo desde un principio. ¿Te cuento?

-Dale.

-Te acordás cuando estábamos en INFO y una vez nos quedamos hablando de lo mierda que nos trataban ahí.

-Sí me acuerdo.- dije.

-Bueno. Te acordas cuando dijistes que < decime="" para="" que="" trabajamos="" para="" ellos,="" nos="" rompemos="" el="" culo="" y="" recibimos="" las="" migajas.="" para="" eso="" armamos="" algo="" nosotros="" y="" como="" venimos="" laburando="" nos="" hacemos="" millonarios="">> Y yo te dije < que="" buena="" idea,="" parece="" tan="" lejana="">>

-Sí, eso fue un año atrás. ¿Pero que pasa? Hablá de una vez.

-Bueno, me di de alta en el AFIP-

-Ajá ¿y eso que significa?- dije. *Si, era un idiota.*

-Que estoy laburando para mí.

-Uh, me alegro, ¿y como te va?

-Re bien.

-Un momento ¿y que pasó con los Otros? Se me había llenado el culo de preguntas. *(Los otros eran Rubén y su secuaz, vah, socio. Eran los dueños de Info una empresa muy pequeña que se dedicaba a la informática y optamos por el seudónimo los Otros porque sonaba más despectivo.)*

-Ah, ¿nunca te conté lo que pasó?

-No ¡CONTA! , Ja.

-Jeje, te cuento. Vos te fuiste un viernes y yo 3 viernes después.

-¿Qué? Ja, no te la aguantaste. No pensé que ibas a renunciar tan pronto, ¿Qué paso?

-Menos mal que me fui... La semana anterior a mi renuncia afanaron en el local.

-¿Eh?

-Sí, el día del robo falté. Me fui a darme de alta en el AFIP y ni me preocupé en avisar. Dio la casualidad que ese día frenó una camioneta en la puerta, entró un flaco preguntando por el precio de una compu y la puerta quedó abierta, cuando Rubén fue a cerrarla se le apareció un hombre armado.

-Hasta las pelotas- me tomé un trago largo.

Mary Jane prestaba atención a nuestra conversación. Andy siguió.

-Afuera estaba "planchita".

-¿Lucas?- dije.

-iPutá!

-¿Qué pasa?

-No lo nombres... ¿Tenés un encendedor?- dijo Andy.

Le facilité uno que traía en el bolsillo. Lo prendió y lo sostuvo 30 o 40 segundos en el aire, estaba quemando la mala onda según él, siguió.

-Como te decía, afuera estaba "planchita" mirando todo en cámara lenta, no avisó, ni se le ocurrió llamar a la policía o a los vecinos de enfrente, cualquiera. En resumidas cuentas se llevaron toda la mercadería del local y 30.000 pesos.

-Se la re hicieron.

-JAJA, esos flacos son terribles, les paso por ingratos ¡justicia divina! ¡gracias Barba!- miré al techo, levanté el vaso con cerveza y agradecí.

-Pará, no terminó todo acá. Yo estaba cagado por haberme levantado en el AFIP...

-Pero eso es de pura cola de paja.- dije.

-Bueno, sí... Entonces el viernes siguiente renuncié, había hablado con mi *vieja* 3 días atrás y me bancaba en todas, siempre dije que las *viejas* son sabias. Además el trato no era el mismo, esa semana me trataron como

una pelota de trapo, era el "sospechoso" a sus ojos, el que había faltado.

-Buenísimo, te felicito. Los dioses están de nuestro lado y estuvieron ese día también, te merecías no vivir esa mierda.- Me pedí otra cerveza.

-Escuchá lo que pasó después- dijo Ayelén, frunció el ceño y clavó sus ojos en los míos, yo no aguanté y tuve que bajarlos justo hacia sus tetas. Genial. No dijo nada. Ella siguió comiendo.

-Dos días después del robo, el sábado, estaba en casa y me tocaron el timbre, era el socio de Rubén.

-¿Qué quería?

-Quería pasar- dijo Andy llevándose otro bocado a la boca.

-¿Por qué?

-Supongo que quería entrar en casa y fijarse si estaban sus cosas, las del local.

-¿Seguro?

-Segurísimo, los conozco como si los hubiera parido, además no hace falta ser un genio para adivinarlo.

-Perdón, es la cerveza. -dije.

Andy terminó de tragar, tomó un poco de gaseosa, eructó a un costado y empezó nuevamente con una risa aliviante.

-Jaja, mirá Lau, lo que menos quería era que entrara a casa. Primero que eran las 9 de la mañana y mi vieja estaba en pelotas caminando por la casa mientras preparaba el desayuno. Segundo que...- soltó otra risa- segundo que yo había empezado a traer mercadería usada, máquinas y monitores, del laburo de mi prima y estaba todo en unas mesas de trabajo que había armado para comenzar de una buena vez. Era todo un desastre y si llegaba a ver lo que tenía en el comedor me culparían de todo.

-JAJAJA

-Sí, llegaba a entrar estaba en el horno. Así que lo retuve un rato en la puerta y bajé. Me quedé hablando como una hora, el tipo seguía indagando y preguntando cosas fuera de lugar sobre el robo. Me medía y analizaba cada palabra que yo decía, hasta que se cansó y se fue.

-Mira vos... Es la ironía, la ironía de la vida que te prueba a cada momento. A veces la zafas y te das cuenta que solamente apareció para

advertirte y enseñarte que realmente sos un tipo pensante y que vas por buen camino. Eso te hace sentir vivo y gozas en plenitud de tu carne; y otras veces sus apariciones sirven para cogerte de parado, nada mejor que un buen tarro de vaselina.- Me llevé el vaso a la boca, la cerveza empezaba a hacer su efecto.

JAJAJAJA JAJA-Andy estalló en risas. Su risa era apocalíptica, me gustaba. Era fuerte y resonante, aturdía.

Miré a mis alrededores y Mary jane ya no estaba, había desaparecido, quizás si no fuera muda me hubiera dado cuenta. La ví saliendo del baño, se acercó a nosotros, acomodó su culo en la silla y lo miró a Andy.

-Andy ¿Vos te reíste?- preguntó Mary Jane.

-Ja sí- dijo Andy.

-¿Y vos *pollo*? ¿Que onda tu trabajo?

-Ahí anda, laburo 8 horas de noche, siempre los sábados y domingos cubiertos. Tengo uno o dos francos por semana y trato de ir a natación los días que puedo.- Trataba de hablar lo menos posible del trabajo porque me bajoneaba.

-Ah...-dijo Andy y se quedó pensando con un dedo en la pera. Ayelén intervino.

-Dale, Andy, decile lo que tenías en mente... decile...- Ayelen la tenía más clara que Andy a la hora de hablar.

-Bueno... Mirá la cosa es así. Quiero ofrecerles recarga de toners a mis clientes.-

-¿Y?- dije yo.

-Bueno, la idea que tenía era de que vos hagas las recargas.

-¿Yo?

-Sí, ¿Es muy difícil?

-No, para nada. Es facilísimo, pero necesito un lugar y algunas herramientas. -Empiné el vaso.

-Eso yo te lo consigo, vah, el lugar tengo que verlo.- dijo Andy.

-Bueno, fijate bien. Yo no tengo problema, veo como hago con los

horarios del hotel.

-Dale, me encantó, ¿cuento con vos entonces? Igual no es ya ya pero estamos ahí eh...

-Dale, avisame cuando.

Él sonrió, yo sonreí y Ayelen también lo hizo: Mary Jane estaba aburrida y se sentía demás pero cuando se dio cuenta que estábamos sonriendo ella mostró los dientes y aclaró:

-¡Pero laburen hijos de puta EH!

22

Pasaron 15 días y el negro del hotel venía haciendo lo mismo todas las noches, si no eran 3, eran 4 mujeres que se llevaba al cuarto. Las mucamas me contaban que su habitación era un asco, botellas de whisky, cerveza, preservativos usados y lámparas rotas, un paraíso a mi forma de ver.

En una oportunidad el negro pidió servicio al cuarto y le llevé una botella de champagne, un Mum. Cuando abrió la puerta al negro lo ví en toalla y dos mujeres sobre la cama ronroneaban semi-desnudas, una tenía una remera y la otra la pollera nada más. El negro sonrió. La tercera se ve que estaba con él bañándose porque salió de la ducha con todo su pelo rizado y mojado, su cajeta tomaba aire como un pez. Era una morena de ojos muy alargados y boca gruesa ; ese negro era mágico.

Llegó mi franco y cuando volví las putas habían desaparecido. Y así como se fueron las putas, el negro también. El paraíso había sido desterrado.

Ahora si estaba todo muy chato y aburrido.

Recuerdo que una de esas noches la pasé muy mal. Habíamos pedido un chao-fan con Frosty para cenar y fue tan mala la fritura que a la madrugada dejé un charco pegajoso y resbaladizo en el loby del Plaza San Martin. Lo hubiera hecho con más ganas si me mostraban la cara de mi jefa. Después de protestas y varios intercambios de palabras desagradables me lo hicieron limpiar.

¡RING!

Sonó el teléfono de la recepción.

-Enseguida va, ya se lo mando.- dijo el recepcionista apurado y colgó.

-Lolo tenés que ir a ver algo que pasó en la habitación 505, la de los yankis.

-¿Qué hay?

-No funciona el baño, así me dijeron.

-Mmm...-

-Andá ya, no resongues.

Eran las 3 de la mañana, quien se iba a levantar a esa hora al baño. Analicé la situación y suspiré hondo al darme cuenta lo que se venía. Hijos de puta, los puteaba en el ascensor mientras subía.

¡Toc! ¡Toc!

-Yes, come in.

Malditos yankis - **¿yeah, what´s up,?**- hablé en inglés

-Se atoró el ba-n-i-o. – El yanki insistió en hablar en español. Pasé. Eran 4 yankees y una mujer.

¿Se atoró el baño? Noooo, las puta que los parió.

-¿El baño? – dije.

Estaba en el living y me fui acercando lentamente hacia el baño. La puerta estaba entreabierta, pasé primero por la habitación y vi una mujer joven pero muy gorda sentada en el medio de la cama, se sentía mal. Estaba todo dicho, la obesa estaba enferma, quiso aflojar y tiro una bomba atómica en el inodoro. El yankee con sombrero de vaquero venía atrás mío, estaba muy borracho igual que todos los demás. Se reían preocupados y asomaban las cabezas desde mis espaldas.

Me dije:- basta de circos. - y entré con coraje. El inodoro. El inodoro rebalsaba. ¿Que paso? Estos nortños estaban tan borrachos que usaron el inodoro como tacho de basura. Tiré la cadena. FLUSH! La basura no se iba, me empecé a preocupar. De vuelta, FLUSH. La basura daba vuelta, giraba, jugaba en el agua. Mierda, eso significaba una cosa, tenía que meter la mano y sacarla.

-¿Ba-n-i-o? ¿Ba-n-i-o?- repetían los yankees, el coro era enfermizo.

-Baño no está.- dije, estaba furioso.

Me estaba yendo de la habitación cuando escuche un sonido raro, como a un cerdito herido. Me volví y era la gorda, estaba lloriqueando. Seguía en la misma posición y se agarraba las manos, arrugaba su cara y repetía continuamente. -Ba-n-i-o- Ba-n-i-o-

-¡NO PASA NADA GORDA! YA VUELVOO- Lo único que me faltaba, que la gorda se deprima.

Salí de la habitación y dejé a todos los yankees atrás. Ni loco metía la mano ahí, no era tarea mía sino de mantenimiento. Tomé el ascensor y bajé a planta baja. Hablé con Santiago.

-Che Santiago, hay un problema.

-Que seas gay no es un problema.

-No idiota. El baño de la 505 está tapado.- dije con furia.

-¿Y que? Ya sabes lo que tenes que hacer.

-Estás loco. - dije.

-Lolo, hacelo.

-No.

-Lolo...¿?

-Está bien, pero lo voy a hacer a mi manera- me sonreí.

-Solo hacelo.

Asentí con la cabeza.

-Dame la llave de mantenimiento, la necesito- dije.

Entré al circuito del hotel por la puerta trasera del loby y me tomé el ascensor, me fui al sótano. Abajo hacía un calor impresionante, si no fuera que estaba en el hotel hubiera pensado que descendía a la puerta de los infiernos. De todas maneras no me parecía nada extraño, yo no creía en el diablo pero algún día chocaríamos manos y brindaríamos por lo pecados...

Pasé por la puerta de los vestuarios. Primero estaba el de hombres, entre a echarme un meo y a mojarme la cara. Al instante una brisa caliente se inyectó en mi cerebro, tenía mucho olor a huevo concentrado, era desagradable, imposible de escapar. Saqué un cuadernito pequeño y una birrome que siempre guardaba en el bolsillo del saco junto a los billetes

que me daban de propina, y dejé una nota al de Maestranza:

Pochi: en vez de dedicarte con tanta devoción a la bebida ponele mas empeño a los bigistorios.

Lolo.

Me lavé la cara y el espejo mostró la verdad. Era un mamarracho. Me limpié de vuelta el rostro y la cara de muerto no se iba. Tenía ojeras, y los ojos semi-abiertos, la piel la tenía engrasada y andaba con la boca colgando la mayoría de las veces. Esa imagen no se limpiaba. Con todas estas cualidades sumado a que me tenía que afeitar todos los días parecía un idiota, ni siquiera un dejado. Los dejados iban mugrientos y con los pelos deshechos. Yo cargaba con la imagen de un muñeco de torta defectuoso.

Me lavé la cara una vez más y salí del vestuario. Di tres pasos y estaba el de mujeres, entré.

Estaba vacío, olía bien. A limpio y a sexo femenino. Observé detenidamente el lugar como barriéndolo con la vista. Se materializaron mujeres desnudas, vistiéndose y hablando de su día, las había de todos los motivos, gordas y flacas pero todas con cuerpos naturales, con mucho bello en sus vientres. De pronto, me ví entrando a su vestuario. Altanero y reluciente. Se acercaban atontadas, me relojeaban de arriba abajo, se agachaban y despedían risitas.

Era una completa armonía entre las 9 de ellas y yo.

TRUSHH!!!

El ruido de un caño chillando. Me dispersé y todo lo que había creado en segundos desapareció, las chicas, las ropas, el macho alfa, o sea yo, ya no estaban. El vestuario seguía vacío embriagado de ese aroma a mujer, me fui.

Saqué la llave de mantenimiento y abrí una pequeña puerta enrejada al fondo del sótano. Una puerta que se encontraba pasando la cocina. Esa puerta era la entrada a un taller, el más chico que había visto en mi vida pero que tenía todo lo que debería tener un taller. Morsas, herramientas colgadas en una plantilla de madera atornillada a la pared, cables, metal, elementos de medición y precisión y lo que estaba buscando yo, unos guantes amarillos de hule fielmente preparados para tocar alto voltaje y una sopapa. Me llevé esas dos cosas y una bolsa.

Entré al ascensor, no había pactado nada con el diablo y me iba de los infiernos como pancho por mi casa. Estaba preparado para acabar con todo esto que me irritaba, otra vez los yankees, otra vez sus caras. La

gente que hacía demasiadas pelotudeces cuando se emborrachaba me caían mal, los llegaba odiar, estos eran unos buenos ejemplos de estupidez norteamericana.

Llegué al piso y se escuchaban voces que provenían de su cuarto, estaban aullando y cantando. Infelices. Toqué la puerta. Me abrieron y al instante se callaron. Se quedaron en el living con sus buchas la aire, eran flácidos y rubios caqui, sus ojos parecían maníes ahumados y sudaban a lo cerdo. Pasé de largo hacia el baño con los guantes puestos y la sopapa en la mano. La gorda seguía sentada en la cama, estática y rígida como una pintura. Que gorda extraña, sus manos permanecían juntas sobre la panza. Me metí al baño y cerré la puerta. Afuera lo yankees reían a carcajadas. INFELICES.

Levanté la tapa del inodoro y una lata de cerveza dormía en el fondo. ¡ *Putá madre! ¿Que mierda estaban pensando?* Abrí la puerta de un tirón y mostré mis colmillos, no soportaba más su alegría alcohólica, los callé de un grito. No hablaron. Cerré la puerta y me concentré en el baño.

Basta me dije y empecé de una buena vez. Lo primero que hice fue sacar la cerveza del fondo. Tiré la cadena y nada. Metí la sopapa, hice presión, una, dos, tres, cuatro, cinco y la sexta me cansé. Tiré la cadena, nada. De nuevo, y nada. Así un buen rato. Repetí el procedimiento unas 3 veces más hasta que se escuchó un ¡Plop! Como el pedo de una vieja. Tiré la cadena y sí, lo había logrado, era hermoso. Sonreí.

Abrí la puerta para salir y un aroma a mierda arrasó el ambiente y se clavó a mis fosas nasales, olía a perro muerto, cloacas, ilas piernas Gardel! ¿Qué era? No. Miré a todos lados, ¡La gorda! La gorda cobró vida y salió disparando al baño. ¿Qué le pasó? No me quise quedar a averiguarlo, agarré los guantes me los saqué y junto con la punta de la sopapa los puse en la bolsa. Me agarré 2 latas de cerveza como parte de pago y me fui pensando: necesitaría una gran sopapa para destapar mi vida.

Bajé al sótano y encare hacia el taller, dejé la sopapa sucia y los guantes en la mesa de trabajo. Saqué mi cuadernito, mi birrome y escribí otra nota:

Daniel: acá te dejo un lindo recuerdo del turno noche, habitación 505.

Lolo.

23

Eran las 11 de la mañana y estaba durmiendo, me despertó el timbrado de mi celular, contesté:

-Hola.

-Hola Lau ¿Cómo estas?- era una voz enérgica y poderosa.

-Bien, ¿vos?

-Bien, ¿estabas durmiendo o me parece?- se rió.

-Durmiendo.

-Bueno, escuchame bien. ¿Podés ir a verle una maquina a Telfin?

-¿Telfin? ¿Telfin? Telfin no los atendían *Los Otros*.

-Ahora lo hacemos nosotros.- la voz se reía.

-Ah, mira vos. ¿A que hora?

-Mira, a la que quieras pero antes de las 4 de la tarde tiene que ser. Si tenes que llevártela, hacelo, yo después la paso a buscar por tu casa.

-Bueno dale, antes de las 4 estoy ahí.

-Bueno, listo, quedamos así, llamame cualquier cosa.

-Ok.

Me levanté de la cama y fui al baño. Me eché un meo. Me lavé los dientes, mi aliento era horrible. Abrí un poco los ojos y me miré al espejo, tenía impregnada baba seca al costado de mi cara, me fregué bien fuerte y se fue. Volví a la habitación, miré la hora y eran las 11:08, hacía tres horas que me había acostado. Me desparramé en la cama y me quedé pensando en la llamada telefónica. De pronto mi cabeza hizo ¡PIN! El llamado era de Andy.

24

Llegué 3:30 de la tarde a Telfin. Recién me había despertado y alcancé a ponerme una remera, una camisa y un pantalón yoggin. Toqué timbre, me atendieron.

-¿Sí, quien es?- dijo una voz rasposa a través del portero eléctrico.

-Hola, vengo de NewWay a revisar una computadora.

-Pasá.

Me abrió la puerta un guardia de seguridad, pisaba los 60 años y tenía cara de bueno, Miguel. Miguel era buen hombre, laburante y de buen corazón.

-Eh Lautaro, no te veía hace un buen tiempo. ¿Cómo va gurí?

-¿Como le va Don? ¿Cómo se lo trata por acá? Yo... bien, tirando ¿usted?

-Bien, como siempre.

-Me alegro.- dije. A pesar de todo tenía un aspecto jovial el hombre, no se lo veía ni cansado ni arruinado, cosa que yo no podía imaginar en mi futuro.

-Me parecía raro que no vinieras, pasó un año.

-Si puede ser, yo dejé INFO, ahora tengo puesta otra camiseta.

-¿Cuál?

-La mía- sonreí.

Se sentía bien, se sentía bien decir que uno estaba laburando para uno y nadie más.

-¿Estás laburando con Andrés Freire, no?

-Sí, con él. Somos buenos muchachos.

-Sí que lo son.-dijo el viejo y le bajó el volumen a su radio.- Viene seguido Andrés, las chicas lo llaman casi todos los días.

Miguel se inclinó para escribir mi nombre y apellido en un cuaderno que tenía en un

escritorio viejo. Lo utilizaba para tomar los datos de las personas que ingresaban al lugar. De paso abría la puerta, mejor dicho, la cerraba. Porque los que realmente abrían la puerta eran los de arriba. Los de arriba miraban por una camarita y así filtraban a sus visitas.

Terminó y me dijo:

-Ya podés subir.

Miré las escaleras que estaban a un costado, éstas llevaban a las oficinas. Subí. A medio camino había un descanso cerrado por dos puertas embotadas de cada extremo. Sonó un timbre y Miguel gritó-ABRÍ NOMÁS. -Y abrí, estaba en el descanso. La cerré y luego sonó un segundo

timbre, el de la otra puerta, la abrí y seguí subiendo hasta el final. Una última puerta esperaba arriba, era la entrada a las oficinas que por cierto tenía en la parte superior otra camarita. Alta seguridad.

Sonó otro timbre. Estaba cansado de tantos timbres y mierdas. Entré resoplando.

-¡Lautaro! ¿Cómo estás tanto tiempo?

La del mostrador me reconoció, su nombre era Fabiana. Tenía la cara como una galleta y ojos verdes saltones, como olvidarla.

-¿Cómo estas Fabi?, volví después de tanto tiempo. ¿Me extrañaste?

-Jah, claro que sí, las chicas también...preguntaban por vos...

Las chicas, que sorpresa. Las chicas eran una serie de fósiles de unos 50 años arrasados por el paso del tiempo. Trabajan todo el día encerradas en esta financiera con el culo pegado a la silla, y así quedaban, chatos como si le hubieran pasado una plancha. El lugar parecía una verdadera cárcel.

-¿Ah sí?- a quien le importaba.

-Sí...Bueno pasá por acá, te estábamos esperando, Rosario no puede trabajar sin su máquina.

Se me estremeció todo el cuerpo al escuchar el nombre Rosario. Me había olvidado completamente de ella, y ahora, de vuelta...

Fabiana me hizo pasar, sonreía en todo momento y movía su cola gorda como un zorrillo. Parecía un matahambre de año nuevo.

-Mirá quien está acá Rosario-dijo Fabiana y se fue.

-¡Oh Lautaro!- Rosario habló.

Mi cuerpo otra vez respondió al nombre, era un rechazo absoluto.

-Rosario ¿Cómo le va?- mi sonrisa era tan falsa como la historia de ratón Perez.

-Lautaro, que bonito estás, se te extrañaba por acá.

-¿Dónde está la computadora?

-Acá abajo- Ella señalo sus piernas, vieja asquerosa.

La vieja era una flaca rubia con labios pintados y maquillaje blanco, de muerto. No sé porque pero usaba unos anteojos puntiagudos en sus curvas que la hacían más excéntrica todavía. Era una buena fantasía, pero no la mía. Las mejillas las tenía de un color rosado como una muñeca al igual que las uñas. Usaba un collar perlado y un vestido con un cuello volado, tenía zapatos rojos, era un personaje del cine Z. Era, más bien, una muñeca de porcelana, yo creo que si la llegaba a tocarla se rompía. Procuré no hacerlo ni tampoco que ella me lo haga a mí. Me agaché a mirar la pc, estaba encendida.

-¿Cuál es el problema?- pregunté desde abajo.

-No se vé nada en la pantalla.- dijo Rosario.

-No lo entiendo, esto funciona. El problema debe estar en el monitor.

-Bueno, fijate.

Traté de salir por la parte traera del escritorio pero me era imposible, así que opté por la de adelante. La de adelante tenía un solo problema, estaba tapada por las piernas venosas de Rosario, pero no me quedaba otra.

-Permiso Rosario, tengo que salir.

-¿A donde vas?

Mi cabeza estaba a la altura de sus rodillas. Otra vez el escalofrío.

-Tengo que fijarme si el monitor está prendido.

-Vos no te vas a ninguna parte. -dijo Rosario algo excitada.

-No es el momento.-dije. Me la estaba viendo peluda, realmente me la estaba viendo peluda.

-A mí me parece que si.-dijo ella.

La vieja me abrazó con sus rodillas, miré por debajo del vestido y entró toda mi cabeza entera de cuajo. Mi nariz se despertó; olía a bacalao. Vieja de mierda encima de puta sucia. Saqué la cabeza inmediatamente de ahí.

-Mire Rosario, si quiere lo podemos dejar para otro momento- miré hacia la puerta, estaba cerrada. ¡Mierda! Daba la impresión que este plan había sido pensado hacía años.

-Lautaro, esta oportunidad no se repite.

-Mmm...-Me hice el delicioso unos segundos para pilotearla y contesté con altura.

-Estoy a dieta, no me puedo comer semejante almeja.

La vieja se estremeció, era tan calentona como yo y le gustaba el lenguaje profundo.

-AAHHH, NOOOoooo, decime eso otra vez. No sabés como come lo que tengo ahí abajo nene, es una planta carnívora.

Noooo vieja, te fuiste al carajo.

Me quedaba un plan bajo la manga, tenía que actuar con rapidez.

Me acaricio las orejas con sus rodillas y me obligo a meterme debajo de su vestido.

-Besala. Dale besala papi, besala ya- La vieja no daba más.

Preparé mis labios, cerré mis ojos y empecé. Al rato, una mano me agarró la cabeza y me comprimió contra su vientre, me estaba ahogando, no podía ver. Empecé a manotear lo que estaba a mi alcance, nada, nada, de pronto, un zapato, el de ella, lo tiré por ahí.

Seguí intentando, nada, nada, nada, hasta que encontré algo, un cable. Lo reconocía al tacto, era un cable utp, mi salvación.

En una ocasión Andy me comentó como había conectado las redes en las empresas y esta era una de ellas. Resulta que las conectaba de un modo para que cuando un cable se desconecte se caiga la conexión de todas máquinas. Así que este era mi plan, desconectar. Un cable para desconectarlos a todos. Tiré, tiré y tiré hasta que sentí un iTRACK! A la mierda el cable, a la mierda la conexión de todo el lugar.

Al minuto se oyeron pasos a la lejos, correteadas, idas y vueltas. Rosario estaba tocando fondo cuando la puerta se abrió.

-¡ROSARIO! ¿SABE LO QUE PASÓ? SE CAYÓ LA CONEXIÓN EN TODAS LAS MÁQUINAS. ESTO ES UN DESASTRE, ¿ESTÁ POR ACÁ EL CHICO DE LAS COMPUTADORAS?- dijo una voz gruesa y robusta.

Hubo un silencio largo.

-No señor, el chico está en el baño, ahora lo mando a llamar... - dijo Rosario mientras me ahogaba dentro de su vestido. - YA LO LLAMO

SEÑOR, YA LO LLAMO.

-Por favor, ¿Te pasa algo Rosario?- dijo la voz gruesa.

-NO, SEÑOR. NADA.

-Te ves algo exaltada, tomate una pastilla quiero que estés bien. ¿estas segura? ¿no necesitas nada?

-No señor, es el día, el calor...

-Está bien. - la voz se fue.

Me zafé de una buena vez y limpié la baba que colgaba de mi boca con la manga de su vestido.

Rosario estaba ida, como petrificada pero abrió su boca.

-¿Nadie se va a enterar de esto, no?

Miré al techo y luego contesté.

-No si vos no lo comentas.- dije.

-Ah.

-Pero nos vas a llamar siempre a nosotros de ahora en más para lo que necesites.

-No creo pueda...-dijo Rosario.

-Que poca palabra tenés Rosario- me relamí.

-Está bien-dijo ella y se acomodó los anteojos y el vestido.

Abajo se escuchaban a las otras "chicas" protestando y la voz gruesa repetía continuamente- ¿Dónde está ese chico? Que aparezca de una vez.

-Voy a solucionar este problema.-dije.

-Lautaro.

-¿Sí?

-Tenés una lengua que parece un consolador.- dijo Rosario tocándose la entrepierna.

25

Un día me desperté temprano, era mi franco así que lo llamé a Andy.

-Andy, ¿Qué haces?

-Lau, ¿Dónde estás?- Se había quitado la manía de decirme pollo.

-Estoy en casa, estoy desayunando- Tomé un poco de café y continué. - Hoy es un buen día para visitar a Periodistas.

-Es buena esa... bancame ya te llamo.

Estaba en el patio desayunando. Me comí unas tostadas mientras escuchaba la tele que estaba prendida en el living. Estaban pasando sobre un accidente en almagro, 3 muertos, 2 peatones y el conductor del automóvil. Pobre gente, muerta por un accidente. Por lo general, todos los días se escuchaban de muertos por ahí, por allá, pero no era muy grato escucharlo mientras uno desayunaba. La Argentina era famosa por las muertes en accidentes de tránsito. En su momento, el primer puesto era nuestro, mundialmente hablando. Era el país que más gastaba en seguros automotores, niños, embarazadas, abuelos, tíos y primos quedaban bajos las ruedas de un vehículo. La conclusión: todo el que habite suelo argentino estaba propenso a los accidentes.

Miré la tostada, estaba untada con manteca, me la comí. El toldo estaba abierto y entraba una correntada de aire que me ponía de buen humor. El teléfono sonó.

-Hola Lau.

-Hola Andy.

-Disculpame, es que venía manejando y pasé por al lado de un policía, si me veía con el celular en la mano me comía una boleta. -dijo Andy.

-¿Estacionaste?

-No, no, estoy manejando y sigo con el teléfono en la mano- hizo una pausa- ¡DALE VIEJO DE MIERDA, CAMINÁ MAS RÁPIDO.- se reía.- ¿Qué pasa Lau, contame?

-Jaja, Che, ¿Vamos a ver a Periodistas hoy?

-Dale. Yo te llamo tipo 2 de la tarde y nos juntamos.

-¿Dónde?

- EHH ehhhh, en Corrientes y Libertad, y ahí caminamos.-dijo Andy.

-Dale. Quedamos así.

-Una cosa antes que me olvide Lau. Te pude hacer la campana para que recargues los toners, la ubiqué en la cocina de casa.

-¿En la cocina?

-Sí, le puse un extractor de aire para que salga todo por una ventana.

-Ah. Igual es medio peligroso, mirá que ese polvo es supervolátil y contaminante. A tu vieja la comida le va a salir con un glaseado carbonizado.

-Jaja, no te preocupes, está bien ubicada, sale todo por la ventana.

-¿Y esa ventana, a donde sale?

-Ah, no importa. Que el resto se lo fumen todos los vecinos.

-¿? Joya.

-Bueno, Lau esta tarde nos vemos, te dejo porque estoy viendo un cana en la esquina...- se escuchó un bocinazo y Andy cortó.

Me terminé el café. Mi viejo estaba a mi lado.

-¿Cómo van las cosas?- preguntó. Estaba con los ojos cerrados.

-Bien, viejo. Por suerte va todo bien...

-Así me gusta. ¿Me podrías traer unas tostadas no? Y apurate, te estas haciendo el boludito conmigo.

-Jaja, ahora te traigo, se están haciendo más.

El viejo se concentraba en él, se mantenía estático y le ponía onda a todo. Tenías sus rayes, más que nada caprichos con la comida o le disgustaba no encontrar la radio en la mesa cuando en realidad estaba solo a unos centímetros, pero se comportaba.

-¿Y las tostadas?-hizo un gesto particular de él. Un gesto que duraba 2 segundos, primero se reía y acomodaba su boca, luego levantaba sus cejas y las bajaba como haciendose el confundido. Desde la cocina lo

estaba mirando.

-¿Sabes lo que voy a hacer? Te voy a poner con unos anteojos negros, el bastón, una armónica sentado en la puerta del edificio con una lata. Te pones a pedir, como tanto te gusta y así aunque sea traes algo de plata a casa. ¿No?

-Me cago en vos, traeme esas tostadas.

-Ahí va. Jeje.

Le llevé el café con leche y las tostadas. Me senté. Se quedó en silencio unos segundos pero algo iba a decir.

-¿Viste lo que pasó en almagro?- y lo dijo.

-Sí, lo escuché.

-Este Macri hijo de puta que no arregla las veredas, si supiera que los ciegos no pueden caminar....blah...

Me quedé hasta que terminó.

-Lava los platos aunque sea- le dije y me fui a bañar.

Me llevé el toallón y abrí las canillas. Me metí a la ducha. Pasó un rato y comenzó a salir fría. Escuchaba una risa desde la cocina. Grité:

-TE ESTOY VIENDO. TE ESTOY VIENDO DESDE LA VENTANA DEL BAÑO, TE ESTÁS RIENDO. QUE VOS NO PUEDAS VER NO SIGNIFICA QUE YO TAMPOCO.

La risa de él no paraba, parecía un niño.

26

Nos encontramos esa tarde con Andy en Corrientes y libertad. Yo vestía de saco y corbata como si fuera al hotel. Andy se había cortado el pelo, tenía gel esparcido por toda su cabeza. Con ese peinado parecía a Forest Gump o Tom Hanks por la altura y lo erecto, pero estaba mezclado con los rasgos de Julián Weich, ese pelo duro y seco. Una vez se lo habían dicho y no le había gustado un carajo. Cuestión que estábamos los dos bien prolijos,

-Que pintusa eh, vamos por una minas mejor.

-Jeje, no Lau. Vamos a Periodistas.

La broma se la había tomado en serio, Andy estaba nervioso.

Caminamos por la calle Libertad hacia Perón, la calle dorada. Yo le decía así porque estaba lleno de locales de joyas y relojes, veredas angostas y mucha gente. No era de mi agrado.

-Vamos por otra calle Andy.

-Pero son dos cuadras.

-Está bien.

Una vuelta cuando era más chico le habían robado a mi vieja la tarjeta de crédito por ese barrio y ella no se había dado cuenta. Le hicieron un tajo en su cartera y así se la sacaron. Unos días más tarde cuando fuimos a comprar al supermercado y quisimos pagar, rechazaron la tarjeta. Los ladrones se habían gastado todo en esa calle, en la calle dorada. Pasaron el límite de cuenta y no sé como pero consiguieron una extensión del límite de gastos. Tuvimos que pagar ese crédito, malditos años y años y todos los meses era lo mismo: no se puede comprar tal cosa porque tenemos que reservar la plata para pagar el crédito. Vivimos ajustados durante 10 años. Malditos ladrones.

Así que por ahí íbamos nosotros, por la calle "dorada". Llegamos a Perón y doblamos a la izquierda, vimos el cartel, OSTPBA (Obra Social de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires).

Nos detuvimos a mirarnos en el reflejo de una vidriera, acomodamos nuestros pelos, las mangas y ahí sí, entramos.

Con el primero que nos topamos fue con un guardia de seguridad, no me acordaba el nombre pero retruqué su conversación cuando el empezó.

-Lautaro, hombre, ¿que haces por acá?

-¿Qué haces *papá*...?- trataba... pero no me acordaba de su nombre.

-Con un laburo de locos. – se reía el guardia.

-Andá, sos un hijo de puta- dije.

El guardia se volvió a reír.- ¡Te abro!- y nos abrió.

Pasamos por unos molinetes y a nuestra derecha estaba el ascensor. Andy

me miraba fijo.

-Te acordas de todos acá.

-No la verdad que no. Pero venía todos los días, un poco de onda había que pegar.

-Tenes razón.

Nos fuimos al tercer piso derecho para hablar con Eduardo. Eduardo era el encargado de ventas y ejercía cierto poder a los de tesorería. Les decía a quien tirarles los cheques y a quien no. Yo lo había conocido en su momento cuando trabajaba de cadete para Info. Les traía los pedidos en bolsas y se las dejaba en un cuarto. Otras veces estaba un pibe muy gordo y bien alto recibiendo la mercadería. Tenía el pelo a lo Sid Vicious y sus ojos parecían dos pequeños granos bajo sus cejas.

Nos hicieron esperar en una antesala que ya conocía, en unos asientos bastante incómodos, pero al cabo de un rato se escuchó la voz de Eduardo saliendo del pasillo.

-iPasen!

Nos metimos en un cuartito pequeño, la oficina de Eduardo. Había dos sillas esperándonos y nos sentamos. Eduardo se masajeó las manos y empezó a hablar.

Nos miró fijamente.

-Yo a ustedes los conozco, tienen cara conocida, a vos más que nada.- y me señaló a mí.

-Sí Eduardo. Yo soy Lautaro Roussé y el es Andrés Freire, trabajábamos juntos en Info.

-Ah, tienen razón. – cambió de cara, no me gustó esa. - ¿Cómo andan?

-Muy bien.- dijo Andy.

Eduardo nos miró de arriba abajo, se dio cuenta de nuestra pinta.

-¿Y que hacen por acá?- dijo mientras revisaba un cajón.

Andy comenzó con el chamuyo.

-Bueno señor Eduardo, nosotros venimos a ofrecerles nuestros servicios.

El tipo hizo un gesto de sorpresa muy sutil, no quería ser detectado.

-¿Servicios? ¿Y que ofrecen?

-Ofrecemos de todo un poco. Insumos, servicio técnico obviamente, recarga de cartuchos tanto de tinta como de toner, soporte telefónico. Todo lo que una empresa podría necesitar.

-¿Resma A4?

-Por supuesto.

-¿Repuestos de librería?, eso nos interesa mucho porque vivimos gastando hojas y lápices, perdemos muchas biromes.

-Claro que sí.

-Mirá vos... ¿y como se llaman ustedes? Su empresita.

¿Su empresita? ¡Que te pasa pelotudo!

-NEWWAY. Un nuevo camino de posibilidades.

Casi me rio cuando Andy clavó esa frase.

-Bueno, veo si los llamo o no.

Andy sacó un folleto de color negro y naranja. Impactaba. Se apresuró a no terminar la conversación.

-Acá les dejo nuestras líneas telefónicas- dijo Andy y continuó- Cualquier cosita ya sabe, se pone en contacto con nosotros. Y está demás decir que le podemos hacer precios en ciertas cosas... blah...blah...

Andy estaba algo alterado, no paraba de hablar y decir idioteces. Era más bien un vómito tras vómito de palabras. Yo me había dado cuenta al minuto que entramos, lo importante era que Eduardo no lo haya notado, pero sí, ya se había dado cuenta. Tenía la experiencia de muchos años de presenciar tontos como nosotros vendiéndose a lo guaso por unas monedas. Le gustaba el circo al igual que yo. Pero llegó un momento que no lo toleré más.

La boca de Andy no dejaba de moverse y escapaban de ellas unas pequeñas y minúsculas gotitas que caían en la camisa de Eduardo. Mejor pararlo de una vez.

Le pateé el pie izquierdo y continué yo.

-Señor Eduardo, lo único que queremos por favor es que nos considere una vez. Que pueda experimentar nuestra forma de trabajo...- hice una reverencia con la mano – una forma confiable y eficiente de trabajo, algo de lo que no podrá arrepentirse- Esta última frase la había escuchado en una película y me cayó justo en ese momento.

-Está bien muchachos, los tendré en cuenta, hasta luego señores.

Eduardo se levantó, extendió su mano derecha y nos hechó como dos vagabundos al pasillo.

-Eso fue todo Lau.

-Eso fue todo. – dije.

Caminamos en silencio al ascensor. Tocamos el botón y esperamos. ¡CHIN! La puerta se abrió y subimos. Andy me miró.

-¿Vos crees que nos van a llamar?

-La verdad. NAh.

Salimos y yo saludé al guardia. Chau pirulo, como mierda te llamabas...Salimos y en la calle hacía calor.

Caminamos hacia Cerrito a tomar el 100, nos llevaba directo a Constitución. En nuestra oficina nos esperaba los tesitos de Inés y los confortables sillones de color amarillo sucio. Que tarde. De lejos se veía el colectivo, se aproximó y luego frenó frente a nosotros. Nos subimos y pedí dos boletos.

27

No entendía como pero mi cuerpo resistía a todo.

Llevaba una vida bastante comprometida en esos tiempos. Me levantaba a las 12 del mediodía con la alarma de un gallo. Me bañaba para despertarme bien bien y después preparaba algo de comer. A las 2 de la tarde estaba en lo de Andy recargando los toners, en las oficinas de NEWWAY S.A. Eramos una empresa, una mini-empresa, pero una al fin. A las 7 o 7:30 me tomaba el 168 en Constitución y Santiago del estero que me llevaba al club Paula Montal, cerca de casa. Nadaba mientras mi cabeza reproducía algunos viejos capítulos de los simpsons, algo loco. Los imaginaba en mi cabeza y me reía mientras contaba los metros que hacía. Nadaba hasta las 9 de la noche mas o menos. Luego el Paula Montal cerraba y yo me iba a casa. Una vez en casa me afeitaba, me bañaba y

procuraba terminar mi cena a las 10:30 para salir cagando al hotel y llegar a las 11. Laburaba toda la noche y terminaba a las 7 de la mañana. A las 8 estaba durmiendo, y a las 12 me levantaba nuevamente para ir a trabajar, disfrutaba de esas 4 horas de sueño profundo.

Una de esas noches en el hotel.

-Lolo, ¿vos sos puto?

-¿De que hablas Santiago? Puto serás vos.

-Hablo de si sos puto. Algunas chicas están muertas con vos y te haces la paja seguro.

-Yo sé quien está muerto conmigo pero no me cabe.

-¿Es "chichón del suelo", no? -dijo Santiago.

No respondí.

-Si, es "chichón del suelo", yo si fuera vos Lolo le daría. Te chupa la pija de parada, ni siquiera se tiene que agachar, pensalo.

-No.

-Vamos Lolo, echale un fierro. Además con esas manitos que tiene cuando te agarre la verga será como si agarrara un poste para ella, imaginátela.

El muy conchudo estaba más caliente que yo con la enana pero tenía que medirme con él. Santiago era el soplamocos del hotel, el hijo de la Sra. Ramos, mi jefa. La mayoría de las noches compartía mi trabajo con ese descraneado y encima tenía que portarme bien y contestar adecuadamente.

-Mirá Santiago, hablo con ella, te la coges y me dejás a la cornuda de tu mujer a mí.- me quise reprimir pero se me escapó.

-¿Qué dijiste Lolo? Cuidado con tus palabras eh, mirá que acá la historia es muy fácil....

¡RING!

Por fin algo de diversión.

¡RING!

-Oh, es el teléfono. Tienes trabajo Lolo.

Solamente sonreí.

-Sí, sí ya se lo mando. ¿Quiere algo más?- Santiago hablaba en inglés.

Cortó.

-Lolo andá al catorce y llevale una agua sin gas a la mujer.

-Piso catorce- dije.

Si no había hecho el Chek-out era la psicóloga de la tarjeta.

-Dale ahí voy.

-Que energías Lolo, no te vayas a coger a esa vieja, si estás más de 10 minutos en el cuarto te acuso de invasión de privacidad al pasajero así que apurate.

-¿De que hablás Santiago? Callate la boca y dame la llave de la cocina.

Santiago me miró y sonrió, lo estaba gozando, realmente gozaba subestimando a las personas e insultándolas, era parte de su juego. Por alguna razón sabía que le caía bien. Quizás era mi manera de ser, o el simple hecho de que me importaba todo una mierda. El personal del hotel decía < ahí="" va="" santiago,="" el="" hijo="" de="" la="" señora="" ramos,="" cuidado="" cuidado="">> A mi era algo que me dejaba sin cuidado, siempre fui así. Sea quien sea yo seguía mi vida como si nada, haciendo lo mío y utilizando mis reglas sobre las impuestas.

Me fui a la cocina a buscar el agua. Agarré una bandeja, la botella, el destapador un vaso y una servilleta de tela. Seguido a eso, me tomé el ascensor de servicio, marqué el catorce y subí.

El piso olía bastante bien, las mucamas se dedicaban a dejarlo impecable. Me dirigí a la única puerta que había.

¡TOC! ¡TOC!

La puerta se abrió y mostró una mujer esbelta con un vestido apretado de color turquesa, indudablemente era la psicóloga. Solté mi inglés.

-Permiso.

-Hola muchacho. Pasa- dijo la psicóloga francesa en inglés.

Me quedé en la puerta. El cuarto constaba de dos pisos enormes. En el de abajo solo había dos habitaciones y un baño, unas escaleras de madera que conducían al primer piso que derivaban a un salón enorme con un sillón, una estufa a leña y una vista espectacular de la capital federal. Al fondo había una puerta que daba a otros dos dormitorios con un baño cada uno.

Desde arriba caían gritos.

-¿Está todo bien señora?

-No tenes que preocuparte- La francesa sonrió.

-Aquí tiene el agua sin gas.

-Dejala en el piso.

Sus ojos estaban adormecidos y sus pupilas parecían dos grandes lagos negros, tenían una posición fija hacia el abismo. Me habló en un tono muy bajo, le costaba mover su boca y se mantenía en pie como podía, movía la cabeza de atrás hacia delante como diciendo que sí repetidas veces.

Un momento. Parecía mas joven que antes, se ve que Buenos Aires la rejuveneció. Su pelo, oscuro y enrulado, colgaba a un lado del cuerpo y a pesar de la negrura de sus ojos sabía que eran de un azul océano. Era de rasgos finos, no solamente su cara, si no todo su cuerpo parecía dibujado en tinta china. Estaba esculpida a medida, cortada con tijeras de porcelana.

-No me mires así, me hace mal.-dijo ella.

-¿Así como?

-Así de intenso- y se acercó a mí.- Yo soy la hija, por sino te diste cuenta.- me dijo al oído.

-Hizo un buen trabajo tu madre.

-Por supuesto.

Me agarró de la corbata y me atrajo hacia ella. Pateé la bandeja que estaba en el piso pero nada se volcó. Los gritos pararon por un segundo, luego continuaron. ¿Acaso una orgía? Seguramente no me había equivocado.

La francesa cerró la puerta muy lentamente y quedé atrapado entre la salida y su escote. No lo había notado pero bajo esos rulos abombados colgaban aros como pendientes. Le acaricié el pelo y los pude ver con más

claridad, eran diamantes. Me dirigí a su cuello y aproveché para acomodar un collar de plata 925, estaba algo ajustado. Luego bajé a su espalda, pasé la mano buscando el cierre del vestido. Mientras tanto ella se dedicó a estimular mi bulto, estaba creciendo como una lombriz solitaria. No dejó de mirarme un segundo y su boca, esa boca pintada de rojo sangre estaba hambrienta. La besé con delicadeza, como si estuviera comiendo una uva. Ella se entregó al beso de pleno. Pero la mano no la dejaba quieta, le gustaba. Estaba seguro que lo había aprendido cocinando unos buenos bollos de pizza. Nah. Era francesa, ni mucho menos italiana y además no tenía pinta de cocinera, más bien de putita.

Me detuve unos segundos y cerré los ojos, olía a vino, del bueno. Sonreí.

-Me han llegado comentarios de la carne argentina, dicen que es muy buena.- Me apretó la verga como una bocina y siguió masajeando.

-Una de las mejores- le dije- difícil de olvidar.

-Eso pensé. -dijo ella.

Indudablemente la hija de la psicóloga estaba pasada de algo, pastillas, alcohol, o algún estupefaciente. Los gritos continuaban desde las alturas, me calentaban.

Me miró y se dio media vuelta, comenzó a frotarse sobre mi sexo. A frotarse como una gata en celo. Bien despacio se fregaba y más dura se me ponía. La tomé de la cintura y la ayudé con su movimiento felino. Estuvimos un buen rato en ese cachondeo infernal, sedientos y hambrientos de algo más, queríamos unirnos y formar un solo cuerpo. No. Yo estaba en ese momento hecho para existir y nada más.

De repente se dio la vuelta y me enchufó un beso poderoso, luego bajó de a poco. Miró mi corbata, le causó gracia mientras bajaba. Se detuvo, frente a mi ingle. La vieja rutina del cinto, pero no, algo cambió. No me la sabía.

La francesa comenzó el ritual, me prendí fuego. Estaba excitada como una leona, me agarró de las piernas y con su boca intentó desabrocharme el cinturón. Lo logró, mis pantalones cayeron al piso. Utilizó sus manos con los calzoncillos, los bajo de un tirón y mi verga erecta le golpeó la cara. No se inmutó.

Comenzó a comerla de una manera desagradable, con un apetito atróz. Chupaba una y otra vez, sin respiro, sin descanso. Era una golosa de alma. Le gustaba llegar al fondo con su lengua y que la punta de mi cabeza le tocara la garganta. Como se ahogaba, le gustaba ahogarse.

Bajó una mano hacia el medio de sus piernas, corrió el vestido verde y masajé su concha en círculos, más me calentaba. Más me calentaba más dura se me ponía. Mi verga parecía un tótem.

La levanté desde la pera y la llevé contra la pared. Le subí el vestido. ¡Que pedazo de culo! Le busqué el agujero del culo desesperadamente. Ella deseaba lo mismo. Se la fregué unos segundos, con mi pija enjabonada en semen. Le gustaba. Nos entendíamos. Nada mejor que eso. Le pasé mi verga una y otra vez por la raja. A Ella le gustaba mucho. Le asomé la cabeza. Todavía insistía. La puerteé dos veces y a la tercera se la metí de cuajo.

-AYYYY.. No no... - con sus manos trataba de alejarme. Sentía dolor.

Hice más fuerza. Entré un poco más.

-NOo, no, no... más despacio, me duele.

Hice dos movimientos de cadera.

-No, no, SACALA YA, SACALA YA.

Le amagué y cuando se la estaba sacando la volví a meter.

-iAahhh! ¡Ah! ¡Ah! Así, metela, metela, metela. ASÍ... ASÍ...

Eso hice. La culeé como a un depravado. Mi verga estaba gorda y venosa y ese culo ejercía mucha presión. Me apretaba como una mordaza, me gustaba.

La francesita gritaba como si la estuviera apuñalando. Le toqué la concha, la tenía peluda como una cabra. Le entré a dar más fuerte. Nada frenaba a esa mujer que no paraba de excitarme con cada respiración.

En una de esas se soltó y cazó mi pija con su boca, era una profesional.

Aproveché para tocarles sus rulos, la parte que más me gustaba de ella. Los acaricié y después seguí con su cabeza. La miré unos segundos, toda esa melena se movía de atrás hacia delante. Miré al techo y mis ojos se dieron vuelta. Agarré su pelo y lo zamarreé como un niño, ni se mosqueó, estaba concentrada. Me entusiasmé con su cabeza y la ayudé con el movimiento. Entonces la presioné contra mi vientre, la retuve unos segundos ahí y luego la dejé tomar aire. La francesa no se ahogaba en un vaso con agua, de eso estaba seguro. Ella seguía tocándose... Y siguió en

su locura unos minutos más.

-¿Cuándo vas a acabar?-dijo.

-Falta poco.

-Acabame en la boca.

-Sí...- dije.

De verdad faltaba poco, unas buenas pajeadas y ya estaba. Me quise concentrar un poco, pero no pude ¿Cuanto tiempo había pasado? ...No importaba, a la mierda con Santiago. No todos los días se consigue una francesa borracha que te chupe la pija gratis. Volví a intentarlo. Lo sentí, estaba subiendo...

-VOY A ACABAR-dije.

La francesa esperó con la boca abierta y con la lengua afuera. Cuando el primer chorro asomó inmediatamente se la metió en la boca y comenzó a chuparla. Esa mujer no se rendía nunca, era una maldita carnívora. Succionó y succionó hasta que mi verga se desinfló. Quedó muerta y ella siguió lamiendo unos segundos como para darle una finalización formal a la cogida infernal de 30 minutos que no podía llevar otro nombre. Luego la guardé como un caramelo en el pantalón.

-Encantador. -dijo.

-(silencio).

-Me podría servir un poco de agua, por favor- habló la francesa.

Agarré la botella de agua y se la serví en un vaso. Primero hizo unos buches y luego bebió un poco.

-Gracias. - Se limpió la boca con la servilleta blanca.

La francesa se comportaba como si nada hubiera pasado, como una verdadera dama.

-¿Le traigo otra?-me quería ir.

-No, está bien.

Se acomodó el vestido, los rulos, y dijo:

-Ahora se puede retirar.

Los gritos todavía se escuchaban desde arriba, no cesaban, parecía una lucha encarnizada entre un hombre y ¿otro hombre? Me importaba un carajo, me fui.

Bajé a la recepción. Estaba Santiago solo leyendo un libro, bajó un poco sus anteojos.

-¿Y Lolo, te cogieron ahí arriba esos putos?

-No. ¿que decis?

-Primero vino una pareja francesa y luego cayeron sus hijos. Una chica y un chico. Al día se fue el matrimonio grande y quedaron los hijos solos. – Se levantó los anteojos y dejó de mirarme- Se ve que aprovecharon su estadía y llamaron “amiguitos”. –Santiago estaba más enterado que yo, por supuesto, era el recepcionista.

-Puede ser... ¿Cómo te interesan los putos? ¡Eh! Estás al día con eso.

-Por eso, siempre estoy pendiente de vos.

-Porque te gusta esta, ¿no? - Me agarré el bulto desinflado.

Santiago miró y siguió leyendo. Yo me acomodé en mi posición de trabajo, en la puerta. Todavía eran las 3:30 de la madrugada. Quería ver a los encargados baldear las veredas, repartir los diarios y leer las noticias. Lo miré a Santiago, estaba muy concentrado.

-¿Te pasa algo Santiago?

-Estoy pensativo.

-Estás pensando en comerte esta... - Me agarré el bulto.

28

Llegaron mis francos, un martes y un jueves de esa misma semana. Yo no sé porque a la vieja de Ramos le gustaba intercalar los días de trabajo con los francos, seguro para fastidiar.

Estaba muy cansado y le pedí a Andy si podía tomarme esos 2 días. Con Andy laburaba 4 horas, pero eran cuatro horas de trabajo puro. Llegaba a la oficina y me cambiaba. Me ponía la clásica ropa de los trabajadores (Bamero, me gustaba mi ropa) industriales y comenzaba a laburar hasta

que se cumplía el horario.

Esos días eran muy calurosos y húmedos, me acuerdo que sudaba como un cerdo. Además junto a eso, tenía el polvo del toner que apenas tocaba una superficie manchaba, así que había que ser prudente. Para sacárselo de encima en Info usábamos aire comprimido, pero ahí en Newway éramos "pobres". Constábamos de poco capital así que ahorrábamos en algunas cosas para poder tener otras, dentro de todo llevábamos una economía controlada en un principio.

Como venía diciendo, esos dos días no laburé, ni en el hotel ni en Newway.

El martes me levanté como a eso de las 4. Había dormido las 8 horas correspondientes y me sentía un super héroe. Prendí un rato la compu y puse algo de música, sonaba Muddy Waters de fondo, me gustaba.

Así estuve unas horas...tirado en la cama dejando la vida pasar.

Como a eso de las 6:30 recibo un mensaje. Era de Lorena.

-Hoy sale una joda en la casa de Gime venite si quieres.-recibido.

Un día perfecto. Franco, joda a la noche, y más que seguro cerveza.

-Voy, ¿A dónde es?-enviado.

Me puse a acomodar algunas cosas de mi cuarto, estaba sucio y desprolijo al igual que mi vida. Ropas en el suelo, pantalones y remeras. Papeles tirados, varios pares de zapatillas y la guitarra entre medio de todo.

Muddy sonaba y le daba vida a mi cuarto, a mi rutina. Un trago de cerveza ponía todo en cámara lenta, y una buena mujer despejaba nubes grises en mi cielo negro.

Barriendo detrás de la cama, descubrí un pantalón que no veía en semanas. Lo revisé tenía plata dentro, unos 30 pesos, venga.

Salí de la habitación y fui a la cocina. Los platos estaban sucios. Me había olvidado de lavarlos. Fui a la heladera y agarré una botella de agua fría. Estaba anocheciendo, Muddy de fondo todavía.

En el living estaba la vieja, viendo su maldita televisión y tomando unos mates. En el patio el viejo escuchando la radio, dos mundos diferentes convivían en una misma casa. Me vacié la botella en menos de cinco minutos, estaba sediento y pasé al patio por mi toallón.

-Lautaro, ¿estás acá?

-No, pá, Allá.

-¿Te hacés el vivo? Ahora por eso me pones las gotas.

Las gotas. Las famosas gotas. Estas palabras se escuchan mañana tarde y noche. A mi viejo lo habían operado de la vista en noviembre, antes de mi cumpleaños, pero seguía sin ver y desde entonces había que ponerle unas gotas cada 8 horas y otras cada 5. A veces me volvía loco.

-Bueno a ver.... Sacate los anteojos... – Yo estaba con el tarrito de gotas en la mano.

Mi viejo inclinó la cabeza para atrás y abrió bien grandes sus ojos. Se los vi. Los tenía de otro color ahora, de un color azulado grisáceo, lucían algo apolillados.

-Ahí va una.- le tiré una gota que cayó directamente en la pupila.

-A ver... la otra...-dije.

La otra en realidad era un gel que había que esparcir por el ojo de extremo a extremo. Eso hice. Le abrí un poquito el ojo y apreté el pomito, el gel salió y cubrió formando una capa protectora transparente. Se lubricó.

-Ay que fresca que está.- El viejo dejó su cabeza un rato hacia atrás, y luego la llevó a su posición, se puso los anteojos negros.

-Me voy a bañar- dije.

-Ya era hora- el viejo nunca se quedaba callado, tenía que retrucar.

Me reí.

Me fui al baño y me di una ducha de 20 minutos. Salí, y me fije la hora. Las 8:50. Me vestí rápido. Era muy ligero en eso. En lo único. Todo lo demás lo hacía con una desvastada ganas de no seguir con la vida.

Agarré los 30 pesos que encontré. El celular .Y los cigarrillos. No, no estaban. El encendedor solamente, los cigarrillos en el kiosco. Apagué a Muddy antes de irme. – Chau, vuelvo antes del amanecer – Recité al aire y antes de cerrar la puerta escuché – Cuidate – por parte de los dos viejos.

Me decidí por el 95, pero como tardó mucho el colectivo opté por caminar. Le pegué derecho por Azcuénaga. Pasado Rivadavia la calle se convirtió en

Matheu, seguí. Antes de llegar a Independencia vi un graffiti de una banda que me sonaba de alguna parte. Era de un ex profesor de capoeira. Vivía por ahí y tenía una banda. Era esa. Un momento, me había pasado una cuadra. Volví hasta Chile por Matheu. Ya estaba en San Cristóbal. Un barrio... sombrío pero con alma.

La mayoría de la calles eran oscuras. Pocos faroles y muchas sombras. Veías figuras en los escalones de los edificios con botellas. Había borrachos de esos reventados que apenas movían la cabeza y se cagaban encima. Una vez me llamó la atención uno que estaba sentado, cagado y con una boina marrón. Una boina marrón. Pero ese habitaba en Almagro, por Jean Jaures y Corrientes.

Fui por Chile y de pronto ubiqué la casa, el bancón en realidad. Toqué timbre.

-Hola ¿Quién es?

-Soy Lautaro

-Ya bajo.

Era la voz de una mujer, Gimena. Gimena bajó con una pollera corta verde, una remera roja bien ajustada y unas botas altas de cuero negras, le llegaban hasta las rodillas. Traía un cigarrillo en la boca, se lo dejaba ahí siempre. Abrió la puerta.

-Hola chabón, pasá.- Estaba relajada.

-Hola Gimena.

-Ya empezamos a fumar. - dijo. Sus labios estaban bien rojos y pintados. Esos labios.

-Ok.

29

A Gimena la conocí una noche en Bellagamba con Lorena. Era una amiga de ella, de esas que de a momentos se ven todos los días, y después no se ven más. En esos días pasaban mucho tiempo juntas. Yo estaba en la casa de Lorena. Por supuesto, ella vivía cerca de casa y estábamos tomando una cerveza. Tocarón el timbre, era Gime. Creo que pasamos 10 minutos más en el departamento y nos fuimos, el tiempo corría. Gimena quería fumar y dar unas vueltas, estaba nerviosa. Salimos. Se chifló uno bien grueso y terminamos en Bellagamba.

Al rato éramos 4. A Frosty lo encontramos de camino y se copó, bien por Frosty. Nos pedimos unas cervezas y estuvimos un tiempo largo. Frosty no tomaba alcohol así que se le dio por una coca light, ¡AY! Frosty el sano. Habremos bajados 6 cervezas en total sin Frosty y se nos volaba la cebolla. Nos pusimos cariñosos y salió el tema del sexo.

-Yo nunca entregué- dijo Gimena.

-¿Nunca entregaste el culo?-dije.

-No, ni en pedo, tas loco chabón.- Gimena tomó un poco de cerveza.

-Yo tampoco.-dijo Lorena. Se reía pero lo decía con dolor.

-iPero es lo mejor! Yo tenía una novia que le encantaba, aparte la llenaba como un desquiciado. Te despreocupas de quedar embarazada.- Solté una sonrisa simpaticona.

-iPero vos sos un hijo de puta!-dijo Frosty.

Supongo que las chicas también lo pensaron, pero de cierta manera le agradaba la idea de escuchar nuestras experiencias.

-¿Y vos Frosty? - dijo Lorena y empinó el vaso. – ¿Qué onda tenes novia, tuviste novia?¿que hiciste con ella.

Frosty tenía pinta de un tipo difícil de llevar. Era cierto, había muchan gente, hombres y mujeres que no lo bancaba y no tenía suerte con ellas. Yo si lo bancaba, era mi amigo.

-Yo... Mirá... yo... - Frosty no se estaba poniendo nervioso pero no sabía como explicar la mierda que había vivido con su única novia.

-Dale, contá nene.- Gimena lo atacó. Tomó de vuelta. Yo también lo hice.

-Bueno... no sabría como empezar. – hizo una pausa - Resulta que yo tenía una novia a la que le gustaba que la acaricien y nada más. La mina como que me mostró algo que no era. No. Eso no... Resulta que ella se hacía la puritana. Salíamos, nos íbamos a comer algo. Íbamos al parque Rivadavia, como estaba cerca de su casa... y nos quedábamos un buen rato. Hasta ahí todo bien.

-¿Y? no contaste nada Frosty. – dijo Lorena.

-Si, dale. –Yo ya me sabía la historia. Tomé.

-iBUENO!, YA VA. –continuó. – Bueno, resulta que la muy hija de puta, cuando estábamos en casa, beso va, beso viene, mano va. Me apretaba

ahí...

-¿Ahí donde?- preguntó Gimena, se hacía la boluda.

-Ahí abajo.

-¿Pero donde? - Gimena sonreía.

-¡LAS BOLAS QUERIDA! ¡LAS BOLAS! - dijo Frosty.

-Perdón, no me había quedado claro. Seguí.

-Eso no se hace, ¿pero como, ella no quería coger?

-Bueno, yo me preguntaba lo mismo, - Dijo Frosty.

-¿Y entonces? - saltó Gime.

-¿OTRA VEZ? No puede ser.

- Sí. Para peor de males yo estaba en pelotas, me había sacado el calzón y estaba con unas terribles ganas y ella comenzó a vestirse.

-JAJAJA. - Nos reímos todos. Estabámos por la octava botella.

-No se rían, la muy hija de puta no quería hacer nada. Después me entero que con el forro del ex novio se había pegado cada cogida y yo, como un pelotudo, le seguía el juego creyendo que era una santita.

-JAJA. Bueno, pero eso puede pasar. Capas que ella estaba indispuesta.

-No no, pero fueron muchas veces.

-¿Cuanto?

-Muchas.

-¿Cuánto tiempo salieron?

-9 meses.

-¿9 meses? JUAJUAJUA. – Lorena se descotilló de risa.

A Gimena le pareció algo cruel. Yo, por mi cuenta, escuchaba su relato tranquilo mientras vaciaba el vaso una y otra vez.

-¿Pero no te la chupó aunque sea? Media pila, esa mina algo tendría que haber hecho para compensarlo. – dijo Gimena.

- No hizo nada.

- ¡Que puta! Ni siquiera eso... Yo lo hubiera hecho, a mi me gusta.- aclaró.

- A mí también. – Lorena también se unió al club.

Solamente gesticulé. Estaba de acuerdo. Mi cara de felicidad resaltaba en el grupo. Gimena me miró y me dijo.

-Sé lo que estás pensando y sí, es lo que más me gusta, puedo estar horas.

La miré a Lorena.

Yo no tanto pero me copo con la boca. – añadió Lorena.

Y después cuando uno les pregunta dicen que no son las primeras en negarlo. ¿Quién no es fanático de la concha? Que levante la mano. Los putos quizás, pero ellos son felices con el culo y la pija, y nosotros con la concha, y algunas mujeres con la verga en la boca. Viva la pija, el culo y la concha. ¡Viva la vida! ¡Salud!

Había dos mujeres frente a mí que se copaban con la pija en la boca, una más que la otra. Que mujeres, mujeres realistas. Me gustaban ese tipo de mujeres decididas a todo por el sexo, eran difíciles de encontrar pero yo sin darme cuenta caía en esos grupos.

-¿A ustedes no les gusta? – Gimena se puso seria.

-A mí me lo hicieron pocas veces y no las disfruté mucho. –dijo Frosty.

-A mí me encanta. – Mi sonrisa era imposible de borrar de mi cara.

-¡Que bueno! – Dijo Gimena, y se humedeció sus labios con la lengua.

Tenían un color rojo sangre impactante, era una boca perfecta.

30

Esos mismos labios intensos ahora sostenían un cigarrillo y subían escalera arriba. Yo venía detrás con mi aspecto de muerto. Estaba bañado pero nada lo cambiaba. Lo muerto me caía encima y no se iba.

Subimos al primer piso. Abrió la puerta de su departamento y entramos.

-Pasá y ponete cómodo. – dijo Gimena.

-Dale.

Entré. Adentro había cierto grupo de personas, no muchas, desparramadas por todo el lugar. Un tipo llamado Anthony, que se encontraba sentado en un rincón del departamento me dio la mano y se presento... así le decían, Anthony, quedaba *chic*. Parecía medio tonto, pero después me di cuenta porque. Estaba Lorena, mi amiga de noches y cervezas. Y la hermana de Gimena que se había terminado de bañar y me saludó al pasar. No era linda mujer, era una flaca al extremo y con cara de psicótica. Fumaba mucho y se la pasaba horas sentada frente a la computadora. Al menos cuando hablaba era copada, era imponente, al igual que su hermana.

Nos fuimos a un cuarto matrimonial. Nos tiramos en la cama mientras bebíamos. Una, dos, tres... nueve cervezas para todos y paramos un poco. Afuera llovía a cántaros. El cielo se caía a pedazos. Adentro se escuchaba algo de música. Rock internacional: Nirvana, Radiohead, Pink Floyd.

Los vicios ivan y venían.

-Pasame el porro...

-Tomá Gime. – A Anthony le costaba hablar.

-Che pedimos algo para comer. – Lore habló.

- Dale, pedí.

-¿Dónde esta?

-Arriba del escritorio.

-Acá no hay nada.

-Si que hay.

-No.

-Lo estoy viendo.

-Acá solamente está el teléfono, el teclado y el mouse.

-Y bueno. Ahí está. -dijo Gime.

-¿El que?

-El teléfono.

-Yo nunca dije el teléfono.

-¿Ah no?

-No

-¿Y entonces?

-Pará...

-¿Qué?

-Lo pensé. Lo pensé y vos lo adivinaste.

-Sí.

-Estás drogada pelotuda de mierda- dijo Gimena.

-Si, pero... ¿Dónde esta?

-¿El que? Pelotuda hace media hora que te estoy diciendo que está ahí.

-No...

-¿Y qué quieres?

-Nunca me lo preguntaste.

-¿QUE BUSCAS?

-El teléfono. - dijo Lorena.

-Ahí está, pelotuda. Te lo estoy diciendo. Ya lo viste.

-El teléfono del delivery.

-AH... Sos una pelotuda de mierda... no sé donde está... Buscalo.

-Offfff....

Yo mientras tanto estaba tirado en la cama boca arriba. La escuchaba hablar a Gimena y pensaba en sus labios. Estaban ahí, a 2 metros de distancia, sin embargo yo los imaginaba más perfectos. De pronto unas terribles ganas de mear.

-Voy al baño- dije.

Me levanté y salí corriendo.

Quise entrar de una pero alguien me cerró la puerta de golpe.

-Está ocupado. Ya vá...

-Ok.

Al rato salió la hermana de Gimena, Camila.

-Estaba yo, podrías ser más suave.

-No me di cuenta, me estaba meando.

Camila estaba usando el baño para cambiarse y ponerse perfume. Olor a mujer, que rico. Duró poco el aroma. Se escuchaba llover desde ahí adentro. Sentía que no había un mañana...

Me sostuve contra la pared, levante la tapa y saqué el pito para mear. Estuve buen rato. Abrí bien los ojos y ahí estaba. Todo adentro, nada afuera, ni una gota. Lo había logrado.

Tiré la cadena y nada. De vuelta. Nada. Las canillas habían quedado abiertas.

Fui por Gimena.

-Che no funciona la cadena del baño.

Gimena salió del placebo.

-¿QUE? ¿Cómo que no funciona?

-No. Tampoco se pueden cerrar las canillas. Pierden

-¿También?

-Si...

-¿En serio?

-Si...

Eran muy recurrentes las repeticiones. Nuestras conversaciones funcionaban como me lo habían explicado una vez en computación. < la="" comunicación="" llega="" en="" fragmentos="" y="" a="" veces="" se="" pierden.="" por="" eso="" es="" que="" hay="" que="" reenviarlos="">> Lo mismo acá, cada oración le seguía una pregunta reafirmando lo anteriormente dicho.

-No me digas que se rompieron la canillas- Gimena estaba echada en la cama con las piernas abiertas y sus botas ultralargas. Lucía una bombacha roja que podía notar desde la puerta.

-No sé si se rompieron pero pierden. Trato de cerrarlas y no puedo.

-Ahí voy. – Pensó en algo y luego dijo – PENDEJA DE MIERDA, ¿DONDE ESTAS? ¿DONDE ESTAS? – Se levantó como si le hubieran metido un dedo en el culo de prepo.

Yo me quedé en la entrada de la habitación shockeado por su energía. Sus labios eran violentos. Se escuchó una puerta cerrarse de golpe, provenía del cuarto de Camila.

-PENDEJA ABRÍ LA PUERTA... TE DIJE QUE LLAMARAS AL PLOMERO. TE LO DIJE HOY A LA TARDE.

Silencio.

-ABRÍ LA PUERTA... ¡ABRÍ LA PUERTA PELOTUDA DE MIERDA! TE DEJÉ PLATA HOY PARA QUE SE ARREGLE ESO, NO PODEMOS SEGUIR ASÍ. ¿Qué HICISTE CON LA PLATA? ¿QUE LA HICISTE? – Gimena le seguía hablando a la puerta cerrada.

Y puteaba. Seguía puteando a la puerta. No se le complicaba y sabía como hacerlo. Lo hacía bien. No se si eran sus labios, pero supongo que tenían algo que ver. Quizás era su voz. Sí... era su voz. Esa voz estaba hecha

para insultar me gustaba.

-¿TE FUISTE CON EL PIJICORTO DE TU NOVIO, NO? LA CONCHA DEL PATO.

La miré como puteaba la puerta, luego se volvió al baño. La agarré de la espalda y comencé a darle unos masajes relajantes.

-No chabón. Esto no puede seguir así. Mirá lo que es esto.

-No te preocupes, ya se va a solucionar. - Agarré un vaso de cerveza que dormía en el baño. Me lo tomé. Estaba frío todavía.

Me fui a la pieza, estaban Anthony y Lorena. Había otra chica también, pero ni figuraba. Estaba muy porreada. Estaba buena. Pero estaba reventada.

De golpe me dio la impresión de que la casa nos quería comer. No sé porque. Miré los techos y estaban con grietas y aberturas, se caía la pintura del cielo raso. Además las habitaciones estaban todas desarregladas y había vasos por todos lados. Se usaban para beber como para tirar la ceniza de los cigarrillos. Había ceniceros de tabaco por cualquier lugar de la casa. Los veladores estaban rotos y en suelo. Los retratos de la familia caídos. Daba la impresión que la casa se achicaba a medida que pasaba el tiempo.

-¿Llamaron al delivery?

-No sé donde está el teléfono Gime. - Lore había echado raíces frente a la compu. Miraba solamente la pantalla.

-¡UF!...Me voy a hacer algo de comer, ¿venís?- me miró.

-Dale.

Fuimos a la cocina. Pasamos por el living. Vi las ventanas lavarse continuamente. Plac, plac, plac, plac, plac, se escuchaba en la ventana del balcón.

Llovía con viento. Caía una lluvia espesa y robusta. Gotas grandes. Rayos. Relámpagos.

Me serví de una cerveza que encontré en el living.

-NOOOooo, LA PUTA QUE LOS PARIÓ A TODOS...

Corrí a la cocina. La vi a Gimena con sus botas chasqueando en el agua.

Se había inundado completamente.

-¡No te la puedo creer! Acá también gotea.

Tan rápido como dijo eso agarró el lampazo y comenzó arrojando el agua por una rejilla. En una de esas se escuchó la puerta de la entrada del departamento. Apareció un tal Emilio, también estaba tarado.

-Gime, Ramona se quedó abajo comprando unos cigarrillos. – dijo el tarado.

Ramona, que clase de nombre era ese.

-¿Y por que no la esperaste?

-Porque no. – Emilio levanto los hombros.

-No ves que está lloviendo nene, la hubieras esperado, está abajo sola.

-Por eso mismo, está lloviendo.

-¡Pelotudo! - Tiró un poco de agua por la rejilla. – Escuchame pelotudo, mirá que te dije antes que no cierres la puerta con llave porque no funciona bien la cerradura, se jode y cagamos.

-Está bien, no la cerré con llave. – Dijo Emilio. Me miró - ¿Y vos quien sos?

-Lautaro.

-Hola Lautaro. – Me agarró la mano.

Tipo extraño. Gimena consiguió terminar con la cocina. Sacó toda el agua. Después de semejante inundación preparó 2 sanguches de tomate y queso fresco. Uno para ella y un para mí, por supuesto.

Se prendieron unos porros en la habitación y se olieron desde la cocina. No era una casa muy chica pero estaba desordenada, una lástima.

-¡HIJOS DE PUTAS! SE LOS ESTÁN FUMANDO TODOS. DEJEN ALGO PARA MÍ MANGA DE DROGADICTOS! – Gimena evidentemente quería estar en todas.

Terminamos los sanguches sentados en el living mientras mirábamos la tele. En la habitación se escuchaban risas. Afuera llovía como la concha del pato. El lenguaje de Gimena se me estaba pegando. Mierda.

Pring!

-¡El timbre! – dijo Gimena.

-¡El timbre! – Dijeron las voces de la habitación.

-Emilio ¿Dónde dejaste las llaves?

-Arriba de la mesita del living. – gritó.

-Ya las ví.

Gimena las agarró, salió al balcón con una toalla en la cabeza y se las tiró a Ramona. Ramona estaba hecha sopa. Esperamos un ratito y escuchamos ruidos en la puerta, Ramona.

Ramona hacía fuerza, pero no podía. No podía con la puerta, mejor dicho con la cerradura.

-Dejá, yo te abro de acá adentro. – dijo Gimena.

Yo lo miraba todo desde el sofa del living. Tenía una botella de cerveza a mi lado que se vaciaba con cada suspiro.

-Che, no abre. – dijo Ramona.

-A ver... para que pruebo yo... Tampoco abre. –dijo Gimena.

-A ver... si hago así.

-¿Emilio? ¿Vos cerraste con llave?

-Por supuesto. – gritó desde la habitación.

-¿Sos tarado? Te dije que no lo hagas, te pregunte y me dijiste que no.

-Se me escapó. No te quise decir, si te decía te ibas a enojar.

-¡Sos un estúpido! Nos quedamos encerrados. – dijo Gimena psicótica.

-Ahí voy y te ayudo. Espera que estoy terminando un juego en la compu.
– Gritó Emilio desde la habitación.

Gimena y Ramona trataban cada una por su lado. Gimena hacía fuerza con todo su cuerpo pero resbalaba con sus botas superpoderosas. Yo le miraba el culo, no era gran cosa. Sin embargo, seguía siendo una mujer muy bonita. A mí me llamaba la atención su cara. Su boca roja intensa. Fumaba y chupaba todos los días pero apenas le salían unas leves ojeras.

Tenía suerte. Yo al contrario, tocaba un vaso de cerveza y mis ojos caían al suelo. Una cagada. Una cagada deambulante. Una cagada sabia, pero una cagada al fin.

Estuve largo rato mirando mientras las dos seguían empeñadas en abrir la puerta.

Apareció Emiliano después de 15 minutos. Yo seguía en la misma posición.

Emilio estuvo un rato también con lo mismo, no lo logró. Emilio era un idiota con barba y pelado. Yo sonreía. De pronto me invadió la responsabilidad. Vi el picaporte dorado, redondo como una perilla. Las mismas perillas que se usaban en el hotel. Me acordé de la vieja de Ramos. Me acordé de cómo le gustaba que paliáramos entre los maleteros con los horarios. Mi horario. El de mañana. ¿Cuál era? Recordé mi discusión con la vieja.

-Pasado mañana entrarías a las 9 horas.

-Está bien. - dije

-Y el viernes a las 15 horas.

-¿Y por que mejor el miércoles el franco en vez del viernes?

-Porque ese se lo dí a Chindamo.- Chindamo era Michael Jackson.

Michael Jackson siempre tenía suerte. Trabajaba de mañana o de tarde. Infeliz.

-Prefiero tener dos días seguidos de franco. – dije.

-No es lo que vos prefieras si no lo que yo diga. ¿O preferís perder un franco?

-Está bien, mejor así.

Volví al living con un suspiro y un trago.

-iNo!

-¿No que? – Dijeron Emilio y Gime al unísono.

- Mañana entro a las 9 trabajar.

-Faltá.

-No puedo, ya arreglé así. Hay que derribar esa puerta.

-Hay que abrirla. - dijo Gimena.

-Alejensé que la voy a patear.

-No boludo pará, me la vas hacer mierda.

Una buena patada arregla todo. Todo menos la puerta de Gimena.

¡PLUUMM!

-Sos un pelotudo se escuchó hasta en Mar del Plata. Mañana me voy a comer una cagada a pedos de parte de los vecinos por tu culpa.

-No importa, había que intentarlo ¿no te parece?

-Sí, pero no de esa forma. La puerta se abre para adentro. – Dijo Gimena.

- La culpa fue del imbécil de tu amigo. - Yo ya me estaba cabreando.

-Eh no digas así, ¿que quieres? Estaba fumado. –dijo el tarado de Emilio.

-¿Y ahora? – dije.

-Ahora también pero ya estoy mejor. - Los ojos le pesaban 3 kilos cada uno.

-¡Idiota! Si mañana falto no voy a poder pedir nunca más franco. ¡Hay que abrir esa puerta!

-Ya va...

Emilio se dedicó a la cerradura completamente. No hubo éxito. Le siguió Gimena, tampoco. Ramona empezó a reír y a gritar, estaba loquisima. Emilio le había pasado un porro por debajo de la puerta y se lo estaba fumando. Probé con la cerradura, después de varios intentos tampoco pude. Eran las 4 de la mañana, había pasado una hora intentándolo una y otra vez.

-Gime, ¿No tenes un destornillador? – dije.

-Ahí traigo. – dijo.

-Ramona ¿no te terminaste el porro verdad? - preguntó el tarado de Emilio.

-No. – dijo ella

Gimena volvió con una caja de herramientas. Estaba un poco vacía, faltaban muchas cosas esenciales. No importaba, estaba lo que buscaba. Agarré un destornillador chiquito y amarillo, una cagada. Lo metí de cuajo y con fuerza en el agujero, hice palanca. Eso mismo quería hacer con Gimena pero esa noche no pude. Estaba muy borracho. Di un par de vueltas y probé varias cosas. Nada. Estuve otros diez minutos. Emilio me lo arrebató de la mano y continuó. La puta que lo parió. Me cansé. Me agarré un vaso, lo llené con cerveza y a la mierda con todo. Lo dejé a Emilio que se entretenga un rato, a ver si se le iba lo tarado. O no. Mientras no hablara estaba todo bien.

Me senté en el living con mi cerveza.

-Ya fue.

-Si, ya fue... Nos quedamos hasta mañana.

-¿Qué?..¡NO! ABRAN HIJOS DE PUTA, USTEDES PORQUE MAÑANA NO TRABAJAN. ABRAN, ABRAN – estaba rabioso.

-Ahí va. –dijo el tarado.

Al rato lo vi. Vi como le brotó una sonrisa aliviante.

-Lo logré, lo logré, lo logré. Ramona dame el porro, dame el porro. – gritaba Emilio.

Maldito vicioso, lo único que le importaba era el porro. Quería verlo tan porreado hasta que se duerma. Después de eso quería pegarle duro. Eran deseos, deseos muy íntimos. Anhelos de destruir algo muy miserable.

-¿Te lo fumaste todo Ramona? No me dejaste nada.

-¿Qué te pensas? Que iba esperar a que abran esa puerta cajetuda.

Lo miré a los dos. Me daban asco.

-Buenísimo, me voy. – dije.

-¿Ya te vas Lautaro?

-Sí Gime, estoy cansado, mañana trabajo.

-Bueno, bajo con vos, te abro. – los labios no habían cambiado de color en absoluto, seguían intensos.

-Dale.

Bajamos. Afuera llovía con furia. Jehová se estaba echando un meo de esos abundantes. Yo estaba desprotegido, en remera y sin paraguas.

-Chau, Gime, hasta la próxima.

-Chau Lau suerte.

Los labios se despidieron y me besaron en la boca. Bueno, un beso, algo bueno. Sin más preámbulos me alejé. Eso era todo. No quería más. Solo una cama y tiempo para dormir. La cama era lo único que iba a tener. Me fui a casa caminando bajo la lluvia. No. Me tomé un taxi. Ahora sí. A casa. Una vez en la vida lo había hecho. Mis últimos diez pesos gastados en un taxi, buena jugada me dije. Faltaba dormir. Quería dormir. Dormir...Solamente dormir...

31

Apareció una poronga en primer plano y luego dos bocas, una de cada lado. Después sus respectivas caras, dos cabezas de mujer...

De las bocas salieron lenguas y comenzaron a lamer. La verga estaba en el medio como trofeo, enjabonada en saliva. Las lenguas se chocaban como si fueran pequeñas víboras ciegas tratándose de enroscar en un tronco. Eran lenguas entrenadas y las bocas pintadas y hechas a medida para devorar. Hacían desaparecer todo el pedazo de carne una y otra vez...

-Basta ¡Que mierda! – dije.

Estaba cansado de ver pornografía pero casi siempre llegaba sin pedirla.

Abría una página de Internet y un link se disparaba y aparecía esto, un video bien porno. Era algo normal. Muy normal. El 90 % de las personas, por lo menos los hombres, se ponían Internet y algo de porno tenían en sus máquinas, porno mucho porno. Yo buscaba la pornografía casera de los clientes y adivinen que... había.

Me acuerdo de una famosa directora, joven, de ventas de ropa femenina con una pija en la boca en primer plano. Cuando la visitaba para entregarle mercadería ella era toda formal y prolija con su conductan y siempre me acordaba de su travesura. Todo lo que la gente no decía lo

descubríamos con Andy en sus máquinas.

O sea que la pornografía estaba en todos lados, en la compu, en la tele, en horarios de familia cuando los chicos todavía cenaban en sus casas.

Quizás no a un grado tan extremo, pero un culo y una teta siempre se filtraban en la pantalla para atrapar a la audiencia. ¿Quién no compra ese producto? Creanlo o no yo era uno de ellos.

A mi me gustaba la pornografía pero cuando estaba solo. Las únicas veces que la miraba acompañado era cuando estaba de novio. Me sentaba con mi novia y le decía:

-Ves, así tenés que hacer. Así la tenes que chupar.

-Bueno, vos querés que te la chupe así pero tampoco tenes la verga que tiene ese negro fiero.

Calculo que así habrán aprendido unos cuantos y yo estaba incluido en el paquete.

De adolescente me la pasaba mirando esas películas y no en todas me tocaba. Al contrario, me quedaba horas mirando la pantalla y descifrando o preguntándole al universo como puede ser que una mujer se la banque con 8 hombres.

Entonces pensé que cuando estaba con mi novia la satisfacía un octavo de su parte, que deprimente. Era un octavo. Ni siquiera tenía 3 miembros para rellenar sus huecos, si no uno. Al diablo. Lo único que podía penetrar mi verga era una sola cosa. No podía con dos conchas a la vez al menos que tenga una en la boca. Ni hablar de las manos. Las manos no sienten placer. Por lo menos no el mismo placer o cosquilleo que siente en la pija. En fin. También está la boca, que tiene mucho que ver... pero volviendo al caso, para satisfacer completamente a tres mujeres tengo que turnarme con cada una de ellas, cosa que las mujeres con tres de nosotros están hechas. Por más que lo intenten las mujeres siempre ganan en todo ibenditas sean!

Me llegó a la cabeza una verdad que hasta ese momento era incierta, lo que decía la vieja rebecca < las="" mujeres="" siempre="" son="" mejores="" que="" los="" hombres,="" son="" mas="" fuertes="" y="" están="" mejor="" preparadas="" en="" la="" vida.="" pero="" las="" que="" no="" están="" preparadas="" no="" sirven="">>

La segunda oración me dejaba muy manija. Me preguntaba si realmente me había cruzado con una mujer preparada, preparada para mí.

Yo era un buen chico, honesto, jodón, simpático, alegre, pero la cagaba muy seguido. Las palabras salían venenosas de mi boca. O apestosas. Realmente parecía que salían de mi culo. Quizás era yo el que no estaba preparado para ellas. La **posta** no la sabía.

-¿Lautaro, vamos al telo?

-Nena, no tengo plata, me la olvidé en el otro pantalón.

-No importa, yo pago.

-¿Vas a pagar por sexo?-dije.

-¿Vos crees que yo estoy pagando por sexo?

-Bueno... si.

-ANDATE A LA PUTA QUE TE PARIÓ.

Me lo merecía por abrir mi boca.

32

Desaparecí de la computadora y me tiré en la cama. Era tarde para seguir despierto y no me sentía del todo bien. La cabeza se me explotaba. Me dormí.

Al otro día me desperté con un dolor infernal en el abdomen. Apenas me pude levantar de la cama. Por una hora estuve dando vueltas y tapándome con las sábanas deseando que el dolor se vaya del mismo modo que vino. Era un dolor visceral y agudo que me partía en dos con un hacha. Logré levantarme a comerme un yogur, eran como las 3 de la tarde. A las 6 me agarré otro de la heladera. En la heladera no había muchas cosas. Quesos y yogures, una leche perdida y carne en el refrigerador para descongelar y cocinar a la noche. El yogur de las 6 cayó como un cuchillo filoso por la boca del estómago. Puta madre. Sentía una bestia que rasguñaba mis entrañas.

Dejé pasar un día y el dolor continuó en el hotel. Apenas podía permanecer parado en la puerta y pedía descansar cada 20 minutos. Cumplí mi horario y volví a casa. De casa me fui a la guardia de la clínica. Sentía llamas internas. Sentía ratones en plena combustión que subían y bajaban por mi aparato digestivo tratando de salir por un lado, pero nada de eso. Nada salía de la boca.

Estuve un rato en la sala de urgencia, sentado. Había una tele y un recepcionista detrás de un escritorio. Estaban pasando resúmenes del Gran Hermano. Esos días lo pasaban por todos los canales, era

desastroso. La televisión abierta estaba plagada de mierda. Los productores pasaban en lo que más se vendía. Gente metida en una casa meando, cagando, discutiendo y cogiendo en los cuartos filmados las 24 horas. Eso gustaba. La vida cotidiana vendía. La vida en cautiverio. La miseria humana de ganar un juego. Un juego de estrategia, o no. Pero un juego perverso donde se necesitaba de la ayuda de los demás para subir el escalón, luego otro escalón social y luego la cima, y una vez arriba, abrirse el culo y cagar a todos los de abajo, eso vendía.

En el juego se iban a yendo uno por uno, semana por semana. Me gustaba más la idea de llamarlo El Gran Negocio. El Gran Negocio estaba en el público. En los televidentes. En los celulares. En sus llamados. No se que clase de gente era la que votaba porque yo no conocía a ninguna que mandara mensajes o votos telefónicos para evitar que rajen a los participantes de la casa del experimento. Quizas la gente que votaba no la conocía pero que la había la había. Gastadores de plata. Al público le gustaba la compra y ver cuando los jugadores se bañaban o cuando los trataban como payasos de circo. Los participantes tenían un itinerario armado por cada día para cumplir un rol específico. ¿No les llama la atención? *iQue bueno! iQue bueno usar a la gente, hacerlos famosos por unos 15 minutos y después hacerlos un bollito y tirarlos al tacho! iQue bueno!*

El Gran Hermano que todo lo ve. Ja. El Gran hermano que todo lo puede sentir. No se necesitaba del Gran Hermano para saber como vivía la gente en aquellos días, que es de la misma manera o peor que ahora. Por ejemplo, apenas sale uno a la calle se topa con personas recolectando cartones y que además, para peor de males, esa necesidad se convirtió en un empleo que el mismo gobierno apadrina con trajes de color azul y amarillos fosforescente. Una desgracia moral engordaba en el plano social y había llegado para quedarse ¿Por qué? Porque el mismo estado lo fue permitiendo y alimentado.

La gente luchaba y lucha día a día por lo suyo. Esto es una Gran Carnicería. La historia de la vida de muchos se basa en la supervivencia, en la económica y social. ¿Quién tiene más que el otro? ¿Y quien es mas mierda que el otro? Que si no tenes celular no te comunicas, que si no tenes ropa de marca te miran como un mamarracho, que si naciste feo y torcido sos una mierda seca al sol.

Las compras, las ventas, lo que se usa lo que no, la verdad y la mentira... Todo esto se vivía en el día a día y además, cuando llegaban a sus casas les gustaba verlo en la tele. Repetido. El reflejo de sus vidas miserables. El reflejo de nuestras vidas miserables. La vida de los demás es más interesante que la nuestra. ¿Estaban seguros? *–y ahora ¿Están seguros?*

Yo estaba harto de pura mierda televisiva. A mí me gustaban las películas o las series donde sabía que todo era ficción sacado de un guión. Si el

guionista se dedicaba a tirarse un pedo y de eso armar un mundo yo lo tomaba como tal, una locura que se podía apreciar por la caja boba y que desaparecía como un gas.

- ¿Maestro podés poner dibujos animados? – dije.

-¿Te quedaste en el tiempo vos?

-Por lo menos es mejor que este circo.

El recepcionista de la sala de guardia cambió de canal con un control remoto que tenía entre el codo y una birrome.

Comenzó a hacer zapping.

-Dejá ahí. Tom y Jerry.

-Son buenos. – dijo el recepcionista de la guardia.

En eso cayó un chico que estaba golpeado. Tenía un brazo roto, estaba enyesado y con un cuello ortopédico. Pasó de largo en una camilla al fondo y dobló a la derecha. Un enfermero todo tatuado lo dirigía como un chango de supermercado. Le había apoyado una mochilita en el regazo que cayó antes de doblar. Puteó, la levantó y desapareció.

Pobre chico.

-Eso seguramente habrá sido un accidente pensado.

-¿Vos decis? – contesté.

-Sí, esos machucones son de una embestida pensada. Además tiene pinta de cadete, de esos que están en las bicis.

El recepcionista tenía aspecto de borracho. No. De dejado. De roñoso, de cansado y aplastado por la vida, de fraca. Era como mirarse a un espejo dentro de 20 años. Mierda. Sí que estaba arruinado. Todo gordo y flácido. Usaba para leer anteojos como los míos y estaba de camisa y pantalón de vestir como yo vestía en el hotel. ¿Acabaría así? ¿De esa manera? ¿Todo solo, reventado y con ganas de pegarme un tiro en las pelotas todos los días? El dolor de una aguja me distrajo, era mi abdomen que se quemaba por dentro.

-Vienen muchos así – dijo el recepcionista.

-Pero ¿Cómo? ¿Tan mal conducimos los argentinos?- pensé, luego seguí - Bueno, yo creo que tampoco sería un santo. Creo que si se me cruzara con alguien lo pisaría con gusto. Por meterse en el medio y cruzar cuando

no le corresponda, los odio como peatones y me odio a mí como peatón.

-Ja, sos de los míos. A mí me sacaron el registro. Ansiedad vial. No puedo ni conducir un triciclo.

-Hu que bajón. – Este tipo se parecía cada vez más a mi. El futuro incierto que se arrimaba al presente que yo estaba creando. Mierda.

-¿Sabes lo que hacen esos chicos?

-¿Cuáles?

-¿Sos boludo? Ese que pasó recién a urgencias.

-No...

-Ese ya estuvo ya una o dos veces antes acá. Se tiran bajo los coches y cobran seguro. Es fija. Cobran el **seguro**, no laburan por un tiempo y después de uno o dos años hacen lo mismo.

-Es buena esa...

-¿Qué decis idiota? Estan enfermos, desesperados por la guita. La carne se pudre al igual que los huesos se derriten y fracturan con el tiempo. Cuando lleguen a viejo van a ser como un sayet de leche vencido y rancio.

-Sah... puede ser. – El tipo estaba loco.

Miré el televisor.

Tom se había sentado en una reposera y Jerry caminaba muy despacio por detrás de él sin que lo notara, y de pronto. ¡Plaf! La reposera se cerró con Tom dentro y sus ojos saltaron de las cuencas. Su lengua cayó al piso muerta. Recogió sus órganos y se los puso en su lugar de un solo movimiento.

Luego le continuó otro dibujo en el que Tom daba un concierto de piano. Entraba elegante de traje y se comportaba como todo un caballero. Comenzaba con el clásico chiste de la pechera que se caía hacia delante. Jerry dormía dentro del piano en una camita chiquita diseñada para él. Luego se despierta cuando Tom empieza con la melodía. Realmente eran muy graciosos. Un gato y un ratón peleando a muerte. Nada mejor que un poco de irrealidad al asunto. Una pizca de arte y cultura con algo de comedia. ¿Donde había quedado la gente que gustaba de estas cosas? ¿Se la habían raptado? Demasiadas preguntas para ese día, estaba nervioso y

el dolor aumentaba a cada minuto.

Un grito se escuchó por detrás de una puerta en el pasillo.

-Benjamín Lautaro Roussé

-Ahí voy.

-Cuidate muchacho, no tomes más alcohol eh. No hace tan bien como piensas. – sonrió de una manera diabólica y se acarició la panza fofa que le colgaba por debajo del cinto.

Yo no dejé de mirarlo hasta que llegué a la puerta del consultorio donde el médico esperaba por mí. El recepcionista quedó atrás, afuera, menos mal, me estaba dando miedo las coincidencias con mi persona.

-Tome asiento por aquí. –dijo con una birrome en la mano el médico.

El médico o doctor era un hombre joven, de unos 37 años, pelo lacio recortado con raya al medio y de una altura envidiable.

Le hablé a la cara y noté algo en un rincón del techo del consultorio, se estaba agrietando. Era imposible dejar de mirar el techo con esa altura.

-Bueno, cuénteme, ¿que le anda pasando?

-Me arde muchísimo el estómago, aunque no sé si es muscular, pienso yo. Supongo que usted sabrá... ¿no?

-Ajá y...¿Desde cuando? – anotaba algo en su libretita.

- Desde ayer, de golpe. De un día para el otro no me podía ni mover. Fui a trabajar y me caía cada 20 minutos.

-¿Se caía?

- Me refiero que no podía quedarme parado tanto tiempo. Trabajo como maletero y son muchas horas que estoy parado frente a la puerta principal del hotel.

-Ah. ¿y se caía?

-Le digo que no doc. Una noche vomité mucho, nada más.

Me hizo acostarme en una camilla y toco mi panza.

-¿Le duele ahí?

-No.

-¿Ahí?

-No.

-Ahí?

-Ay la concha del pato, podría ser más suave...

-Las mujeres se quejan menos. –balbuceó el doc.

-¿QUE?

-Que no sé lo que tiene. Lo tenemos que derivar a Gastroenterología.

-¿Dónde es?

-2 piso. Pero va a tener que ser mañana. Ahora ya es tarde y los médicos no están. Mañana venga temprano y pídase un sobre-turno.

-¿Eso solo nada más?

-Sí. Y no coma frituras o dulces.

-Bueno, está bien. Puedo hacerlo.

-El alcohol no es un buen amigo Rossue. Ni se le ocurra. – dijo el doc.

Lo que tanto temía. Nada más y nada menos. Por un momento pensé que me había salvado pero es increíble, cuando uno va de culo están todas las pijas paradas.

Mi placebo estaba siendo suprimido por mi propio cuerpo. Por culpa mía y de nadie más. Mas miserable me sentía. Está bien pensé, otra vez a la deriva.

-Ok. Chau doc.

Al otro día volví a la mañana temprano para pedirme el sobre-turno con el gastroenterologo. Y allí estaba de vuelta, sentado en otra sala parecida a la de emergencias con una televisión prendida que colgaba del techo.

Estaban pasando

El Gran Negocio. Era de imaginarse, nada ni nadie podía contra ese monstruo. Cerré los ojos, estaba dolorido. Pasaron 10 minutos. Los abrí. La misma gente que esperaba conmigo estaba ahí. Los cerré de nuevo. 20 minutos. Desaparecieron 2. Otros 10 minutos más y por fin. Mi nombre salía de una puerta.

-Pase por acá señor Rousse.

El gastroenterólogo era un viejito simpático con unos anteojos culo de botella. Pelo canoso y tupido. Arrugaba la cara a la hora de hablar para levantar un poco sus lentes.

-Dígame, ¿que le anda pasando? – La voz le temblaba.

-Me duele el abdomen.

-Acuéstese en la camilla que lo reviso.

El viejo era una cagada blanca que media 1,60m. Me caía bien.

Tocó un poco y escupió el diagnóstico.

-¿Le duele ahí donde le toqué?

-Si...

-Es posible que tenga una lesión, en el estómago o en el duodeno. Puede ser una gastritis aguda también. Aquí tengo detallado el diagnóstico que le hizo el médico que lo vio ayer.

-Hu. ¿Y ahora?

- A comer sano y a hacerse estos estudios.

-¿Algo que no supiera...doc?

-Nada de alcohol.

Otra vez la frase devastadora.

-¿Y si no quiero?

-No vuelva a mi consultorio.

-Nada de alcohol doc. – dije haciendo una mala cara.

Me despedí del viejo y bajé a sacar unos turnos para los estudios. Me dieron para la semana entrante...

Una vez más mi vida se iba por un caño. Se escurría en el lodo de los jodidos. Esos jodidos que ni siquiera podían pecar por estar vencidos en la vida, porque así me sentía en aquel momento. Con una vida de mierda a cuesta como un costal de papas podridas. Ni siquiera podía satisfacer mi vicio. Ni siquiera podía darme el lujo de arruinarla un poco más con algo de placer. Yo sé que era mas fácil tirarse de un balcón o mandarse bajo un coche y cobrar unos buenos mangos, pero ese no era mi estilo. A pesar de sentir el abismo a cada segundo que daba un respiro le ponía un poco de optimismo a la situación. Siempre se podía estar más jodido eso seguro... Mejor así.

33

Un jueves estaba tomando unas cervezas con Gabbi en zappi. Gabbi estaba de malas. Se había enredado con una chica del shopping. El shopping quedaba en Lugano y él se iba todos los días hasta allá. Vendía ropa para raperos en un local. Buena marca, buenas remeras, buenos pantalones y buenas gorras. Se la pasaba la mayoría del día encerrado en ese complejo. De calores, por suerte, no sufría.

Pero por otro lado Gabbi llevaba una vida presionada como en el pico de una botella. Vivía con el hermano y juntos mantenían un departamento cerca del Abasto y eran contadas las veces que salíamos a tomar algo. Esa noche seguramente parió un cabrito de la abuela Rebbeca o el cura del barrio estaba haciendo buchecitos con la leche de un nene de 13 años, aunque no creo que sea tan inverosímil la segunda imagen visual... Volvamos a nuestra historia y dejemos las trivialidades de lado. Continuemos.

Gabbi y el hermano supuestamente vivían los dos solos, pero luego, por algunos inconvenientes familiares cayeron algunos otros a su departamento: el tío, un hermano, una prima, otro primo. Por lo general se turnaban.

En fin, ahí estábamos quemando el tiempo a lo perro. Éramos muy buenos amigos pero la vida nos había apartado un poco. A Gabbi lo había conocido en cuarto año de la escuela técnica. No sé cuando ni como se fue dando nuestra relación pero nos unimos.

Eran pocos los huecos que nos hacíamos para vernos, ya estábamos grandes y la época de la joda había terminado. Pero cuando lo conseguíamos surgían grandes conversaciones y debates. Generalmente los dos salíamos pensativos, agradecidos de haber escuchado la campana

de cada uno.

La primera cerveza se bajó como agua. Pedimos otra. Todavía quedaba una porción de pizza que Gabbi no aguantó y se la llevó hacia la boca.

-Che, Lau, estoy saliendo con una chica del shopping.

-Ya me contaste.

-¿Ya te conté?

-Sah...

-Mmmm.... – pensó. – Entonces te voy a presentar una para vos....

-No me hace falta.

-¡Si que te hace falta!

Ya sabía por donde venía la mano. Gabbi necesitaba un acompañante de salidas. Si pensaba como él seguramente estaba planeando que salgamos los 4 juntos. La pasaba a buscar a ella por el shopping, de paso lo saludaba a él y mataba dos pájaros de un tiro.

-Además, hacés así: venís al shopping, pasas por el local, jodemos un rato y después te vas con ella. – dijo Gabbi.

No me equivocaba.

-Lau no sabes lo que es esa morocha, te vas a caer de culo.

-¿Ah si? ¿Tan buena está?

-Sí, tira como piña de loco. ¡Alta, pelo largo, ojos grandes y un culo! Te vas a poner de novio, yo te lo digo, de novio.

-Wow, pinta buena, pero yo soy medio raro con las mujeres, me tiene que gustar toda, si no pierdo interés al toque.

-Ya la vas a ver, mañana le paso tu número.

-Mmmm. ¿Qué le vas a decir?

-No te preocupes, dejámelo a mí. Hace rato que le vengo hablando de vos

-¿QUE?

-Bueno, si. Que tengo un amigo que es re-copado, que le gusta el punk rock, toca la guitarra...

-Ah, lo tenías todo planeado.

-JAJA. Sah...

-Era obio. Che ¿y de culo como anda? – dije. Lo estaba dibujando en mi mente.

-Muy bien. Pero te digo más... tiene esas argollas grandes que utilizan las rollingas. Esas finas y redondas.

-iSi ya sé! Sé de cuales hablas.

-iLe quedan re bien!

-Pero no me voy a enamorar de una mujer por el tamaño de su argolla Gabbi... - Me detuve un segundo - No sé eh, no sé jeje.

-iVes! Sé que te gustan las argollas.

Otra cerveza apareció delante de nuestros ojos, la tercera. Pizza no quedaba.

El cocinero nos estaba mirando desde hacía rato, no estaba de muy buen humor. Parecía vencido. Roto. Era morocho, pelo corto con barba a medio afeitado y con cara de loco. Le sobraban unos 20 kilos. Tenía puesta una gorra blanca de tela y se estaba sacando algo de basura de sus dientes con un escarbadien. Había unos bollos de pizza a un costado, en una mesa larga de metal. Al lado localicé su mano, la tenía en la cadera apoyada. La seguí con la vista y se dirigió a su parte trasera. Al instante se metió la mano completa en el pantalón y se rascó el culo. Lo ví, él ni se molestó en disimular. Escarbó un rato y me hizo una seña. Me acordé de la cara de Gabbi minutos atrás diciendo < mmmm...="" ique="" rica="" que="" está="" la="" pizza!="">> Claro, tenía el ingrediente secreto. Hablamos un rato más.

-Che Lau, ¿así que dejaste el hotel?

-Sí, me cansó. El primero de febrero me fui. Me enfermó.

-Pará... ¿tanto?

-Sí, te digo en serio. Una o dos semanas antes de renunciar me agarró

una lesión

-Una lesión en el ano. JA.

-AJAJA. No. Una lesión en el duodeno. Una cagada.

-¿Y eso?

-Estrés, mal dormir, mal comer, mal vivir...

-Hu pero entonces te hacían mierda ahí.

-Mas o menos, muchos cambios de horarios, comida de mierda, gente de mierda, lo único bueno el aire acondicionado.

-Dejate de joder...

-¡Boludo! ¡Me enfermé! Encima te digo más: Me fui a ver al médico por lo mal que me sentía, se me reventaba el estómago. Me mandó a hacerme estudios. Estaban contemplados para esa semana y cuando voy a la clínica a realizarlos la máquina estaba rota. Me dieron dos semanas. Pero a la vez me dijeron que podía ir a otra clínica donde corría con descuento con mi obra social. Pero adiviné que: rota. Otra puta máquina rota. Así que me tuve que cuidar un mes suponiendo o sospechando lo que me pasaba dentro de este cuerpo.

-Pero que conchas ¿Y no había otro lugar?

-No, esperé. Esperé un mes. Aunque sabés una cosa. ¿Te acordás de reiki?

-Sah, como no me voy a acordar... Fuimos juntos los sábados a hacer el curso.

-Bueno, me hice todo el mes reiki...

Gabbi me miró de manera extraña, se le había llenado el culo de preguntas.

-Está bien, me hice reiki todas las noches hasta que me quedaba dormido...- dije.

-Dale... -Gabbi se prendió un pucho.

-Está bien, casi todas la noches... Noche por medio.

-Dale.

-Sí, posta. – dije llevandome un vaso de cerveza a la boca.

-Dale.

-¡SI BOLUDO! Y acá está la parte graciosa. Llego al consultorio del gastroenterólogo y me siento. Hago algunos ruidos con la boca para llamar la atención del médico que estaba sentado en su silla mirando hacia abajo. Se estaba limpiando los anteojos. Ese día me mando a hacer una placa. La máquina ya funcionaba. Volví a la semana con el estudio ya hecho. Me sentía de otra manera, me estaba desintoxicando. Me la pasaba tomando tesitos que preparaba la madre de Andy... - Me prendí al pico de la cerveza como un bebé alimentándose de un pecho. Hice una pausa para tomar aire.

- Dale boludo, contá ¿Qué pasó al final?

-Ah, como venía diciendo. A la semana me presento con placa y todo, me la mira. Y me dice < aca="" hubo="" una="" lesión="" pero="" aparentemente="" sanó,="" desapareció="">> El doc anotaba en mi hoja clínica mientras repetía < sanó="" sin="" necesidad="" de="" medicamentos="">>. Pensé: el reiki.

-El reiki. – dijo Gabbi y disparó el pucho hacia la verdea con la fuerza de su dedo mayor.

-El reiki. – repetí.

El tema se cortó cuando llegó el mozo a cobrar, llevaba el peso de una jornada completa de trabajo. El peso de bobos y hambrientos que hacían millones de preguntas antes de pedir la comida. No hay nada peor que tratar con la gente, no hay nada peor que el servicio. Maleteros, mozos y camareros, medicos y enfermos y algunos otros más nuevos como telemarketers sufrían el abuso de conducta por parte de sus clientes.

-¿Cuanto es? - dijo Gabbi.

-Bss... bsss... - Al mozo no se le entendía ni jota.

-¿Qué? ¿Cuanto? – Dijo Gabbi otra vez.

-Bsss... bs... - y sacó el ticket.

Bien. Los números. Los números. Entendimos el mensaje. El viejo lenguaje universal.

-Acá tenés.

Dejamos 5 pesos de propina y nos fuimos.

Caminamos unas cuadras por la Av. Corrientes, estaba refrescando. Algunas hojas secas habían comenzado a caer y el viento las barría de una calle a otra. Una de mis épocas preferidas. El otoño. Una porción de tiempo entre el invierno y el verano. Tardes de café con leche y camperas livianas. Noches tirando a frescas. Cerrar la ventana. Estar cómodo. Las piernas secas, las axilas también. Una frazada.

Nos prendimos unos cigarrillos a la par. Nos quedamos en silencio. Vimos un cartel blanco en la calle, tenía dibujado un corazón y adentro una L. Pregunté.

-Che, ¿y Lucía?

-Lucía, no sé. Ahí anda... nos peleamos muy seguido...

-¿Pero seguís con ella?

-Sí. – Gabbi miró al cielo queriendo deshacerse de algo.

-¿Y como no sabés donde está?

-Sí sé, pero está muy hinchada. Re pegote. Me tiene loco. Quiere que la llame todo el tiempo y le diga donde está. Que haga, que no haga. Si comí, si me bañé si cagué, si me pajeé. Si me pajeé pensando en ella... Un desastre. Estoy cansado Lau, estoy cansado.

-¿Y?

-Y no sé. A veces siento que no tengo tiempo para nada. Laburo 14 horas en el shopping, a veces tengo dos francos por semana, otras veces uno. Ella me demanda tiempo, yo que no se como lidiar con todo esto. Me siento ahogado. Quiero un tiempo para relajarme un rato y no lo tengo. Llego a mi casa y siempre algún kilombo hay. Quiero un lugar donde nadie me moleste, donde nadie me traiga problemas por unos minutos. Estoy siempre full, pensando y re-pensando lo que tengo que hacer y lo que no. Podés creer que ni siquiera puedo estar en mi casa. Podes creer... Y mis francos en vez de estar tirado solo mirando algo de televisión, la tengo que andar acompañando, o mejor dicho: acompaño a la boluda de su hermana al hospital porque está embarazada. Tiene 20 años. ¡20 AÑOS!

-¿La hermana de quien?

-De Lucía.

-¡Changos!...

-Decime para que trae un chico al mundo, si no tiene la edad, la responsabilidad y la conciencia. Cualquiera. Ni siquiera labura. No hay futuro. No hay futuro para nadie últimamente – repetía Gabbi.

Lo que implicaba tener una novia. Lo que le sacaba y le ponía Lucía a la vida de Gabbi era indescriptible. A él siempre lo veía desconforme. Quejandose de que no podía hacer tal cosa o tal otra, como por ejemplo: grabar su demo. Gabbi escribía buenas letras de rap, tenía buena prosa, lasciva y sin vueltas. Eran letras de sentimiento puro, un tanto sufridas y nostálgicas y no tan groseras. Había otras más *up*. Repito buenas letras. Pegadizas. Llevaderas. Y ahí quedaban... en la nada.

Eran letras y descripciones que yo nunca y creo casi ninguno podía reproducir. Y eso lo convertía en un artista. Y como todo artista quería difundir su arte. Pero no resultaba muy fácil. Se le complicaba como a todos nosotros. Tanto a él y como a mí, nuestras ganas de expresarle al mundo la realidad se erosionaban con el tiempo, con la misma vida. Con las barreras. Con nuestra racha. La ironía de la vida se interponía siempre como señalaba Frosty.

Yo sin novia estaba bien, no me imaginaba con una mujer, por lo menos por un tiempo. No sé si andaba en busca de una mujer perfecta o si de una que no me causara tantos problemas. Problemas ya tenía en casa, en el trabajo, en mi vida, yo, yo era el problema. No quería más *bondi*, así que la ecuación era simple, no me metía con nadie sentimentalmente y todos contentos.

Antes, quizás, era más pretencioso. Ahora me había convertido en una persona sin tantos anhelos, me sentaba mejor así. Porque todo lo que yo deseaba se derretía al instante. Los veía morir en cámara lenta. Si. Es desagradable ver como los sueños se

escapan, se escurren como agua en las manos.

34

Compré un libro en el círculo de lectores. Comencé a leerlo y noté que la página 21 no estaba impresa, la 22 continuaba el relato de la 21 no impresa, porque la 20 no tenía nada que ver con la 22. Mierda, siempre me faltaban cinco para el peso.

Estas ecuaciones o eventos desafortunados aparecían en mi vida, o mejor

dicho, eran parte de mi vida a a gran escala algunas veces.

El viento no soplaba a mi favor en lo absoluto, si había que hacerlo más difícil, ese era el camino que me tocaba seguir, estaba desigiando por una fuerza superior, meado pero no sabía por quien.

¿Porque sucedía de esa forma y de esa manera? ¿Por que sin anestesia? ¿Por que como si fueran pedos en la cara? ¿Porque así de cuajo?

La cerveza trataba de calmar mi mente. El sexo lo mismo. Creo que todos estábamos encamimos para el mismo lado y buscando lo mismo. Por fin los infiernos se mostraban en la Tierra. Luci-Fer lo estaba logrando. Estaba contento... Si.... Se afilaba los dientes con nuestros huesos. Gozaba. Intervenía en decisiones mundiales, en pueblos, familias, en parejas, niños, madres, presidentes. Todo estaba colapsando y cuando eso pasa, la mejor forma de sobrevivir es adaptarse. Sobrevivir... como se pueda. Sobrevivir... Chupate esta pija Luci-Fer.

Otra cosa que me preocupaba y que me llamaba la atención mientras pensaba tirado en la cama era que había tenido un par de novias anteriormente pero nunca había llegado a las situaciones que tenía que lidiar Gabbi con Lucía. Yo siempre preferí mujeres más liberales, no tan comprometidas y con más libertades. Yo pensaba que cada persona que tenía que seguir su camino y si por algún motivo o razón esos caminos se unían, bárbaro. Mientras tanto podría haber roses. Sí, roses. Con eso me conformaba. Roses con mujeres, roses conmigo mismo y roses con mujeres nuevamente. No me gustaban las cosas raras, yo era tradicional, a la vieja escuela.

Así que lo que Gabbi comentaba me transportaba a su experiencia putrefacta y transmitía una sensación de encierro inigualable. Su relato era caustrofóbico.

Seguimos caminando por Corrientes, estábamos frente al Abasto. Le miré la cara e imaginé su vida. El shopping. Las 14 horas. Lucía. La amante. La casa. La familia. La plata. El capital que necesitaba para solventar todos los gastos. Los gastos con Lucía. Con la amante. Con la casa. Con la Familia.

Su vida formaba un círculo como el de una serpiente devorándose su propia cola que lo envolvía por completo. Era un círculo venenoso. La vida intoxicada. La que vivía él. La que nos tocaba a vivir a todos, a mí. La que adolecíamos todos los jóvenes de la Argentina por la década del 2000 en adelante. No quise imaginar más. Ni pensar ni en su vida ni en la mía.

Mierda. Pero las preguntas golpeaban en mi cabeza.

¿Por qué las mujeres usaban ropas cada vez más provocadoras? ¿Por que las mujeres cuando chupaban un helado te miraban fijamente a los ojos? ¿Por qué los precios de todo tipo de productos subían y los sueldos no? ¿Por que la sociedad estaba tan ciega? Bueno, esa si me la pude contestar: Porque a nadie le interesa la vida del otro. Porque hoy en día el ser humano se está preparando para la división. Lo personal. La tecnología. El celular. La notebook.

Se estaba diseñando un gran plan para dividirnos. El mercado Unipersonal crecía a costa del consumo masivo de productos con funciones que se insertaban a la sociedad por medio de publicidad. Y lo estaban haciendo bien. Si querías ver porno, necesitabas una computadora (personal), o un celular (personal). Si querías escuchar algo de música bastaba solamente con comprarse un celular con reproductor musical y eso se vendía... ¿En donde? En los shoppings. ¿Y donde se promocionaba? En la tele, en el Gran Negocio. En las revistas, en Internet. ¿Y quienes los promocionaban? Chicas pulposas con grandes tetas, cintura de abeja con la medida ideal proporcional a su cabeza, unas buenas caderas y buen culo masajeados. Estaba todo ligado, una cosa con la otra. Y el que obtenía esos productos, tal como mostraban las publicidades, podía conseguir esas mujeres fatales. Automáticamente uno se convertía en el macho alpha. *Mentira*

No sé quien se creía toda esta falacia publicitaria. Yo no. Pero los negocios facturaban y la mercadería desaparecía. La gente compraba y se metía en grandes deudas por estos lujos innecesarios. El sistema funcionaba así. El diseño era perfecto. Tal vez estábamos yendo todos para el mismo matadero como vacas a punto de ser mutiladas. La gente estaba cansada y vivía por inercia. El sistema ideal, el dedo del David. El regalo del Mesías. Pero yo. Pero yo me sentía fuera de eso, simplemente no estaba preparado. Como muchos de nosotros. Ya no sé. Y tampoco sé quienes están preparados para el mundo o no. Todos consumimos, eso seguro. Y de otra cosa estaba seguro, de que existía dos tipos de personas: De las que sabían los que querían hacer y para que vivir desde chicos y de los que no. Yo pertenecía al segundo grupo. De los que vagaban sin rumbo alguno. De los que buscaban, de los que probaban con todo. Mi ruta era parecía al de un borracho que se tambalea caminando en zigzag. Sufría del zizagueo eterno. Así me iba.

-Che Lau, estoy casando, mejor frenemos.

-Dale. Yo también estoy cansado.

Nos paramos en la puerta de un edificio y nos sentamos en un escalón de mármol. Gabbi todavía conservaba esa cara de desconforme de la vida. Yo me puse cómodo y cerré los ojos. Eran como las 3 de la mañana y se escuchaba el ruido de los autos. Sonidos rasposos y metálicos, parecían coches viejos. Hasta ese momento no me había dado cuenta pero el cielo estaba cubierto. Colgué pensando y preguntandome muchas cosas y perdí

la noción del tiempo. Comenzó a llover. Una llovizna fina y molesta. La atmósfera estaba pesada. Me fastidié. Gabbi lo mismo. Se lo veía molesto por muchas cosas más. Yo ya no quería saber de nada... Lo mismo él. Nos miramos, sabíamos lo que íbamos a decir cada uno. A veces teníamos lectura de pensamiento. Nos abrazamos, nos despedimos y nos fuimos cada uno por su lado.

Caminé por la Av. Corrientes y me prendí un cigarrillo para fumar antes de llegar a casa. Lo tiré en la puerta a medio terminar. Estaba empapado de pies a cabeza. Llegué a mi departamento y me saqué el calzado junto con las medias. El piso de parquet no lo quería arruinar. Entré despacio y me fui para el patio. Me desnudé en plena oscuridad. Olí a tierra húmeda. Frescura. Me fui a mi pieza y en el camino me choqué con una silla que estaba en el medio. La corrí y la acomodé sin prender ninguna luz. Menos mal. El viejo siempre se despierta temprano y la chocaría si quisiera pasar al baño.

-¿Ya llegaste? Hiciste rápido - una voz conocida rompió el silencio. - ¿A que hora te fuiste? ¿A las 9? Son las 4 de la mañana. Vos sí que la pasas bien.

-Je. ¿Viste?

-No vi.

-No te hagas el vivo viejo. Me voy a dormir estoy cansado.

-Dormí, mañana tenés que trabajar. Yo me voy a escuchar la radio al patio.

35

Los días pasaban sin darme cuenta, me despertaba deseando no salir de la cama pero hacía un esfuerzo increíble y a eso de las 12 estaba en la oficina. Una vez más el trabajo.

Me iba hasta San Juan y Santiago del estero, al lado de la utopista, un barrio barrio, Constitución. Un barrio argento. Un barrio de negocios nocturnos. Un barrio de todo tipo de caripelas y vicios.

A la vuelta de la oficina trabajaban las putas y eso me ponía contento. Verlas me alegraba, sentía que me buscaban, buscaban a cualquiera en realidad, por dinero tal vez, pero igual me buscaban. Se paraban enfrente de los telos y ofrecían sus servicios. Desde la ventana de

la oficina podía verlas en acción, cabeceando y agitando el pavo bervorragicamente. La mayoría eran dominicanas con tetas infladas como una piñata y otras con culos radioactivos que dejaban a cualquiera sin energías.

A mi parecer el barrio era un poco demencial. Siempre te llegaban noticias un tanto desagradables.

Unas cuadras más lejos de nuestra oficina estaba la zona de travestis, esa no me gustaba. Era una zona picante y sucia. Estaba cerca de la estación de ferrocarriles. Muchos clientes de provincia. Era un buen negocio pero mucho lío. Mucho sexo callejero, mucha droga de por medio, mucha violencia. Mucha leche en las calles y poca prevención. Era un caldo de cultivo para la prostitución.

Después estaban los *Ruin* o los *Mutantes*. Los *Mutantes*: los drogadictos y cartoneros. A ellos los saludaba de camino al trabajo, se acostaban bajo la autopista a digerir unos vinos calientes y avinagrados todos los días mientras hablaban de sus aventuras peligrosas de robos. Yo los denominaba de esa manera porque caminaban de forma graciosa. Estaban desgarrados y de tanta pasta base no lograban coordinar palabras. Eran una cagada humana. Sí señor, una cagada con olor y todo. Por donde se los mirase estaban reventados, los cuerpos marchitos y flácidos. Barrigas de alcohol. Una bucha inflada y amplia, eran pura bucha. Una lástima. Porque algunos de ellos terminaban cirujeando por circunstancias de la vida que capas no la merecían. Maestro mayores de obras, abogados, fracasados desde el nacimiento, borrachos, drogadictos.

Había de todo un poco ¿Pero quien decide lo que uno se merece? Me acordé de una conversación que tuvo un médico con una enfermera mientras me examinaba la panza unos meses atrás.

Estábamos en el consultorio y entró la enfermera. Estaba para darle. Estaría tocando unos cuarenta pero muy bien conservada. Su pelo caía de un lado del cuerpo y el uniforme se le teñía de castaño oscuro. Las manos las tenía pintadas. En ese momento imaginé como se las pintó: En su casa. A las 6 de la mañana mientras el café terminaba de calentarse y un chico de 7 años pedía a gritos su desayuno.

Una de las uñas era un desastre, mal hecha, quizás no había tenido tiempo de terminarla porque estaba cansada de escuchar al niño gritar.

Se acercó al doctor con bigotes ya veterano y le sonrió. Él estaba concentrado anotando unas observaciones en mi historia clínica cuando se

dio cuenta que la enfermera reposaba detrás de sus hombros.

-Ya sé que estás ahí, ¿Qué querés?

-Hola doc, ¿Cómo supo? Bueno, no importa... Voy al kiosco ¿quiere que le traiga algo?

-Unos caramelos... De menta. – el doc hablaba como un motor de auto oxidado.

-¿Algo mas?

-No.

-Bueno, deme la plata, que espera... - La enfermera sonrió, se ve que eran viejos conocidos.

-¿Encima me pedis plata? – Buscó en el delantal – Tomá 10 y traeme vuelto.

-¿Me puedo comprar cigarrillos?

-¿Qué?

-Me voy a comprar cigarrillos.

-¿Pero como? Y vos no tenes plata para comprar ¿a que ibas al kiosco?

-A comprar cigarillos, doc.

-Con mi plata.

-Con su plata.

-¿Y si yo no tenía?

-Fácil. No iba. – La enfermera seguía sonriendo. Le arrebató los 10 pesos de la mano. – Ya vuelvo doc, no se me vaya.

El doctor esperó unos segundos hasta que la enfermera se retirase, se acomodó los lentes y me dijo.

-Viste como son... Todos son así...Bueno... Cada uno tiene al lado lo que se merece – Y siguió escribiendo muy despacio en la historia clínica.

Esa frase lo resumía todo. Llevaba cualquier cuenta al 0. El universo se simplificaba al átomo, al micrón. Supongo que esas personas tenían al

lado lo que se merecían, como yo tenía también lo mío.

Pasé por al lado de un *ruin* y escuché:

-Eh gato, vos sabe´ que me fuí el otro día a la Matanza y me hice unas rellanta´ loco. Lo agarré a un pibe que venía borracho y se las saqué. Ni se retovó, estaba fisura fisura, le cabe por gato-

Todos los días era escuchar casi la misma historia con distintas localidades.

Era todo un desorden, la calle, el sistema educativo, el sistema de salud, el gobierno, la sociedad, la casa, el mundo, mi vida.

En la oficina pasaba algo parecido, era un desastre. Partes de máquinas por todos lados, respuestos, placas, monitores, PCs, tornillos esparcidos por el piso (era la casa de Andy y así la quería mantener). Su madre vivía también ahí, así que procuraba llegar al mediodía para no despertarla y verla en paños menores. Era buena mujer. Nos preparaba la comida y luego empezábamos el día, tomábamos el té a cualquier hora y mirábamos la tele. Era un departamento chico pero se podía vivir bien.

En la cocina teníamos hecha una campana casera para la recarga de toner, no era de lo más higiénico pero era el único lugar donde se podía ubicar porque el departamento no daba para mas.

Dentro de la campana desarmaba los toners, mi tarea más laboriosa: primero los examinaba bajo la luz de un tubo fluorescente en busca de piezas rotas o desgastadas. Luego utilizaba unos destornilladores para comenzar la descuartización del producto. Usaba una herramienta de 15cm. de largo con punta afilada para sacar unos pernos que se encontraban en los extremos. Seguido a eso extraía unas tapas que cubrían el cartucho y por último lo separaba en dos partes, la *unidad de imagen* donde se depositaba el toner residual y se cambiaban dos piezas como podía ser el *pcr* o el *cilindro*; y la otra unidad era la unidad de carga, esa se vaciaba por completo, se limpiaba el hueco y se lo rellenaba con polvo nuevo, maso menos a ojo eran unos 120 gramos en la unidad. Si había que cambiar una pieza se cambiaba y luego se ensamblaba todo de vuelta. Está demás decir que lo probábamos en las impresoras y si imprimía bien se rotulaba, se envolvía y se lo enviábamos al cliente. Siempre era el mismo procedimiento, por suerte, pero a veces se tornaba un tanto tedioso.

Hubo un tiempo que me había cansado de vestirme para hacer *la recarga*, la máscara con filtros me asfixiaba, los guantes se me rompían y con la ropa transpiraba muchísimo. Casi siempre tenía que rajar a un cliente en

plena recarga y salía sucio porque lavarse con agua y jabón nunca sacaba toda la mugre.

Cuantas veces cagué piezas y me quedé con nuevas, eran incontables, pero era parte del trabajo, no teníamos mucha plata para andar comprando repuestos nuevos así que siempre que llegaba un toner en primer uso se iba con piezas de segunda mano, a comerla.

36

Recargué como 6 toners ese día y después les fui a llevar un par de computadoras a las abogadas de un estudio contable, terribles perras. Las había altas flacas, rubias, morochas y gordas, pero parecían todas hermanas, tenían un trato un tanto chocante a mi gusto y me hacían sentir más mierda que ellas, como un gusano revolcándose en la tierra pidiendo a gritos un poco de agua. Eran extraídas de la misma estirpe. Eran simpáticas para esa mierda que despedían tenía que ver con las actividades extra-particulares que ellas hacían y comentaban mientras hacía mi trabajo en sus oficinas. Hablaban de canchas de tenis y clases de snowboard, restaurantes elegantes, viajes a Europa y ciertas drogas que habían probado y eran lo nuevo para ellas, en resumidas palabras, una mierda. Se alegraban por cualquier cosa:

-Ay, Lau, funciona, funciona ahora- dijo saltando una.

Pelotuda

-Si, no era tan difícil. Fue solo un click.

Yo a veces me metía en las conversaciones y me hacía el bueno, o simplemente opinaba y cada vez que lo hacía deseaba estar más lejos de ellas, estar lejos de esa vida insulsa, con el culo chato de haber estado sentada todo el funkin día en el estudio, comiendo tarta de acelga y tomando jugo dietético. Salvo una o dos las demás parecían manequines o títeres a escala humana y se movían de igual manera, robóticas, y si en algún momento se me daba la oportunidad de cogerlas sería para tratar de cambiar esa persona formada a *medio pelo* para convertirla en una mujer mediocre pero con un poco más de onda y soltura; es que ya **no tenían arreglo**.

Entre ellas había una que se parecía a Emma Star, una actriz porno con varios años encima que Andy había encontrado una vez en una página para adultos. Su costumbre era comenzar los videos siendo una secretaria perrísima y volteándose al primer hombre que entraba en escena; a veces era el jefe como también podría ser el mozo que llevaba los cafés. Se los cogía siempre a pelo. Le llenaban el útero y de la boca rebalsaba una goma espesa y blanca, así terminaban sus videos tragando las viscosidades. Todo esto me pasaba por la cabeza cuando la veía a la

supuesta Emma del estudio. Tenía la rara impresión de que algún en algún momento cerraría la puerta y me comería la verga como si fuera un helado de crema.

-Hola Bianca- (Emma)

-Hola Lau ¿Cómo estas?- dijo.

-Bien, cansado del día, hace mucho calor. Creo que la temperatura llegó a los 32 grados hoy.

-Sí eso escuché, pero acá no, ni se siente, ¿Qué bueno, no?- la muy perra quería marcar la diferencia.

-Si está re bien acá, ¿que estás leyendo? – Un libro dormía en su escritorio.

- El viaje del elefante- me dijo mientras me agachaba a conectar su pc.

Alcanzaba a verle las piernas, tenía una pollera blanca y negra con flores. La turra no las cerraba y yo me estaba calentando. Conecté los cables en cámara lenta. Tenía una bombacha negra con un volado trenzado y seguramente llevaba puesta una toallita, su parte púbica estaba abultada. Olía a flores al igual que su vagina, delicioso. No se molestó nunca en moverse o taparse, se ve que le excitaba sentir que yo la mirara desde allá abajo, estaba entre sus piernas y no me quería ir.

-Ese lo quería leer, me lo iban a prestar pero no, se lo olvidaron en un cajón.

Hubo un silencio corto, me cansé de estar agachado y me levanté. Tenía una leve sonrisa dibujada en su rostro, la miré y le dije:

-Ya está, la dejé como nueva aunque tira un poco de calor.

-Sí, recalienta mucho a veces- se concentró en mis ojos y la sonrisa la dejó estática.

-Bueno, si te sigue pasando lo mismo llamame- le dejé la tarjeta de la empresa y mi número anotado en el revés.

Me fui saludando a Nati, la recepcionista, que esa se le notaba a una legua que le gustaba la salchicha.

-Chau Lau acordate de los toners- me gritó

Andate a la reputa que te re mil veces parió.

- Dale Nati, chau.

37

Me estaba recuperando de la úlcera que afloró estando en el hotel por comer basura, pero igual seguía yendo a los bares. Me iba siempre a uno que estaba en Bulnes y Guardia vieja, "El Imaginario".

Esa noche pedí una cerveza y me trajeron una Stella, me había hecho habitué del lugar.

Era la época que pensaba mucho en mí. En lo estropeado que estaba.

Me sentía mal, mal conmigo mismo, descarriado y solo, entonces tomaba. Y tomaba mucho, me costaba estar ebrio, sin embargo, a final de cuentas lo lograba, sin culpa, sin pena.

Esos días llegaba a casa por las noches, muy borracho y con ganas de llorar. Lloraba porque no sabía donde estaba, no sabía que hacer con mi vida, mi futuro.

¿A dónde me estaba llevando todo esto?

No estaba conforme con la computación, la hotelería, los despachantes de aduana, con nada, con nadie, no estaba conforme con el mundo. ¿Acaso no se podía vivir sin molestar a nadie?

El único motivo que me impulsaba a trabajar era el de tener un poco de plata para comprarme algo de ropa, beber y comer pizza por los fines de semana. Ni siquiera podía ahorrar, aunque mientras me alcanzara para esas 3 cosas me sentía bien.

Es despreciable sentir que sin dinero sos nada, sos una bola de moco, una bolsa de plástico que se la lleva el viento, una pelusa de ombligo sucia y olorosa, sos un bicho bolita, una hormiga, sos más nada que todo.

Me quejaba de la plata y la piloteaba como podía pero cuando pensaba en mi vocación me hundía en un abismo. Ese era mi gran problema, era una incógnita imposible de resolver y esa incógnita se había convertido en un moustro, un parásito que me atacaba por las noches cuando llegaba a casa. Me debilitaba, me oprimía el pecho y me dejaba sin respiración por unos minutos, entonces me iba al bar a tomar un poco de aire y un poco de cerveza. Me agarraba la cabeza y sentía que estaba viviendo una vida prestada sin anhelos ni ambiciones y que vivía por vivir, entonces,

tomaba... para revivir.

Muchos me decían que en los bares me transformaba en una cosa sin vida. Tenían razón. En realidad se creaba una atmósfera húmeda y pegajosa que me vencía. Me quedaba sentado horas fumándome los cigarrillos, unos tras otro.

Y así mi cabeza activaba y me ponía a pensar en mis viejos. En el deterioro de la carne humana, en lo corrosivo que es el tiempo con nosotros, ellos estaban cumpliendo ya su ciclo de vida.

Era verdad que mi vieja llevaba una vida amargada. Era de esas mujeres que nunca habían podido cumplir lo que deseaban en la vida. Se bajoneaba por cualquier cosa pero sonreía cuando le traía buenas noticias, noticias que implicaban situaciones con esfuerzo de mi persona, o resultado de actividades donde yo salía victorioso, desde matar un mosquito hasta:

- ¡Vieja! hoy instalé 10 computadoras en red

Y sonreía algo satisfecha viendo a su hijo crecer. Eso era todo, luego se embutía en su mundo agrio y avinagrado de la Tv.

Era trágico pensarlo pero esos no eran buenos tiempos. Indeseables y reales.

Mi viejo hacía unos meses que había quedado ciego y mi casa se había convertido en un circo. Idas y vueltas con las operaciones, gotas y remedios que comprar y algo de plata para solventar esos gastos, estaba literalmente podrido de todo.

Lo más ajetreado era la convivencia y la ceguera hizo todo más difícil.

El viejo era una persona muy independiente antes de la negrura eterna. Se despertaba a las 4 a.m. a cortar en rodajas el pan y preparar el desayuno. Preparaba tostadas, hacía mate, se afeitaba, se bañaba y leía el diario.

Después de eso comenzaba su día y disparaba de casa, volvía a la hora del almuerzo a comer y a ver un rato la tele. Le gustaba fumar a escondidas, todos lo sabíamos.

Mi vieja era mas o menos lo mismo, por la mañana se iba al trabajo y también volvía al almuerzo. Trabajaba como encargada de mantenimiento en un edificio en la zona del abasto. Trabajaba los lunes, miércoles y viernes. Caía destruida a casa y apenas llegaba se acostaba, de la comida se encargaba Pedro (mi viejo), preparaba papas fritas y churrascos, rica

comida, reinaba un poco la paz.

Ahora los tiempos habían cambiado, el viejo andaba bastante limitado por el miedo y no podía hacer nada y tampoco quería, así que todo lo que él hacía lo pasé a hacer yo. No me despertaba a las 4 pero si a las 8 de la mañana para prepararle el mate a él y a mi vieja, las tostadas y también mi desayuno.

Repartía revistas y a eso de las 11:30 me bañaba para llegar a las 12 a la oficina. Esta vida se reflejaba en cada vaso de cerveza que ingería.

Millones de veces pensé y fabulaba con la manera de cambiarlo todo, de encontrar una solución al problema. Que seamos todos más felices en mi casa era pedirles peras al olmo. Estaba claro que los problemas no cedían. Muchas discusiones y desacuerdos. Mucha falta de comunicación, gustos diferentes. Nos habíamos acostumbrado a vivir en mundos separados y ahora la situación forzaba la unidad familiar. El barco naufragaba una vez más.

Yo lo intentaba desde mi más profunda voluntad pero ya no dependía de mí, el problema eran ellos. No querían cambiar su vida y me arrastraban con ella. Una cagada pero había que limpiarla.

Eran las 5 cuando soplé la espuma de mi vaso y me hice un fondo blanco del último porrón de la cuarta cerveza que tomé. La tristeza y los malos pensamientos desaparecieron automáticamente y caminé a casa. Habré tardado unos 30 minutos. Aunque creo haber pasado reiteradas veces por las mismas calles.

Llegué a casa sin hacer ruido. En la oscuridad escuché a mis viejos roncar desde su habitación. Me fui a mi cuarto y me acosté. Estaba cansado y me dolía la cabeza. Al ratito sentí pasos detrás de la puerta. Mi viejo se levantó al baño, se había despertado, miré la hora y eran como las 7. ¡Mierda! ¿Cuánto tiempo había tardado del bar a mi casa? Ya no importaba, tenía que preparar el mate.

38

Una tarde estaba trabajando en la empresa con la computadora, me había cargado 5 toners al hilo pero seguía en pie, realmente me destrozaba la vida pero yo firme a mi laburo, el que me daba de comer. Luego me puse a instalar sistema a dos máquinas y una tercera estaba desarmada en la mesa de trabajo. Era difícil diferenciar las piezas porque estaban mezcladas con otras, en algún momento me las iba arreglar y tendría que armarlas, pero todo a su tiempo ¿no? (la eterna frase que lo soluciona todo) *que irónico*. Inés me arrimó un tesito digestivo porque le comenté

que la noche anterior me había embriagado hasta la médula.

De pronto sonó mi celular, un mensaje de texto había entrado. Lo agarré y lo leí.

-Hola soy Ale me dieron tu número seguramente ya sabés quien soy ¿Cómo te llamas?-recibido.

-Soy Lautaro ¿todo bien?-enviado.

Al rato estaba arreglando una impresora y llegó otro mensaje, mi estómago estaba un poco mejor, Inés estaba contenta de que su tesito hubiera funcionado.

-Si, y vos Estaba atendiendo en el local, soy vendedora, vos.- recibido.

La palabra vendedora lo resumía todo. Seguramente el shopping contrataba gente linda o sabrosa para que sus productos se vendieran más rápido, era lógico que se tratara de una mujer hermosa, o no. Era un pensamiento bastante lógico y boludo al mismo tiempo.

Esperé un rato para contestarle, limpié unos cabezales, le pasé el antivirus a unas máquinas y recargué dos toners, alcancé a tomar 2 tazas más de te super power.

Al rato llegó Andy con noticias, había ido a una empresa en Almagro, vino chocho. Dijo que había una yeguas que estaban mirándole el bulto mientras él hablaba, se hacía el pistola con el dialecto técnico para impresionarlas pero a ellas no les importaba.

Por lo que contaba Andy parecía solamente una empresa donde trabajaban la mayoría mujeres, los pocos hombres que habían eran vegetes, como para no estar deseosas. Las chicas se abalanzaban como hormigas al azúcar cuando entraba un hombre por la puerta del estudio. Me llamó la atención los comentarios de Andy, la descripción del lugar y sus residentes. Reconocía los nombres. Lo interrumpí un segundo y luego lo dejé seguir:

-No sabés, la cajera lo que está, fuertísima. Fue madre hace un mes, los pechos y el culo que sacó. La mato si la agarro.

-Sí, ya sé de quien me hablas, de Paula, ¿no?- dije.- es hermosa esa mujer. - Era una rubia de pelo hasta los hombros lacio, a veces el flequillo le caía en la cara, sus ojos eran la entrada al cielo. - ¡Fuiste a Telfin!

Andy observó que se aproximaba Inés con dos tesitos. Inés era la madre de Andy, una persona mayor de unos 64 años de edad que estaba media

canchera en algunos temas, no en todos. Andy la miraba de reojo.

-Sí... yo le agarro el papo y se lo empiezo a chupar y hasta que no le salga meo no paro. Le succiono la vejiga hasta que se vacíe por completo. Así mirá, así.

Andy formó con sus dedos un círculo y sacó la lengua y la metió dentro de la figura formada por las manos, estaba chupando una concha imaginaria.

-Así así, después le agarro las tetas y se las chupo... lo dejo sin comida al bebé- se reía de lo cerdo que era.

-Bueno, yo me voy chicos acá están los tesitos- dijo Inés y se fue a la computadora del fondo a jugar un solitario.

Andy se rió y se rió tan fuerte que parecía que el techo se iba a caer. Le gustaba ahuyentar a su vieja con groserías y barbaridades, era gracioso.

-Con razón no la veía hace un tiempo, pero che, menos Paula todas las demás son gordas lechonas- dije.

-Sí, pero a mi me gustan gordas, petaquitas, simpáticas y si estan algo reventadas mejor.

Si había algo en lo que coincidía con Andy era en lo de reventada, todo lo demás carecía de sentido para mí.

39

Al otro día me levanté temprano para prepararle el desayuno a mi viejo, él escuchaba la radio con unos auriculares que le había prestado en el patio. Estaba de brazos cruzados y con la cabeza gacha, con las cejas fruncidas atento a su programa radial. Me entristeció verlo de esa manera, tullido y encorvado esperando que alguien le diera de comer.

Lo saludé y de un susto levanto la cabeza.

-¿Ya me preparaste el desayuno?- ni siquiera sabía que estaba ahí y reclamaba su comida.

-Ahora lo hago, esperá que me despierte un poco. ¡Buen día!- dije bostezando.

-Bueno, ino te hagas el boludo!

Sonreí, era otras de sus bromas. Desayunamos tostadas con manteca y

café con leche los dos; y cuando terminamos apareció mi vieja.

-¿Cómo no me despertaron?

-Estabas durmiendo pacíficamente- respondió Pedro y todo siguió como de costumbre.

Me tiré de vuelta en la cama y dormí un poco más. Se hicieron las 11, me bañé y salí cagando a la oficina.

Llegué y Andy me mandó al estudio de abogadas. Tenía paja, un embole, habría muchas personas y tendría que hablar con todas, cero ganas, cero socialización.

A veces no tenía ganas de hablar, me pasaba muy seguido. El hecho de encarar una conversación era un esfuerzo para mí y esos días prefería quedarme callado porque siempre que abría la boca la cagaba.

Me fui.

Salí por Santiago del estero, crucé por debajo de la autopista y los borrachos me saludaron. Una nueva familia estaba viviendo con ellos y la mujer preparaba un guiso en una olla desgastada debajo del puente. Olía rico. La hija de la pareja jugaba con los restos de basura, era chiquita y tenía la cara sucia, se ve que no les quedaba otra que vivir así.

Crucé San Juan para ver una morena que prestaba sus servicios desde las 2 de la tarde, nunca antes de las 2. Tenía pelo ondulado y negro hasta la cintura, boca pintada, una musculosa y un buen jean tajeado y cortado a la altura de la ingle, se le salían los cachetes del culo y andaba en ojotas. Ella era uno de mis sueños, tenía cara de cansada y portaba un cigarillo en la boca todos los días a toda hora.

-Hola lindo ¿Cómo estas? Soy Carmen.

La miraba con un deseo depravado de violarla en plena avenida. Pasaba caminando lentamente, la comía entera con solo verla y luego me iba con la poronga bien dura hasta la parada del colectivo.

40

El 67 o el 39 no tardaban en llegar. Me tomé el primero que vino y llegué al estudio de abogadas en 10 minutos, era cerca.

Entré por la puerta principal de Av. De Mayo, saludé al encargado pelado con cara de forro y me metí al ascensor. Estaba cerrándolo cuando

escuché una vocecita que me dijo:

-¡Momento! ¡Momento!

No tuve tiempo de parar el ascensor. La chica estaba apurada y se enojó. Se dedicó a mirar como yo ascendía. Usaba un grandísimo y amplio escote, (quizás esas tetas podrían alimentar toda África) y yo le sonreía desde las alturas, le miraba los ojos y las tetas, ojos, tetas, eran nutritivas, costaban 3 o 4 semanas de trabajo fino diario, cenas y algún que otro regalo costoso.

Seguí subiendo, subiendo y todavía desde el segundo piso las alcanzaba a ver, eran dos sandías, comestibles y jugosas.

Llegué. Toqué el timbre y entré algo apurado, quería hacer rápido mi trabajo y largarme de ahí. Me recibió la secretaria de turno, Natalia.

-Hola Lau, ¿Cómo estas? ¿Como estuvo tu finde?

Nati la puta que te parió.

-Bien, estoy algo cansado todavía.- miré hacia abajo.

-Ah, ¿saliste?

-Sí, con amigos, fuimos a Belgrano, a un bar.

-Ah, ¿y estuvo bueno?

-Sí. - La cara me transpiraba y me sentía sofocado.

Silencio.

-Esperame acá que ahora te traigo los toners. – dijo ella.

Se fue corriendo a otra habitación y desapareció de mi vista. Le miré el culo, tenía buena burra, formado y redondo. Andy me había contado que iba al gym todos los días, se le notaba.

Mientras tanto, desde la recepción observaba algunas de las chicas que estaban sometidas a las tareas administrativas. Se escuchaba titititi...titi...titititi.

Nati volvió.

-Mirá Lau, acá tenes los toners: 3 para recargar y 1 de garantía.

-¿Qué pasó?-dije con cara de asustado.

-No imprime.

¡Putá madre!

-Bueno, me los llevo.- odiaba hacer el trabajo dos veces.

Seguro se les cayó y se rompió algunas piezas ¡Conchudas!

-Escuchame Lau, bueno te digo lo que tenes que hacer acá. Hay una máquina que no enciende y la otra apareció un virus y no deja hacer nada.

-Ok. Me fijo.

Nati me guió hacia la habitación de las máquinas defectuosas, ella iba adelante y yo le echaba miradas a su culo. Cada segundo y medio miraba hacia atrás, a mi cara, controlando mis ojos y sonreía confirmando que le gustaba que la acosen visualmente. Tenía hecha una cola de caballo y me tentaba tirarla, agarrarla del vientre, tocarle la cacerola por debajo de sus pantalones y apoyarla un buen rato. Frotarsela.

Hundido en mi fantasía casi choco con ella cuando llegamos a la puerta. Entré a la habitación y antes de irse Nati mordió sus labios y me lanzó una mirada de calentura. Sonreí, después iría por ella.

Había tres mujeres en sus respectivas computadoras trabajando incesablemente menos una que tenía la máquina apagada dentro del cuarto.

-Comenzá conmigo - dijo la rubia. - ¿Cómo es tu nombre?

-Yo soy Lautaro, me podes llamar Lau.

-Bueno Lau yo estaba trabajando y boom, se apagó.-Era una mujer bastante ligera al hablar y parecía estar siempre apurada, ni siquiera me dijo su nombre y tampoco se lo quise preguntar. -¿Qué hago, se borró todo?

-No sé.

-Entonces ¿Qué hago? Tengo el trabajo de años en la compu, me muero.

-Ahora vemos.

Desde donde estaba parado veía que el cable de alimentación de su PC

estaba desconectado y la muy boluda no fue capaz de revisar el enchufe.

-¡Ahora ya! ahora ya porque yo no puedo estar así.

-Ahora no puedo, tengo que ver otra máquina antes, tengo prioridades.

-Pero ¿te podés fijar por favor?

-Bueno.

Me hice el que revizaba la pc y luego de un rato la dejé, no me había caído muy bien esa mujer y además les gritaba a todos en la habitación. En el momento que se descuidó, dije:

-Ahora vuelvo.

Sonó mi celular. Un mensaje, era Ale:

-Me dejaste re plantada ayer.-Recibido.

-Perdón, ¿nos vemos el sábado?-Enviado.

Me crucé de habitación y allí me recibieron de otra forma. Las habitaciones estaban espejadas y podía verlas a todas desde la entrada, era un sistema de vigilancia de los supervisores. Las chicas estaban espectaculares. Había 2 morochas, una pelirroja y una rubia. La pelirroja me encaró:

-Lautaro ¿no?

-Sí ¿y vos?

-Victoria, y me dicen vicky...- dijo alegremente.- ¿Qué es ese ruido?

-Soy yo, me está vibrando el pantalón- Como de costumbre, pero esta vez era el teléfono.

41

Fui barbudo y orgulloso al encuentro del sábado. La esperé en plaza Dorrego mientras fumaba. Al lado unos rastafaris se *chiflaban* uno mientras sus hijos jugaban con unos audífonos de plástico en la vereda. Estaba ansioso, desquiciado y con frío. Fumé tres cigarros seguidos y al último apareció ella, la reconocí por sus argollas grandes y plateadas, las mismas que me había mencionado Gabby en la pizzería.

-¿Sos Lau?- habló sin escrúpulos.

-El mismo- Tiré el cigarro y sonreí.

-Soy Alejandra.

Me levanté y la saludé. Le besé apretando bien fuerte sus mejillas. Olía muy bien, olía a mujer recién bañada, limpia y mojada.

-¡Viste que rico perfume!

-Sí.

Empezamos a caminar. Dimos un par de vueltas a la plaza y desembocamos por la calle Perú. Llegamos a la Av. Belgrano y le pegamos derecho hacia la costanera. Cruzamos la aduana y le comenté sobre un trabajo que me duró un mes en una despachante.

La invité con un cigarro pero no accedió, no fumaba. *Mierda*. Le dije de ir a tomar unas cervezas pero no le agrado mucho la idea, era abstemia. *Mierda*.

Particularmente los vicios me gustaba compartirlos. Ver una persona deteriorarse era un objeto de estudio y tampoco me gustaba ser el único. Yo los veía en las películas de drogadictos o alcohólicos y me fascinaban. Toda esa crudeza, toda esa persona nacida persona y transformada vicio lentamente, era una obra de arte mundana, realista. Por eso me gustaban los vicios, atrapaban a las personas y se acoplaban a ellos como un parásito.

-¿Estas segura que no querés uno?- le tendí nuevamente un cigarrillo.

-No, gracias.-Tenía una boca tirando a grande pero no deformada. Era 2 gajos de una manzana.

-Hacés bien. El vicio es una mierda. - Me prendí otro cigarro.

-¿Por eso fumás no?- ella prefería el sarcasmo a las preguntas directas.

-Mi caso es distinto. Yo fumo cuando quiero, lo controlo. - Y era cierto.

-Potable tu respuesta. - dijo impresionada. - ¿y ahora donde vamos?

-Al río, hay menos gente.

Estuvimos tres horas hablando de boludeces, cosas sin sentido y chistes, nada personal, luego nos cansamos y como ya era tarde la acompañe a

tomarse el colectivo a la Av. Alem.

Como a las 5 se levanto un viento rudo y levanto la basura de la esquina y revolvió algunas bolsas por el aire. Yo estaba contento, estaba con una chica, era de noche y por fin la barba no me picaba. Abracé a Ale porque tenía frío, llevaba un abrigo negro pero servía únicamente para lucirlo.

Estuve un tiempo largo saboreando su boca, empujando mi lengua y retorciéndola en su paladar.

En eso escuché ruidos extraños, provenían de lejos y, de pronto, se oían más cerca, me solté.

-¿Tené una moneda loco?- dijo un *ruin*.

-No tengo.

-Dale loco, sé que ahí tené. Dame una moneda...

-Amigo, tengo para mí y para mi chica nada más.

-No te ortives, dale loco, idale!

-No tengo.- dije.

-Amigo, si no me dás algo está todo mal.

-Bueno, tomá.

Nos fuimos a las manos.

¡PUM! Le encajé un derechazo limpio pero después no tuve tanta suerte. Me esquivó una piña, se agachó y recibí un masaje en los riñones.

¡PUM!, ¡PUM!, ¡PUM!

Me dolía el torso, me caí sobre la basura de otros *ruins*.

- DALE LOCO, TE VOY A SEGUIR DANDO, ¡LEVANTATE PAPA!.- se reía y la cara se les desfiguraba, era un *negro* feísimo.

Me paré y un cortito le llegó a la pera, aproveché la distracción y le

trabaje la panza, algunas clases de boxeo habían servido para algo.

-Ahí está ese hijo de puta, ¡AGARRENLO!- se escuchó decir de una voz ajena a unos metros.

Una manada de monos cayó al instante y agarraron al feo, intentó escapar pero no pudo se tropezó con un linyera que dormía junto a su perro y su caja de vino. Lo picaron, lo molieron a palos, lo tiraron al piso y le dieron patadas en la cabeza, habían terminado mi trabajo.

Caminamos dos cuadras hasta la otra parada del 152. Ale me acariciaba la cara tratando de quitarme el dolor, obviamente no se podía. Esperamos 5 minutos y el colectivo llegó, la besé una vez más y le agarré el culo demorando su partida, ella sonreía y me dijo:

-Ojo vos, no te pases. - Hizo bien, estaba tratando de tocarle la concha.

-Chau Ale, nos vemos.

Me tiro un beso desde el colectivo y se alejó pasando la rotonda de casa Rosada por paseo Colón. Yo me prendí un cigarrillo y me fui caminando hacia el lado del correo central, me dolía la cabeza y tenía un ojo hinchado. Pasé por un puesto de diarios y pregunté la hora.

-Es la 5:30 pibe.-gritó el diariero.

Me fui caminando tranquilo al *ONCE*, llegaría a la hora justa para preparar el desayuno.

42

Un día Andy llegó con la propuesta de un trabajo grande y yo estuve de acuerdo. Un arquitecto prescindía de nuestros servicios. Mucho trabajo, mucha plata y seguramente después de todo eso mucha joda. Nos fuimos a San Telmo a celebrar.

Estacionamos en la cortada San Lorenzo, caminamos unas cuadras y nos acomodamos en un bar con sillas en la vereda. Se acercó la moza con una sonrisa candente. Yo estaba muerto de hambre y pedí un plato de pollo con una guarnición de papas fritas, Andy se pidió una porción de vacío, unas costillitas y una ensalada de tomate y lechuga. La moza estaba ahí tomando nota de todo en su libreta y cuando terminó pegó un grito:

-SALE UNA PECHUGA CON FRITAS Y UN VACÍO CON ENSALADA.- volvió a su estado humano -¿Algo más chicos?

Se agachó y noté que al final de su dentadura le faltaban varios dientes, Andy le estaba pispeando las tetas, eran gordas y blandas como un sachet

de leche.

-Una sprite y una coca por favor.- dijo Andy, él conocía mis gustos.

-Ya les traigo chicos. – La huacha sonreía.

Con la misma mano que se limpió el cuello de sudor, la vi acomodando la cesta del pan, y la trajo. Estaba un tanto gordita pero muy apetecible, muy linda de cara, cejas finas y el pelo sostenido por una bincha multicolor. Usaba jeans para darle forma a su cola y con la blusa transparente arrastraba a cualquiera a su pecho, era una especie de sirena de bar pero no parecía muy traviesa.

Llegó la comida y la moza nos sonrió. – Acá les dejo, que lo disfruten. Cualquier cosa me llaman- Nos guiño un ojo y se fue menando la cola como una gata en celo.

Hablamos un rato con Andy. Nuestras charlas eran sobre mujeres. Nos gustaban las mujeres, pero no las entendíamos, lo de siempre. Aunque muchas veces los temas llegaban hasta tal punto que llegaban a ser muy filosóficos y científicamente razonables.

Casi terminando la comida nos pusimos serios y hablamos de nuestra mini empresa. Yo creo que a pesar de que trabajábamos juntos, cada uno tiraba por su lado. En el día estábamos incomunicados y hablábamos siempre que llegaba la noche y era puros comentarios guarros, nada que sirviera para nuestro progreso. Esa vez fue distinto.

-Che Andy deberíamos tener esos celulares donde se pueden llamar gratuitamente. - dije.

-¿Una flota decís? Yo también lo pensé.

-Sí, eso. Sería mucho mejor comunicarnos a toda hora en cualquier momento. Hay muchas veces que tomo decisiones y quizá están un poco erradas, necesito tu opinión en el instante justo, ¿no te parece?- era una buena idea la mía.

La verdad era que Andy sabía mucho más de computación que yo y además era metódico y paciente. Yo por otro lado me ponía nervioso cuando algo salía mal y me sentía perdido. Creo que durante tres segundos tenía ganas de mandar todo a la mierda, si lograba superarlo *chamuyaba y lograba estabilizar la situación.*

{{

-Oíme Lau, no puedo abrir los archivos que están en la Pc24. – dijo el cliente.

-¿Y vos no estás en la 24?- dije,

-No, estoy en la 15, ¿Por qué no puedo? ¿sabés?

-Ehhh ehhhhh ehhhhh, Sí es el #Roldin# (que carajo era el Roldin, nosé)

-¿Y lo podés arreglar?-

-Mmmmmmmmm, NO. Hay que formatear la máquina.- no quería hablar más.

-¿En serio?

-Ehhhhh, sahhh.

}}

Era simple. Esas situaciones debían cambiar y la única manera que se podía arreglar la toma de decisiones era con la ayuda de Andy, en esos casos, lo llamaría y no dejaría que me comporte como un idiota.

Pero tengo que admitir que era bueno *chamuyendo* y me gustaba. Me gustaba el reto y eso se definía en “que tanto se creían mis mentiras” ¿quién iba a ser el primero en pasar el umbral? No lo sabía, ¿quien destruiría mi careta? Incógnita. Era todo una gran pregunta y me fascinaba y desquiciaba al mismo tiempo, era parte del juego diario para no aburrirme.

Pero con el día a día los clientes encontraban mis “verdades” algo líquidas y el trato fue cambiando, pedían siempre por Andy. Mejor. Yo solo servía para recargar toners y llevar mercadería a las empresas. Muchos seguramente pensaban igual que yo.

La conversación siguió su rumbo.

-Lau estuve pensando en la empresa, vah en todo en realidad, y quiero ver si podemos llegar a algo. Me di cuenta que fallamos en muchas cosas.- y comenzó a nombrarlas. Entre ellas escupió una frase clave:

-De hoy en adelante no voy a comprometerme jamás si no llego a

cumplir, ¿me oíste? Anotalo con fecha de hoy, NUNCA MÁS.

-Sah- Lo aplaudí. Por un momento me dejé llevar pero creo que fueron cinco segundos mágicos, luego volvió todo a la normalidad.

Se escuchó un celular, era el de Andy. Atendió.

-Hola. Sí, decime... Tenés que abrir el Panel de control y vas a Usuarios.- Le estaba dando indicaciones alguien.

-¿No pudiste? Bueno quedate tranquilo, yo ahora cuando llegue a casa te voy guiando y lo hacemos juntos. En 20 minutos estoy.- El sabía que no iba a **estar**.

-Sí, sí estoy, estoy- Andy era otro de los míos, nos poníamos la misma careta de *langas* y sabelotodos, la diferencia era que él sí sabía.

Ahí estaba otra vez, destruyendo su frase "ejemplar" que cinco minutos atrás había lanzado con tanto euforia y ambición y con deseos de progreso.

Yo creo que calculaba mal los tiempos, digamos que nunca pensaba en la hora y a ojo iba tirando horarios para tratar de cumplir a los clientes, en resumidas palabras, él siempre pensaba que era una o dos horas antes de lo que realmente estimaba. Suponía y suponía, muchas veces perjudicaba la entrega de pedidos y yo tenía que salir con un cohete en el culo para cumplir; y una vez mientras me bañaba pensé en como solucionarlo. Se lo dije

-¡Comprate un agenda ya! - dije mientras me embuchaba una papa frita.

Lo pensó por un momento llevando sus ojos para arriba y dijo: - Tenes razón, mañana lo hago sin falta. Ah, Lau escuchame, al final no hablamos nada del laburo grande que tenemos la semana que viene.- se agarró las manos, hizo una pausa y comenzó- Te cuento, es en el estudio jurídico de Av. De Mayo, se van a mudar. Son 24 computadoras por cada piso, en total 48, todas en red y tenemos que subir a la terraza a tirar unos cables.

-¿Subir a la terraza?- lo ojos se me abrieron.- ¡Estas en pedo! Está bien, te lo dejo a vos eso.

-Je je, ¡que puto! Dale. Igual voy a necesitar ayuda

-Okey.

-Hay un tema más.- dijo - No podemos dejar de lado nuestra empresa, ni tampoco molestarlos a ellos cuando laburan, y como lleva mucho tiempo

la mejor solución es trabajar cuando terminan su turno; empezar cerca de las 6 la tarde hasta la hora que lleguemos.

-Está bien, no me molesta.

-Vamos a estar solos, podríamos llevar chicas- y me guiño el ojo.

-¡Listo!

Luego de tanto pensarlo pude llegar a otra conclusión. No cabía duda que era un buen trabajo, no me podía quejar, organizábamos las tareas, nos divertíamos y cumplíamos, no a tiempo, pero cumplíamos.

43

Con Ale nos veíamos siempre de noche, ella salía del shopping tipo 10 y para esa hora yo tenía toda la paja del mundo para encontrarme con ella. Tenía que bañarme, cambiarme, perfumarme, ponerme mis zapatillas, abrigarme, salir y esperar solo en medio de la noche. Sin embargo lo hacía porque era una mujer, una mujer no muy interesante pero una mujer lo podía todo en esos tiempos.

Se bajó en la parada del 101 de Larrea y Lavalle, hacía frío. Yo tenía cara de dormido pero me había afeitado para recibirla, quería que notara que bajo esa horrenda y desprolija barba yacía un hombre apuesto.

Cuando se bajó me sonrió, sus dientes brillaban en la oscuridad. Me abrazó y me dio un beso bien fuerte en la boca, un pico de esos poderosos de películas. La agarré de la mano y nos fuimos caminando, la estaba llevando a Amelias, una pizzería, lo único que se me había ocurrido hasta el momento.

Llegamos. Nos metimos a la pizzería y pedimos una grande de muzzarella, una coca para ella y una sprite para mí. Tardaron un rato, yo puteaba para mis interiores porque tenía mucha hambre y ella no paraba de hablar, me di cuenta que esa noche iba a ser bastante larga. Después de 20 minutos de espera nos trajeron la pizza, la corté, le serví a ella, me serví a mí, llené los vasos y comimos (estaba siendo caballero, extraño).

Comimos. Me asombró verla a ella, no por lo sucia y tosca si no más bien por la cantidad de comida que embuchaba, era una verdadera ballena comiendo, arrasaba con todo lo que podía, ya sabía de donde había sacado ese culo. Comimos 4 porciones cada uno y supongo que ella todavía le quedaba estómago para seguir metiendo cosas.

Yo siempre fui de los tipos de tener mujeres a mi lado que comían como pajaritos, hasta las más robustas de cuerpo "picaban" su ración de comida y la dejaban por la mitad. En cambio esta deglutía como un orangután,

llevandose a la boca cualquier cosa sin darle importancia a lo que fuese.

Eructe y me disculpé, quería estar a su nivel pero ella se rió y me acarició la cabeza. Terminamos, pagué y nos fuimos. Seguimos caminando como dos perros vagabundos de la noche. Yo no era muy bueno en las salidas, no era el clásico hombre que llevaba a las mujeres a cenar a lugares especiales y bonitos. Los colores, los matices y las cenas románticas no eran lo mío, yo era **"lo que se me ocurría en el momento"** y **"lo que no implicara mucho esfuerzo"**. Caminamos de la mano y jugando a los extraños-conocidos encaramos por Pueyrredón hasta Las Heras y nos frenamos en una heladería antes de llegar a una plaza. Ella pidió todos gustos de agua, una cagada su helado. Yo no, elegí banana split, dulce de leche granizado y chocolate blanco, lo mejor de lo mejor. Con un helado en la mano cada uno nos sentamos a hablar de nosotros en un banco deshecho de la plaza, se la notaba cálida.

-¿Sabés una cosa? Me caíste re bien desde un principio- dijo tocandose el pelo y mostrando sus aros.

-Vos también- y la besé.

En realidad no me caía nada mal, pero desde la primera vez que la ví supe que no la iba a entender nunca, por más que ella tratase de explicarme algo, su manera no sería la correcta para mí. Pero ahora no había porque preocuparse, yo quería coger y supuse que ella también.

Volvimos hasta la avenida Córdoba y nos tomamos el 29. ¿Por qué? Ni yo lo sabía. Ella me preguntó lo mismo, no supe que decirle. Así que ahí estábamos, en el asiento trasero del colectivo, calentitos por el calor que desprendía el motor y por nuestros cuerpos deseosos yendo quien sabe a donde. Empezamos besándonos. Estuvimos un buen rato. Habremos estado como media hora., cerré los ojos para hacerlo todo más placentero.Desperté. Estábamos en Barrancas Belgrano y me sumergí en sus besos nuevamente. Ya fue. Le trataba de meter la mano por el pantalón desde atrás. Ella era de carnes sueltas y estaba fría. Miré su bombacha, era una tanga roja. Le fui metiendo mano y la bombacha se arrugaba en el fondo del pantalón. Su piel era muy suave, mis dedos se deslizaban por sus nalgas como pequeñas hormigas. Revolví en la bombacha y toque una parte húmeda. Sentía un calor que me estaba guiando. Y la mano. Mi mano como el tentáculo de un pulpo buscaba la presa a oscuras. Solo palpaba. Llegué a la humedad y me enloquecí. No sé como hice pero desde adentro del pantalón, de un movimiento la levanté con culo y todo y me la puse en mi falda. Me la estaba cogiendo con los dedos y ella había empezado a gemir. Primero en mi oído. Después no se pudo contener más y lo hizo un poco más público. El colectivo dio un giro y yo dí un salto. Se me salió la mano de lugar y

aproveché para chuparme los dedos, sabrosos... se los metí de vuelta.

Me di cuenta que no era mutuo el trabajito. Ella tenía la mano cerca de mi verga, por fuera del pantalón, pero apenas la rosaba. Como que le tenía miedo, o alergia. Ya no sabía. Me estaba incomodando. La veía con la boca abierta y los ojos cerrados. Yo estaba volviendo al mundo real. Cuando abrí los ojos nuevamente supe que habían tres personas mirando de reojo nuestra escena. Entre ellas una chica de 16 años que miraba de forma alevosa. Si que la pendeja estaba caliente. Le guiñe un ojo. Ale estaba en otro mundo. La pendeja se me quedó mirando. Le seguí removiendo el guiso a Ale y mirando a la pendeja. Al rato le guiñe el ojo, otra vez. Obtuve una respuesta, una sonrisa algo tonta y adormecida. Que puta vas a ser cuando seas grande pensaba. Ella misma se estaba invitando nuestra fiesta . Le daba curiosidad. A mi me daba curiosidad ella. Se quedó mirando mientras sostenía una mochila en su falda y escondía las manos. No resistí el desafío y mientras a Alejandra se le hacía un charco en los jeans yo me tocaba el bulto por arriba del pantalón y se lo resaltaba a la pendeja con mi mano izquierda. Le mostraba mi dureza. Lo apretada que mi pija estaba dentro del pantalón y las ganas de salir que tenía y metersé en un hueco húmedo y calentito de una carne de 16 años eran infernales.

Ale se estaba acelerando y había agarrado mi pija. Al fin. Tenía los dedos flacos y largos. Que bueno. Unos buenos masajes.

-¡Oigan ustedes, bajensé, bajensé ya y vayan a un hotel! – escuché por ahí.

No dí mucha pelota y seguí escarbando con mi mano. Besos también había, que era en realidad lo que más me calentaba.

-CHE ¿NO ESCUCHARON? QUE SE BAJEN AHORA.

El chofer nos gritaba desde el fondo, desde la parte delantera del colectivo, en el fondo estábamos nosotros.

Saqué la mano y ella bajó la cabeza. La puerta estaba abierta y nos bajamos. La pendeja se nos quedó mirando desde el bondi ¿Dónde estábamos?

En el cartel decía Av.Maipu. El otro nombre de la calle estaba tachado con aerosol. Alejandra me apretó la mano con fuerza y se apegó a mi. Cruzamos la avenida y empezamos a caminar por el lado que vino el colectivo. Estaba oscuro. Nos metimos por una paralela. La calle era una cueva. A mitad de cuadra la cacé de la cintura y le enchufé un beso. Ella se regaló. El manoseo se alzó a mitad de la luna. Su pelo negro brillaba y yo fantaseaba con dejarselo revuelto después de una buena cogida a lo

perro.

-Che, Ale. Vamos a un lugar más cómodo. – dije sonriendo.

-No sé - y me siguió besando.

-Estoy medio cansado, estaría bueno tirarse en una cama.

-Yo estoy bien.

Huy pero que hija de mil puta. Yo lo decía en serio, lo del cansancio. Ese día había cargado con una computadora desde agronomía yendo para la estación de subte. Caminé como 10 cuadras por la calle Plaza hasta toparme con la estación Tronador. Concha de la lora.

-Dale, conozco un lugar... - Mis dedos frotaban su clítoris y con ayuda de unos buenos besos estaba completamente seguro que accedería.

-No puedo.

-¿Qué?

-No puedo ir.

-¿Por qué?

-Mañana trabajo.

-Y yo también. Eso no es excusa.

-Tengo que darle de comer al canario.

-No me jodas.

-Tengo un canario.

Que canario hijo del mil puta.

-¿No se pueden alimentar solos esas cosas?

-Sí.

-¿Y entonces?

-Me olvidé de dejarle comida en la canasta. JAJAJA.- Se reía y lo gozaba.

Veía como esa boca guasa tomaba la forma de una tronera, se abría como la mandíbula de una serpiente a punto de deglutir un pequeño ratón. Sus

dientes tan blancos, parecían pedazos de luna incrustados en las encías. ¿Por qué se le abrían tanto los ojos? ¿Qué le causaba tanta gracia?

Yo tenía la impresión que el mundo se me caía encima. Tenía esa dureza entre las piernas y los huevos habían empezado a dolerme. Pero que puta, me estaba dando rabia, ella seguía riendo.

-No te preocupes. – Me sujeto del choto. – Que ya me voy a encargar de esto.

-Ok.

Claro, pero hoy no la concha del pato.

-Viste que linda está la luna. Está re grande.

Igual que esta. La concha de tu hermana, como podés pensar en la luna.

-Sí, es luna llena. No te lo dije pero yo a veces me convierto en hombre lobo. Generalmente las noches cómo hoy.

-¿Y que vas a hacer? ¿Me vas a comer como hizo el lobo a caperucita?

-Me leiste la mente. – Le toque la concha.

-¿Viste que suave que soy?

La seguí tocando un buen rato y ella a mí. Se había encariñado con mi pija y le daba duro con la mano. Pero cuando veía que me estaba poniendo más duro y más duro frenaba y me miraba a los ojos con la boca abierta. Tenía esa expresión facial de poder dominarlo todo con la mano. Ingenua. Le gustaba verme sufrir.

-Vamos nos. – dije.

-¿Por?

-Estoy cansado.

-Me estaba divirtiendo.

-Yo también pero vamos. – Si que estaba cansado. Y además no la entendía. Tampoco tenía ganas de entenderla. Sí entendía su cuerpo, pero no sus intenciones. Era raro. La quería coger y ya. Ella también pero no sé que tramaba. Me fastidiaba y me incomodaba que se comporte de esa manera porque hacía llegar una parva de preguntas a mi cabeza de porque ella era así y la calentura se me iba pensando en las posibles

respuestas.

Bueno supongo que era así y punto. La acepté pero igual nos fuimos.

Salimos a Maipú. Vi la parada del 29, la de regreso. Caminé hacia ella, miré hacia atrás, vi el colectivo llegando y corrí. Alejandra quedaba atrás mío, era lenta. El colectivo frenó y la hice subir primero a ella. Pedí dos pasajes. El chofer me habló.

-Hey che, tenés la bragueta abierta.

Me la miré, tenía razón el gordo y calvo hombre como chofer. Tenía cara de perverso. Alejandra se sentó de vuelta al fondo. Quería una segunda ronda. Yo estaba dispuesto.

-Y... ¿que onda la morocha? Con ese culo voltea cada muñeco... - dijo el chofer.

Miré a Ale, su cara decía que me apresure.

-Sah. La menea muy bien.

-¿Y la tiene grande o chiquita?

-¿Qué cosa?

-La argolla pibe, la argolla... ¿rica, no? - La cara del chofer había cambiado bruscamente. Era como si no hubiera hablado horas y encima se estaba poniendo cachondo de un segundo a otro.

Miré a Ale, me estaba haciendo señas desde el fondo. Me centré en su pantalón jean, más precisamente en la entrepierna. Me acordé de lo que había tocado minutos atrás. Era algo con poco pelo y suave. Algo fino. Minúsculo. Estaba como nuevo, era como tocar una babosa o una gelatina. Me llevé la mano a la nariz... ¡Y hasta olía bien!

-Pibe te estoy hablando... no me contestaste.

-¡Esta es grande! - Y sonreí.

Dejé al chofer y me fui con Ale. Me abrazó al sentarme.

-¿Qué te dijo el chofer?

-¿Por?

-Sentí que estaban hablando de mí. Me miraba por el retrovisor. - No había nada que hacerle. Las mujeres tienen un sexto sentido para saber

que están hablando con ellas.

-Dijo que era puto y que le gustaba esa cosa que tenía en lo pantalones. La quería toda para él. Pero yo le dije que no. Que por ahora es tuya y no la compartís.

-Que aparato que sos ¿eso le dijistes?

-Mmmm no.

-¿Estás loco?

-No ¿Conoces el sarcasmo si te lo muestro? – dije siendo sarcástico.

Me lo dijo todo con una mirada y yo paré con mis estupideces. Luego siguió con el besuqueo y yo seguí con la leche en la frente hasta que me bajé. El chofer nos miró con cara de depravado por el retrovisor todo el viaje.

44

Pasó un mes entre idas y vueltas hasta que se nos dió el trabajo de los dos pisos en la Av. De Mayo. Me acuerdo que era un lunes tipo 7 de la tarde cuando llegamos con Andy a las oficinas. Empezamos por el piso de abajo. El lugar estaba completamente vacío y a oscuras. Reinaba una paz como de cementerio. Prendimos las luces, todas. Dejamos el lugar iluminado por completo. Se veía espacioso y limpio. Lo recorrí como unas tres veces. Me gustaban los lugares pelados. Eran mis lugares preferidos. Un colchón y una habitación vacía no estaría nada mal, eso era todo para mí. Bueno, quizás una lampara y un libro, y unas frazadas para abrigarse pero sino estaba hecho. Necesitaba paz, mucha. Aunque eso era imposible en la ciudad del caos y ya me había ganado la estadía completa de por vida.

Nos relajamos y empezamos a observar como íbamos a hacer el trabajo. Lo volvimos a recorrer juntos.

-Acá podríamos hacer una orgía Andy.

-Estaría buenísimo.

-Te hablo en serio.

-Yo también.

Ninguno de los dos hablaba en serio. Yo no tenía minas y Andy tampoco. Que tan en serio podían hablar dos personas como nosotros de orgías y montañas de mujeres desnudas teniendo sexo cuando nuestra vida era el trabajo y la familia.

Dejamos de lado nuestra mentira y continuamos.

El maldito sitio estaba dividido en varias habitaciones, por lo menos 5 o 6 (incluyendo la de conferencias) y dos baños.

Primero encontramos una habitación pequeña al fondo a la izquierda con muchos cables de red pelados en la punta, apostamos que era la habitación donde estaba ubicado el *rack*. Salimos de ahí y pasamos por una cocina intermedia que conectaba un pasillo largo y fino a otro más importante, ese daba acceso a las habitaciones de conferencia.

Recorrimos otro pedazo de piso y encontramos tres habitaciones más donde supuestamente colocarían 4 máquinas por habitación, así eran las instrucciones que Andy había recibido por parte del arquitecto. Doblamos y vimos dos puertitas incrustadas en la pared, las abrimos, era el espacio nuevo para el *switch* y el *router*. Un baño se alzaba al fondo y tenía un estilo vieja escuela, estaba muy bueno, era amplio y comfortable con un espejo inmenso donde podía verme meando. Meaba y reía mientras me veía, me gustaba esa imagen.

Empezamos.

Lo primero que hicimos fue verificar los cables utp que habían quedado de la instalación anterior. Eran bastantes. Así que sacamos el tester y empezamos uno por uno. El tester era un aparato que se dividía en dos, una parte para cada punta del cable. Si todas las luces del tester se prendían una por una (en total eran 8) significaba que había conectividad y por lo tanto el cable funcionaba de lo más bien. Nosotros, para comunicarnos utilizábamos los celulares ya que cada uno estaba en habitaciones diferentes con la punta respectiva del tester. Por suerte teníamos la flota. Yo los rotulaba con números en la habitación del *rack* de acuerdo al número que Andy me lanzaba por el celular. Habremos estado como 2 horas con eso, fácil. Dimos una vuelta por el otro piso. Se habrán hecho las 10.

Era de noche y hacía frío. Los dos estábamos cansados y con hambre. Habría que irse.

-Che Andy, ¿nos vamos? Estoy podrido.

-Dale, igual ya terminamos por hoy. Andamos bien, tenemos 3 semanas

para hacer esto.

-Joya. Nada mejor que trabajar de noche. Si quieres trabajar tranquilo.

-Si.

La cara de Andy demarcaba satisfacción. Tres meses trabajando juntos y parecía que nos conocíamos desde toda la vida.

-Vamos – dijo Andy – Mañana va a ser otro día.

-¿Mañana la minas?

-Je, no sé. Puede ser. – Ese puede ser sonaba a nunca pero tentaba.

Salimos del edificio y hacía un frío del culo. El T-rex estaba a la vuelta. Me adelanté y cuando llegué a la esquina le grité a Andy.

-¡Andy! ¡NO PUEDE SER! ¡TE ROBARON EL AUTO! El T-Rex no está.

-¡Pero como! ¡QUIEN QUIERE ROBAR ESA BASURA! – Pobre auto, porque desmerecerlo de esa forma.

-¡MENTIRA!

Andy llegó a la esquina preocupado. Era habitual en mí mentir en esas cosas estúpidas pero era mi pasatiempo.

Nos metimos al auto y encaramos a una pizzería de la Av. Corrientes.

Yo miraba por la ventanilla. Eran casi las 11 pero las chicas estaban en la calle.

-Mirá esa gordita ¡Que cola! - dije cansado.

-Hablando de gorditas culonas ¿te acordás de Ayelén?

-Sí ¿que pasó?

-Le hicieron un huacho.

-¿En serio? Pero que trola, ¿no iba con coger nosotros primero?

-Sí pero la llenaron y ahora no quiere cogerse a otro que no sea el padre de la criatura.

-Está bien. A ver si nos lo encajaba a nosotros.

-Sah, tenés razón. Nah, no creo...

Nos callamos. Tenía sueño, hambre y ahora, estaba desilusionado de Ayelén. Que más podría pasar. De pronto. ¡BRUM! ¡BRUM! Un sonido sordo se fue apagando.

-¿Y eso? -dije.

-El motor.

-No me digas que no estamos quedando sin gas.

-No. La aguja indica que está lleno. No sé que es.

Nos frenamos en plena avenida Rivadavia, nos habíamos pasado de la altura de la pizzería. Suspiramos y afuera las caras no eran lindas. Mutantes borrachos pasaban y relojeaban el auto. Yo tenía el tablero en la mano y lo escondía por debajo del asiento para echarle un mazazo a cualquiera que se pasara de vivo.

Andy hizo unos juegos con la llave de arranque y el auto arrancó. Calentó un poco los motores mientras veíamos algunas chicas pasar y emprendimos viaje otra vez.

-¿Te llevo a tu casa? - Andy no sacó la vista del volante.

-Eso te iba a decir.

-Dale. La pizza ya fue.

-Si.

Dobló en Larrea por Rivadavia y le pegó derecho hasta mi casa. Llegamos en 5 minutos, por suerte alcancé a fumarme un último cigarro en el trayecto. Cuando llegamos me di cuenta de que me había olvidado un anillo en el baño del edificio. Me lo saqué para lavarme las manos. Puteé, era uno de mis favoritos.

45

A las 7 ya estaba levantado y preparando el desayuno. Mi viejo se tomó un café con leche y tostadas. Yo un té de esos que te salvan el hígado. La noche anterior había sido pésima, habíamos tomado con Alejandra. Bueno, en realidad yo era el único que había estado tomando. Fuimos a

Costumbres Argentinas, un bar en San Telmo, yo, el supuesto invitado.

Era un lugar bastante careta. Tocaba una banda en vivo. Nos pedimos un vino blanco porque era lo único que Alejandra tomaba. Me tragué la mentira, ella tomo solamente la mitad de un vaso y yo me tomé el resto, después pedí una cerveza. Después pedí otra y luego otra más. El espectáculo terminó temprano y nos fuimos. Pagué todo yo. Me mintió. La acompañé a tomarse el 29 para el lado de La Boca y yo me lo tomé para Once.

Así que había dormido tres horas y necesitaba algo de que me limpie el estómago y la locura que llevaba encima, me tiré otro rato más. Nada mejor que la cama. Pasó un tiempo.

El ruido de la llave me despertó. Era mi vieja que había llegado de trabajar, calculé las 10:30 de la mañana. Dudé en levantarme pero tenía que hacerlo de todos modos. Mi poronga dura como una piedra se había enredado entre las sábanas y al no darme cuenta de este asunto cuando intenté destaparme me la tironeé de tal forma que caí desmayado una vez más. Adorable. Ahorcado por mi propia sábana. Me puse a mirar el techo esperando que el dolor se vaya. Seguido a eso me fui a mear para bajarla de una buena vez. Todo esto por culpa de Alejandra, no se dejaba coger. Salí del baño y volví a la cama. Estaba aburrido. Encontré algo de Cortazar y me lo metí por lo ojos. Se hicieron las 11:20.

Busqué mi ropa en el placard y me vestí para irme a trabajar. 11:35 estaba caminando por Tucumán hasta Junin para tomarme el 60. Me llevé una campera abrigada. Que puta, con el frío que hacía no quería salir de casa. Todo mal dormido, cansado, medio resfriado por la salida de la noche anterior pero pensé en como sería mi día si volvía a la cama y no tenía muchas ganas de quedarme en casa haciendo nada y recibiendo órdenes de mi vieja.

El colectivo cumplió su horario y me llevó hasta la oficina. Me bajé en San Juan y Santiago del Estero. Crucé por debajo del puente y los borrachos estaban en su lugar. La Familia estaba preparando el almuerzo en una olla grande como una palangana y la criatura jugaba con un juguete roto que parecía ser un auto entre toda la mugre. La misma imagen se repetía todos los días. La miseria, la mugre, la falta de higiene, la borrachera, la misma vida desnuda y enloquecida.

Llegué a la casa de Andy, por suerte Ines me esperaba con un tesito.

-¿Cómo estas Lau?

- Bien Inés ¿y usted?

-Bien, te traigo el azúcar para el té...

-Sah ¿Y Andy?

-Se fue hoy temprano. Como a las 9 desapareció.

Putá. Eso quería decir que en la noche estaríamos empezando con el laburo de los 2 pisos y 48 computadoras.

-Te dejó un papel sobre le escritorio. Parece una lista de cosas.

Era una lista.

Tenía todo bien diagramado. Con letras bien grandes que decía TONERS

Tenía como unos 5 para hacer en toda la tarde y algunas maquinas sobre los escritorios. Empecé viendo las máquinas y cuando me aburrí seguí con los Toners.

Me puse la Máscara. Los pantalones, la camisa, los guantes y me senté frente a la campana que estaba en la cocina. Prendí el extractor de aire. Hacía un ruido espantoso. Encendí la radio. La puse a todo trapo. Inés no se quejó. Agarré un cartucho de toner y lo ubiqué dentro de la campana. Lo miré y me rendí ante él. Mi vida era eso. Yo era un cartucho de Toner. Una pieza de plástico sucia por dentro.

Empecé por el primero. Un q2612a. El segundo y el tercero salieron como piña de loco. El cuarto era un 7115. Y el quinto otro q2612a. Tardé como 4 horas en recargarlos todos y probarlos. Me fumé el polvo tóxico negro y cancerígeno y los ojos me ardían como si me hubieran tirado limón. Estaba por la mitad del programa de Tarde Negra cuando llegó Andy, yo me estaba tomando un té.

-Lau. ¡Que haces!

-Hola Andy. Terminé todos lo toners. Estan todos probados.

-Joya. ¿Qué te iba adecir? Ah... Che cambiate que nos vamos al edificio. – así de una.

-Uh, cierto, me había olvidado. Dale, aguantame un segundo.

-Lau, tenemos un problema...

-¿Qué pasa?

-Viste el terrible cableado que tenemos que hacer en 3 semanas.

-Sah. Un momento... ¿Se canceló?

-No, peor. Lo tenemos que terminar para el lunes.

-¿Qué? No me jodas, hoy es jueves Son dos pisos. 48 computadoras. La reputa que lo mil veces parió... -¿En serio? Me rasqué la ingle - ¿Cómo vamos a hacer? ¿Tenemos menos de una semana?

-Si.

-iLa puta madre!

- Yo calculo que vamos a tener que trabajar hasta tarde.

-No me digas... ¿con eso te referis hasta la madrugada, no?

-No queda otra.

Me saqué de encima la máscara, los guantes, la camisa, el pantalón y las antiparras. Todo este procedimiento me agotaba. No sé porque pero me ofuscaba bastante.

Terminé con mi aventura de cambiarme y saludé a Inés. Bajamos y nos fuimos en el T-Rex.

Llegamos y el edificio se albaza con tremenda imponencia. Más que cansado, más que rendido y todavía faltaba horas de laburo.

La noche se extendió hasta las 4 de la mañana. Adelantamos más de la mitad del cableado estructurado. Yo tenía los dedos destruidos y machucados de armar las rosetas que se colocaban debajo de los escritorios en cada puesto de trabajo. Paramos un toque a conversar.

-Che que laburito estamos haciendo.

-Sah. - dije.

Andy se acomodó el bulto y habló.

-¿La conoces a Jas.?

-¿La tetona? ¿La que entrega los cheques?

-Si, esa misma Lau. Viste que pechos. Estan como para golpearlos.

Andy estaba zafado.

Yo mientras tanto saqué una petaquita de whisky que había llevado de contrabando para calentar un poco la garganta. Hacía bastante frío dentro de los cuartos. Los escritorios ya estaban pero faltaban cosas como el aire acondicionado y la calefacción, las computadoras, los ficheros... en realidad faltaba todo menos los escritorios.

Le di un trago largo a la petaca y continué armando rosetas. Me entró un mensaje de texto justo cuando estaba debajo de un escritorio. El celular sonó y yo me asusté. Me golpeé la cabeza y se me formó un chichón que duró días. Era Ale. Quería que nos veamos. Que ganas de cogerla. Seguí trabajando.

Andy estaba en otra habitación. Era un silencio rotundo en todos lados. Las luces blancas daban un aspecto de cueva espaciosa y sin vida. Me sentía sumergido en algo trascendental donde el tiempo no corría, y si de alguna forma podrían existir los ángeles ese sería el lugar para los ángeles enfermos, con locura o algún desquicio, era un blanco muy insano, todo el lugar se parecía a un hospital deshabitado. Más bien era un edificio antiguo y por lo tanto los techos eran bien altos y almacenaban muchos olores, un loquero. No me asombraba la idea. Eso me llevó a pensar que las pocas horas de sueño me tornaban un poco menos tolerable a la hora de tratar con las personas y contestaba con locuras. Lo sé porque la gente miraba raro y asentaba con la cabeza sorprendida cuando yo les hablaba. Últimamente odiaba a todo el mundo. Que se le va a hacer, quizás ese era mi verdadero lugar.

Contesté el mensaje y seguí con las rosetas. A todo esto se hicieron las 4 y en la petaca aún quedaba whisky. Lo dejé para la noche siguiente. Al ratito entró Andy. Una camisa de fuerza se materializó en mi cuerpo. Yo volaba en mi desquicio mental. Me cazó mirando el techo, las malditas luces que nunca titilaban y permanecían estáticas y yo... yo haciendo fuerza con la mente tratando de apagarlas. Que dilema. Nunca iba a pasar.

-Che Lau. Hey... Hey... Te quedaste colgado.

-Uia, Sah...

-Vamos, ya son como las 4:30. Ya fue, ya terminamos, seguimos mañana.

-Sah, dale. Mejor. Mañana termino la petaca.

-Mmmm.... Okay. Vamonos.

Y nos fuimos.

46

La semana se fue dando algo tranquila pero por las noches volvíamos al viejo edificio de Av. De Mayo a continuar con la red. La primera petaca de whisky se había acabado así que tuve que comprar otra para poder continuar.

El sábado a la mañana estacionamos el T-Rex y cruzamos a desayunar al bar de la esquina. Nos pedimos 2 cafes con leches y unas medias lunas de manteca que parecían 4 choclos. Tardamos media hora y entramos al edificio, Andy tenía las llaves, eso me hacía sentir como en mi casa. El libre permiso de entrar y salir a la hora que se nos plazca me seducía muchísimo.

El día se pasó de rápido como un estornudo y yo esperaba la noche para salir con Alejandra. El trabajo estaba cuasi terminado, faltaban las computadoras y algunos puestos pero eso se definía el domingo. El lunes el arquitecto estaría estrechando nuestras manos y felicitándonos por haber hecho en una semana el trabajo de 2. Y eso pasó.

Llegó la noche y Alejandra estaba tan perra como siempre. Con su culo levantado y su boca grande y prolija. Nos encontramos en Callao y Corrientes y de ahí caminamos al McDonald de Pellegrini. Ella tenía ganas de comer una hamburguesa a lo americano y yo no me opuse, comer mierda una o dos veces al año no hacía nada mal. Entramos. Nos pusimos en la cola. Había mucha gente, muchos pendejos con granos y pelos raros, revoltosos, moviéndose de un lado al otro. Yo estaba de la misma manera, excitado, con las bolas repletas de lívido masculino acechando a Alejandra desde su espalda. Le agarraba las nalgas y ella no hacía otra cosa que sonreír.

-Pará Lau, no estamos en un telo.

-¿Y cuando vamos a ir a uno? No te parece que es hora.

-No sé.

-Hoy podríamos.

-No sé. ¿Qué vas a comer?

-Tu entrepierna. – Le suspiré al oído.

-¡Ay! Sos un desubicado.

Alejandra se hacía la ofendida pero le encantaba que hablara de esa manera.

-¿Pensás comerme? Te vas a empachar, no sé si es buena idea. – dijo ella.

-Quisiera no dejar nada.

Pedimos unos combos y subimos al segundo piso.

Había una mesa desocupada, la tomamos. Estaba empotrada en un rincón no tan cerca de los baños pero no había un rico aroma en el ambiente. Comimos. Estaba muy hambriento y ella también. Parecíamos dos muertos de hambre.

Alejandra comía como una bestia y a veces tenía mal aliento. Un aliento obtuso y tangible. Era una maldita cerda. Yo le miraba las manos, sus dedos flacos y las uñas largas con anillos. Su pelo era negro como el carbón y como siempre, las argollas que colgaban de sus orejas endurecían mi verga.

Estuvimos un rato largo dandonos un par de besos hasta que nos fuimos. Caminamos por la Av. Corrientes para el lado del bajo pero no había nada que hacer, estábamos calientes, había llegado la hora. Eché una mirada donde terminaba la ciudad, donde estaba el Luna Park y más allá, Puerto Madero. Existe una vida mejor, pero es más cara pensé. Miré el suelo, las calles de capital federal, en esta condenada ciudad algún día moriría sin que nadie se dé cuenta. A quien le importaba.

Un hombre se acercó a nosotros y nos dio un papel, era el volante de un telo. Mejor el otro pensé ¿Cuál? Me acordé de un telo que quedaba por la calle Rincón y nos tomamos un taxi hacia allá sin más preambulos.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

-¿A dónde van?

-A Rincón y Av. Independencia.

-Ok.

-¿Que hay ahí Lau? – Dijo Ale.

-Un telo.

-Callate la boca como vas a decir eso.

-Pero es la verdad.

-Está el chofer.- dijo ella.

-No creo que sea el primer viaje a un telo que haya tenido en su vida.

Tanteé mi bolsillo y me quedé traquilo cuando palmé unos billetes que tenía de casualidad. Alejandra sintió cierta vergüenza pero su conducta estaba cambiando. Estaba cambiando desde el momento que se empezó a juntar conmigo. A mi me gustaba la simpleza de las cosas y cuanto mas simples se ilustraban mejor, lástima que esa regla no se aplicaba a mis relatos. En fin...

Nos bajamos en la esquina y caminamos hasta la mitad de cuadra. Yo estaba seguro de que era ahí. Llegamos, no había nada excepto un kiosco.

-Nooooo....Le pifié, hay que caminar

-¿En serio? No me digas, ¿Cuánto?

-Dos cuadras. -dije ansioso.

Las caminamos y nos metimos como ratas de alcantarillas al telo que se alzaba con un cartel rojo en la entrada, parecía un anuncio navideño.

-¿Que tal? ¿Que turnos tenés? – dije excitado.

-Te puedo ofrecer uno de 3 horas a \$50 – Dijo el recepcionista.

-¿Pernocte?

-\$75 con desayuno completo hasta las 12.

-Lau, mejor el de 3 horas, mañana laburo, entro a las 10 al shopping.

iPutá madre!

-Bueno dale, yo iba a decir lo mismo.

Pagué los 50 y fuimos directo a la habitación numero 2.

La habitación no era gran cosa, chica, con pocos espejos y un radiograbador sobre un estante al lado de la puerta principal. Nunca visto. Buena onda. Me detuve a tocarlo y pensé en los discos que escucharía mientras la cogería a Ale. Muddy Watters, B.B.King Memphis Slim, Led

Zeppelin, Doors todos los blusistas habidos y por haber sonarían ese momento. Lo dejé... Y mis manos fueron directamente hacia el cuerpo de Ale. La morocha se las traía. Tenía buena boca, buenos besos, buen pelo. Un pelo bien negro que hacía temblar hasta a un gigante.

No hablamos mucho, solo nos aferramos de la carne y nos hundimos en un frenesí desesperado de pasión y deseo.

Alejandra aplastó su cuerpo contra el mío y choqué contra la pared. Aproveché la cercanía de la llave eléctrica y apagué la luz para hacerlo todo más intenso. De fondo estaba la radio de mierda que solo se escucha en los telos, me molestaba.

Entonces los ojos ya no servían y ahora las manos habían tomado el protagonismo. Esas manos juguetonas buscaban. No se cansaban de buscar los huecos preferidos, mis huecos preferidos de Ale. Examinaron todo su cuerpo y se frenaron en sus partes más húmedas. Con un dedo en la boca y otro en su tajo, Alejandra iba entrando en calor. Mi miembro iba creciendo segundo a segundo bajo mis pantalones y golpeaba el vientre de Alejandra pidiendo permiso y avisando su inevitable entrada.

La guié hasta la cama en plena oscuridad y empujándola con mi sexo la tire y se desparramó como gelatina. Su culo amortiguó la brusca embestida y luego todo lo restante de su cuerpo continuó cayendo en cámara lenta, ese durazno de carne.

Alejandra yacía esparcida en la cama como víctima de todas mis fantasías y respiraba tomando bocanadas de aire, parecía una asmática sin cura.

La desamparada de Alejandra. La morocha se contraía deseando que no haya un mañana. La desamparada de Alejandra respiraba como un pez afuera del agua. Puta. Calentona.

La miré. Me le tiré tapándola por completa como un eclipse de luna. Yo era de cuerpo robusto, parecido a un gorila, peludo y con una gran espalda. En seguida mi boca buscó sus pezones. Antes le saqué la remera y el corpiño y fui por ellos. Pezones chicos pero duros, no había nada que recriminar, servían para ser chupados, para amamantar.

Mi boca abusó de sus pechos con furor. Los mordí y los trituré con mis dientes, Alejandra gemía como un cobayo.

Mi sexo acariciaba su entrepierna por arriba del jean. Palpitaba haciendo presión. Le saqué el pantalón y sus nalgas afloraron de forma precipitada. Le apreté esos 2 cachetes prominentes, eran suaves y movedizos, algo anchitos pero no fofos. Tremendo.

Podría estar masajeándolos toda la noche. Rasqué su bombacha y me condensé en su conchita. Metí un dedo y por un tiempo estuve acariciando el interior de Alejandra. Ese mismo dedo invitó a un segundo. Los moví como dos gusanos ciegos buscando su lugar de gestación, el mejor lugar para quedarse toda la noche. Gelatina caliente allí adentro. Húmedo y jugoso como un postre. Bajé mi cabeza a su pelvis y luego de pasarle la lengua a sus piernas y a la ingle, me comí la jalea que brotaba de sus labios vaginales. Lamía como un perro tomando agua de su plato. Pero esto era más sustancial y espeso. Salado. Me enloquecí pasando la lengua una y otra vez y mi verga tomó la dureza de un metal. Alejandra no tardó en agarrarla y adueñarse de ella. La estiraba como si estuviera haciendo fideos caseros. Tenía buena mano, buena sacudida. Me acordé en ese momento de cómo agarraba la hamburguesa con su manita flacuncha y anillada y se la metía en la boca con un hambre voraz. ¿Cuándo haría eso con mi poronga? Me calenté aún más, me zafé bruscamente y tanteé su hueco con la punta de la cabeza. Sus fluidos me bañaron la pija por completo. Se me subió encima e hizo presión hacía abajo. Se la introduje despacito de acuerdo a sus peticiones.

-Pará que me duele. ¡Aia!

-¿Te duele?

-Sí. Ay, pará!

Se la metí un poco más adentro. Estaba bastante estrecho ahí, pero se sentía buenísimo. Calentito como un hornito.

-Es la segunda vez que lo hago.

-¿Qué?

-Es la segunda vez. ¿Me vas a cuidar?

-¿EH?

-Mi amor, si me vas a cuidar.

¿Mi amor? ¿Que pasó? ¿Qué fue esa palabra?

-Eeehh... sah.

-¿Ahora y siempre?

Nunca pude contestar eso. Me limité a pensar en ella, supuse que me estaba jodiendo. Siendo terrible morena ¿con abstinencia de sexo? No

puede ser...

-No me dijiste si me vas a cuidar, es mi segunda vez- Ella seguía cabalgando como un jinete sin cabeza.

-¿Que? Sos una mentirosa, no puede ser tu segunda vez.

-En serio. – Dijo ella.

Aunque pensándolo bien podría ser, su concha no mentía. Era diminuta y muy cogible.

La serruché un buen rato y no paraba de gritar, más me calentaba y más se endurecía.

-¡AY! ¡ME ENCANTA! ¡SEGUÍ!

Se pasó abajo, Yo le seguí dando duro y parejo. A mi me gustaban las mujeres bien putas en la cama y ella estaba recién dando su primer paso. Recién había cruzado el umbral. Estaba siendo concebida. Ella estaba realmente disfrutando del sexo, cosa de la cual yo estaba orgulloso.

Trataba de abrazarme y no podía, era muy grande para ella, físicamente hablando. Parecía una bestia peluda salida de algún cuento de terror de segunda cogiendo una nativa, con ese pelo negro y lacio cayendo por sus curvaturas y esa piel oscura, le faltaba la bincha.

De pronto, en pleno garche y no se porque me vino a la cabeza una conversación que habíamos tenido en el banco de una plaza una noche a las 2 de la mañana. Su noticia impactó en mi mente, me contó que no tuvo mucho sexo en su vida y yo no le creí. A veces ni la escuchaba cuando hablaba porque pensaba que ella hacía lo mismo conmigo.

-Perdoname Lau si hoy no vamos al telo, pero no estoy acostumbrada a eso.

-¿A coger?

-Sí, a eso. A esa palabra.

-¿A coger? No te la puedo creer.

-Si.

-No te creo. *Con ese culo que pide carne a cada rato no te creo un carajo.*

-En serio te digo – dijo Alejandra un poco triste, pobrecita, de lo que se perdía.

-Bueno, esta bien. ¿En serio?

-Si Lau, ¿no entiendes?

-Si, ahora si.

Esta mina está jodiendo. Me quiere tomar de boludo.

No sé porque razón era tan desconfiado y aunque estuviera pareciendo que decían la verdad, a veces, no le creía a las personas. Sin embargo ahora la tenía debajo gimiendo como una quincianiera y deseando todo mi pedazo con locura. Le saqué una foto con mis ojos.

Era hermosa. Su pelo negro se perdía en la oscuridad de la habitación y de pronto aparecía danzando en los aires. Sus ojos cerrados expresaban relax y su boca parecía la trompita de un pato. Se rindió al deseo. Tenía los brazos abiertos recibiendo mi brutalidad sexual con placer. Fue ahí cuando me enamoré de esa imagen y saqué mi verga para bañarle la panza en leche. Me la sacudí y ella siguió gimiendo mientras unos dedos escurridizos le ayudaban con su orgasmo. Grité como un animal, ella gritó como una dama y el silencio reinó por unos segundos.

Me eché a un costado.

-¿Acabaste afuera?

-Sah

-¿Estas seguro?

-Sah.

-Estoy toda mojada por vos.

-Acabo mucho a veces, en cantidad. Tengo un tanque de medio litro.

-Me doy cuenta.

-No te preocupes, te limpio con la toalla.

Busqué las toallas que dan siempre en los telos. Esas que están cubiertas por bolsas de plástico junto con los peines y cepillos de dientes. Las

encontré y le limpié toda la pancita.

-Listo. ¿Mejor así?

-Si, gracias. -dijo ella.

Llevó su cabeza a mi pecho, me abrazó y me sentí extraño. No sabía donde meterme pero terminé desistiendo y también la abracé.

A los veinte minutos estábamos de vuelta cogiendo como conejos. La manejé como yo quise, parecía ser su fetiche. Le veía la sonrisa en la oscuridad.

Entonces la puse boca abajo y la penetré como enterrando un cuchillo en un ostentoso pedazo de carne. Dio un grito agudo y me quedé adentro de ella. Busqué con mi pija todo lo que podía encontrar en ese hueco de gelatina. No entendía semejante estrechez. La bombeé un buen rato. El culo lo mantenía levantado para facilitarme el trabajo. Se lo abría un poco y miraba como esas carnes se sacudían con mis empujones. Se lo amacijé con fervor. Después la tomé por la cintura y sus nalgas continuaron chocando contra mi pelvis en un ritmo candente.

Levantó un poco más la cola y quedó en cuatro. Miré el espejo de la pared que reflejaba la imagen de dos animales sueltos enloquecidos. Seguí dándole como un macho cabrío del infierno.

La noche duró 3 polvos seguidos. De ponto eran las 6 de la mañana. Dormimos hasta las 8 y pedimos el desayuno. Un café con leche con 2 medialunas.

A la hora estábamos en la calle yendo cada uno por su lado.

La dejé en la parada del colectivo. A Alejandra le costaba despedirse y eso a mi me disgustaba. Atrás dejaba su figura ondulada mientras prendía un cigarrillo mirando el amanecer. Saqué el celular.

-Andy ¿Qué haces?

-Lau, estaba esperando tu llamado, ¿ya te desocupaste?

-Sah.

-¿Como te fue?

-Cogí como un demonio en celo.

-Buenísimo. ¿Venís para acá? Yo estoy en el edificio.